UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2305
.A59
v.1

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/civilizadoresven01anzo

DOCTOR JUVENAL ANZOLA

CIVILIZADORES VENEZOLANOS

PRIMER VOLUMEN

CARACAS
TIPOGRAFIA Y LINOTIPOS
DE "EL PREGONERO"
1902

JUVENAL ANZOLA

CIVILIZADORES VENEZOLANOS

INTRODUCCION

PRIMER VOLUMEN
1902

CARACAS
COMPUESTO EN LAS MAQUINAS DE LINOTIPO DE EL PREGONERO
1902

Al señor doctor
Heriberto Gordon,
en testimonio de
consideración y
aprecio.

Samuel Ancola

Caracas: Julio de 1904

F2305
.A59
v.1

DOCTOR JUVENAL ANZOLA

8146- 481

JUVENAL ANZOLA

CIVILIZADORES VENEZOLANOS

INTRODUCCION

Ausentes de la Patria, pensando en élla, concebimos la idea de reseñar los trabajos de algunos de nuestros Civilizadores. Creíamos entonces, y creemos al presente, que la labor de los cultivadores del espíritu nacional, por medio de la enseñanza, por más que ésta haya sido y sea todavía defectuosa entre nosotros, ha producido elevación moral en los espíritus, creado dilatados horizontes á los anhelos de los ciudadanos, é informado como una alma nueva en el pueblo, que ya ha principiado á dar notaciones de civismo, enalteciendo sus derechos primigenios por amor á la libertad.

En este primer volumen de los Civilizadores Venezolanos, exponemos á la consideración pública los méritos de ciudadanos que han trabajado largamente en el fecundo campo de la enseñanza y del estudio, por el adelanto de sus conciudadanos y la gloria de la República. Ojalá nos sea dable terminar la obra empezada, y seguir ofreciendo á la expectación de la juventud, entre egregios é inmortales

varones, los nombres de meritorios patriotas, á quienes toca ya el polvo del olvido apesar de que, en no lejanos días, fueron prestigiosos obreros del perfeccionamiento social, y enriquecieron las inteligencias, dejando en el acerbo luminoso de las ideas de sus compatriotas, todo el abundante y variado caudal de las suyas. Estos modestos apóstoles del saber, abnegadamente se internaron en la oscuridad, y de frente á la crasa ignorancia, le hicieron cruda guerra, comunicando nobles anhelos y alteza de pensamientos, al Pueblo, á ese eterno mártir, que camina inconsciente y vendado á todos los suplicios, cuando no lleva en la mente avanzadas ideas y en la inteligencia luz. ¿ Cómo olvidar á tan útiles regeneradores del espíritu, cuando su obra trasciende á nosotros, alienta nuestro patriotismo, y vive gloriosa, como triunfo inmarcesible en nuestros corazones?

Es labor digna hacer justicia á los propagandistas de la enseñanza, á los regeneradores del espíritu nacional, á los abnegados apóstoles de la Patria y de la libertad. La difusión de los conocimientos humanos es el mejor medio para elevar el nivel social y hacer en la República fecunda y sólida la anhelada y bienhechora paz. Elogiar las letras, esparcir luz, es demostrar que nuestras guerras civiles nos desprestigian, empobrecen y degradan, porque éllas producen miserias sociales, desencadenan torpes pasiones, levantan lo de abajo, hunden lo de arriba, crean la terrible dictadura de la espada, tornan los Jefes y hasta los soldados en caudillos, y entonces bajo la presión de la autocracia y de la fuerza, desfallece la sociedad, y el hombre es como si no existiera, porque él no puede ejercer su misión, donde no vive la libertad ni prospera la justicia.

Y es tal la trascendencia que tiene el desarrollo de los conocimientos humanos en el progreso y civilización de los pueblos, que las transformaciones sociales encaminadas á altos y nobles fines, se deben al poder de la inteligencia, que es la que siempre realiza en las sociedades, maravillosas redenciones, por la constante divulgación de las ideas.

Elevar el nivel intelectual generalizando los conocimientos, es cimentar la República con feliz acierto sobre

DOCTOR GREGORIO FIDEL MENDEZ

sólidas é indestructibles bases. En los pueblos en que la civilización impera, los ciudadanos son apóstoles de los principios democráticos. Al calor de la luz del pensamiento, el arbol de la libertad multiplica prodigiosamente sus dones. Si se desarrolla el progreso y avanza la civilización, si se embellece la vida y se difunde la gloria, es porque el poder de la inteligencia ejerce sus maravillosas redenciones en los campos de la actividad humana.

Los que atraen á las nuevas inteligencias y esparcen en éllas con perseverancia la simiente de avanzadas ideas, son los mejores reformadores de la sociedad, y los únicos que pueden destacar del presente, entre halagüeñas esperanzas y fulgores de gloria, feliz, admirable porvenir. Una generación que se levanta educada en el culto de los principios, en el amor al trabajo y al estudio, guiará sus pasos por las sendas del honor, se engrandecerá y no habrá sacrificio ni heroismo de que no sea capaz.

DOCTOR GREGORIO FIDEL MENDEZ

(CONFERENCIA)

Es para mi espíritu una labor honrosa y grata, dedicar algún tiempo á delinear siquiera la vida meritoria de esos pacíficos, admirables revolucionarios, fecundos y trascendentales reformadores de la Patria, que la ennoblecen y elevan en los bancos de los colegios, ennobleciendo y elevando las aspiraciones de los niños, despertando en sus inocentes corazones el amor al bién, derramando en sus tiernas inteligencias inextinguible y salvadora luz.

Extender el dominio de la inteligencia, es ensanchar la vida de la humanidad: es preparar al mundo días tranquilos y venturosos.

Los que aman la juventud y se esfuerzan abnegadamente por ennoblecerla y elevarla; los que predican las ciencias y las difunden por el amor que les inspiran y los

beneficios que producen, no pueden ser sino admirables propulsores del engrandecimiento social, sublimes apóstoles del bién.

La enseñanza, dado el estado avanzadísimo en que hoy se encuentra, exige de sus propangandistas un conocimiento profundo del hombre individuo y del hombre humanidad, para poder presentar á la imaginación y á la inteligencia de la juventud, con naturalidad y belleza, robusta argumentación y sana filosofía, la historia, el movimiento de la civilización en su marcha progresiva á través de las edades.

Sólo el que abarca en conjunto la historia y discierne entre sus detalles, puede medir los hechos, comparar el espíritu de distintas épocas y hacer inducciones lógicas del pasado, del presente y hasta conjeturar con acierto del porvenir. Y esto llega á ser más importante, tratándose del profesor, si se considera que la razón desde la más temprana edad debe ejercitarse, con la debida prudencia que exigen sus escasas fuerzas, en sondear los abismos del pensamiento é inquirir con calma y paso firme el por qué de las cosas que no comprende.Cuando la razón del niño no se ejercita, ó se ejercita mal, se anonada ó se pervierte, y el adolescente que va tornándose en hombre, llega á tal, sin haber gozado y sin poder gozar de todos los beneficios de la razón, brújula de la conciencia, preciosa antorcha que, después de iluminar el fondo de nosotros mismos, nos hace presumir el de los demás á los destellos de su fulgurante luz.

La consideración de la meritoria vida del honorable y eminente civilizador que vamos á exponer, nos ha traido á la mente las ideas que dejamos consignadas. Conocemos la vida del señor doctor Méndez por los datos que nos han suministrado y por las referencias que de su persona nos han hecho, pero tanto aquéllos como éstas son contestes en evidenciar las distinguidísimas prendas y virtudes que adornaron á aquel eximio patriota, probo magistrado y admirable educacionista, que lamentamos hoy la escasez de nuestras fuerzas, porque deseamos destacar con todos sus méritos y singular importancia moral, la figura

sin tacha de tan constante, insigne y abnegado apóstol de los conocimientos humanos.

Corriendo el año de 1851 inició solemnemente el doctor Méndez su carrera en el profesorado, fundando en unión de los apreciables y distinguidos caballeros Eduardo Castro y Lino Revenga, la "Escuela de Artesanos" de Caracas; escuela que, merced á las singulares aptitudes de sus Directores, á los favores del público y á la protección que se le dispensó, llegó á alcanzar gran esplendor, á dar magníficos resultados y á producir ingenieros que han sido y son justo orgullo de la Patria, ornamento de la ciencia y gloria del arte.

El buen nombre, extendida reputación y sólidos conocimientos de tan esforzados propagandistas del saber, fué causa de que el instituto floreciese en breve tiempo, y pudieran sus fundadores disponer de tan abundantes elementos, que para el año de 1852 instalaron una gran escuela de niños, con tan buen suceso y satisfactorios resultados que llegó á contar más de trescientos alumnos.

En dicha escuela encontraron sus progresistas Directores, donde satisfacer sus nobilísimas aspiraciones, pues tuvieron, virgen, dilatado y fecundo campo para laborar, generalizando la preciosa simiente del saber. Trabajaron siguiendo el sistema lancasteriano, con tan notable éxito, que los primeros exámenes públicos rendidos el siguiente año de 53 fueron tan lucidos y brillantes, que causaron viva admiración y despertaron profundo entusiasmo.

Hay espíritus que se multiplican y todo lo encuentran hacedero y fácil, cuando se pretende dar un paso hacia adelante, cuando se trata del progreso, del mejoramiento social, de la divulgación de los conocimientos, ó de algo que, regenerando el espíritu, eleve al hombre dignificando la sociedad. Por esto no es de extrañar que Méndez, muy joven todavía, cursando sus estudios académicos, fuese al propio tiempo apóstol de la enseñanza, ora en institutos como los citados, ya sirviendo Cátedras en diversos cole-

gios particulares, ó bien leyendo cursos de carácter privado.

En esta honrosa y múltiple propaganda trabajó con encomiable inteligencia y actividad hasta fines de 1854, en que habiendo terminado sus estudios de medicina y matemáticas, y recibidos los respectivos grados, se trasladó á la ciudad de Maracaibo.

Méndez, corazón generoso, voluntad fuerte, espíritu grande, terminado que hubo sus estudios, como enamorado de la ciencia y verdadero amante de la humanidad, se lanzó al combate de la vida, llena la mente de grandes ideales y el pecho de generosas aspiraciones. De ahora en adelante le veremos aparecer en varios lugares del occidente de la República, siempre en las cumbres de los caminos de la vida, respetado y querido, ejerciendo con acierto y brillo sus profesiones científicas, y dando con su palabra y con su ejemplo, empuje y realce á la enseñanza.

En los momentos de tempestad, en las crisis en que la esperanza vacila, ante la inminencia del peligro, Méndez, como varón fuerte, supo conservar el ánimo sereno, íntegra la voluntad. Enalteció la virtud de la consecuencia, y de tal manera respetó sus propias ideas, que en el fondo de su conciencia debió reinar la paz más dulce y la más íntima satisfacción. Los trofeos, los únicos que el solicitó, fueron los de la enseñanza, que sólo dejan horizontes para el pensamiento é ideales para la inteligencia.

El doctor Méndez durante su permanencia en el occidente de la República, de tal manera se mostró solícito en coadyuvar al sostenimiento y ensanche de la enseñanza, que en los archivos de las antiguas provincias de Trujillo y Mérida deben reposar lujosos comprobantes de lo que dejamos dicho.

La imperial y poética ciudad de Maracaibo mereció del doctor Méndez especiales simpatías. Del occidente, donde era tenido en alta consideración y estima, por sus eminentes luces y patrióticos servicios, regresó á Maracaibo á fines de 1858. Era entonces su pensamiento dar una recorrida á todo el País de occidente á oriente y reaparecer

por las bocas del Orinoco. Dados sus conocimientos; su espíritu activo é investigador, su vigorosa, bella y creadora imaginación, era de augurarse que tal viajero habría sacado de la contemplación y estudio de nuestra hermosa y lozana naturaleza un mundo de admirables ideas y de bellezas que, dadas á la publicidad, vestidas con las ricas galas de su esplendente fantasía, habrían sido solaz de los amantes de las buenas letras, gloria de la ciencia y triunfo del arte. La guerra, esa locura humana que sólo deja arroyos de sangre, cadáveres insepultos, y tristeza y desolación en pos de sí, impidió la realización de tan importante viaje. Méndez, para quien la virtud era el ideal, la felicidad el bién, la enseñanza el medio, la vida el trabajo, y el trabajo la vida, volvió á sus antiguas faenas y dedicado á éllas pasa seis meses en la provincia de Trujillo, hasta que atraído una vez más á la progresista Maracaibo, fija su domicilio en élla consagrandole el afecto de su corazón y los alientos de su vida.

Vivió el patriota doctor Méndez, en la ciudad de Maracaibo, aunque dedicado á la enseñanza, como en apartado y silencioso retiro, durante la guerra de la Federación. El pensador meditaba, el ciudadano progresista trazaba planes, el propulsor de las letras adquiría conocimientos, y como que hacía fuerzas esperando los plácidos días de la paz, para emprender en grande escala sus trabajos escolares y dar á los espíritus, con la divulgación de los conocimientos, la luz y las esperanzas que todos anhelaban después de aquel largo combatir. !Qué inteligencia y qué corazón! Deja de retumbar el estruendo de los cañones, se extingue el humo de los combates, sonríe la felicidad, brilla en los horizontes de la Patria el iris de la paz, y los abnegados y oportunos esfuerzos de Méndez se van haciendo cada vez más dignos de loa y admiración, en la "Escuela de Ingenieros," el pequeño "Colegio Vargas," el "Colegio Bolívar" y el gran "Colegio Vargas," santuarios de la idea, templos del pensamiento, donde la inspiración y el amor á las letras, hicieron brotar á raudales, puras y elevadas doctrinas. Enseñaba Méndez, para quien el saber era como

dón del cielo, el decir elegante y el expresarse bien, tarea tan fácil como el hablar. Por eso se hicieron notables sus trabajos científicos en el Colegio Nacional, y fueron favorablemente acogidas y despertaron tanto entusiasmo, sus conferencias en sociedades privadas de estudiantes de filosofía.

La Escuela de Ingenieros tan provechosa á Maracaibo, fue pensamiento suyo, luego explanado y presentado á la Legislatura Nacional, por el patriota Diputado zuliano, Antonio Modesto de Guruceaga. Acogido el noble pensamiento, é instalada dicha escuela, le tocó al doctor Méndez el honor de ser su primer director, por declinación que en él hiciera el patriarca de nuestros institutores señor doctor Manuel María Urbaneja, su antiguo y muy querido maestro. El citado plantel dió muy satisfactorios resultados, pues fue servido con admirable inteligencia y consagración. En él prestaron valiosos servicios, regentando varias clases, el general é ingeniero Pedro Bracho y el coronel Carmelo Fernández. Así, bajo buenos auspicios, produciendo sazonados frutos, continuó la Escuela de Ingenieros, hasta que en 1881, por disposición superior, fue refundida en el Colegio Federal del Zulia, el cual fue elevado por Decreto Legislativo de 29 de mayo de 1891, á la categoría de Universidad, inaugurándose ésta solemnísimamente el 11 de setiembre del mismo año citado de 91.

Hay inteligencias analizadoras, que llenas de ciencia y de luz, tratan de penetrar é inquirir con calma y prudencia, hasta el fondo de la vida. Espíritus grandes que necesitan remontarse para encontrar ocupación digna de éllos. Así se nos presenta el doctor Méndez cuando en su pequeño Colegio Vargas, verdadero entretenimiento suyo, se consagra á la enseñanza de seis niños, con el nobilísimo propósito de estudiar y ensayar los métodos más adelantados de la enseñanza de la Geografía, la Gramática, la Aritmética y otros ramos de la enseñanza primaria. Trascurridos algunos años aparece Méndez con los seis niños, hombres ya, dispuestos á recibir en la capital de la Repú-

blica el grado de Ingenieros. ¡ Qué apóstol y qué constancia!

En asocio del inteligente señor general Barret de Nazarís, fundó el doctor Méndez el "Colegio Bolívar," al cual es de lamentarse que hubiese prestado sus servicios por poco tiempo, pues los acontecimientos políticos de la época, sin su voluntad lo llevaron á Caracas.

Efectuado su regreso á Maracaibo, estableció su gran "Colegio Vargas," instituto notabilísimo, santuario del saber á donde acudió numerosa juventud de distintos y apartados lugares del País. Este foco del saber, produjo uno como florecimiento intelectual, avivó en la juventud el amor á los estudios y dió á la sociedad zuliana beneficentísimos resultados, pues la divulgación de las letras y la generalización de los conocimientos, ilustran el espíritu público y elevan y engrandecen los pueblos.

Así, alcanzando triunfos, llevando muy en alto el estandarte de la civilización, considerado y querido de sus numerosos discípulos, respetado y aplaudido por la culta y noble sociedad zuliana, vivió el abnegado Méndez consagrado á la enseñanza en su gran "Colegio Vargas." Este útil establecimiento, emporio de luz, maravilloso semillero del saber, por inconvenientes de la política fue cerrado en 1870, con conocimiento anticipado de los padres de familia y del público en general, con un solemne acto literario. No pudo el fervoroso y buen apóstol de las letras abandonar su cátedra sin rendirles antes un homenaje cariñoso, sin demostrar que en su mente ardía con fuerza la llama del entusiasmo que por luengos años le había inspirado y dado aliento, para brillar y destacarse en las difíciles labores de la enseñanza. Con cuánto placer pudo en esta ocasión el doctor Méndez, volver su pensamiento al pasado! Su carrera había sido una marcha triunfal; su vida un apostolado, y su inteligencia, vigorosa y esplendente luz, ofrecida á todos los que en el peregrinaje humano, necesitaban verse á sí mismos y alumbrar sus propios caminos. La enseñanza fue para el doctor Méndez, una satisfacción íntima, un apostolado de abnegación, pues no obstante su lar-

go trabajar, su propaganda asidua, inteligente y fecunda, pudo decir que se retiraba de la enseñanza privada, con el propósito de mejorar sus medios de vivir.

El doctor Méndez, penetrado sin duda de un alto pensamiento, acostumbró durante su profesorado, dar conferencias filosóficas, que aunque fueron trabajos accidentales, revelan por modo espléndido, su bello y florido lenguaje, su robusta inteligencia y vasta erudición. Solícito y profundo cultivador de los conocimientos humanos sabía ofrecerlos en hermosas síntesis á sus oyentes, y describir con energía y elocuencia los triunfos de la idea y las batallas del pensamiento. Méndez era comunicativo, su palabra fluida, y su lenguaje claro, expresivo y contundente; poseía en alto grado el dón de la elocuencia, y por eso se agigantaba y atraía, cuando desde la tribuna hablaba á sus conciudadanos arrebatado por su ardiente anhelo por la propagación de las buenas luces en la Patria, elevándose como condor de poderoso vuelo, á alturas olímpicas, deslumbrando y convenciendo á sus oyentes por la artística belleza y hermosura de sus imágenes, por la refulgente luz de sus pensamientos, creaciones todas de una mente rica en verdades y de una fantasía rebosante en galas y colores.

Antes de enumerar los cargos que el doctor Méndez sirvió en el Colegio Federal del Zulia, el cual con el carácter de Nacional fue abierto á la juventud en 1839, es de justicia recordar que fueron en él, apóstoles de la enseñanza, el doctor Blas Valbuena, el capitán Rafael Capó, el maestro José Isidro Silva, el bachiller José Antonio Rincón, el presbítero bachiller Francisco Huerta, el doctor Manuel Cadenas Delgado, el ingeniero Pedro Bracho, el doctor Joaquín Esteva, el doctor Antonio María Peña, na, el doctor Carlos Urdaneta, el doctor A. María Peña, el doctor José María Rodríguez, y tantos otros más que sabemos recuerda con gratitud el inteligente y heróico pueblo del Zulia. Y enlazando estos nombres con otros que en el mismo Colegio han sabido servir á la nobilísima causa de la difusión del saber, diremos con el sabio doctor Dagnino: "Loor y recuerdos de gratitud exquisita para to-

dos aquellos que, como abejas industriosas han laborado en el rico panal de la ciencia y la instrucción de que ha venido gozando la juventud zuliana.....”

“En esa falange luminosa hay muchos nombres que, como los del bachiller José Antonio Torres, doctor Vicente Linares, doctor Juan E. Gando, doctor Gregorio Fidel Méndez, doctor Carlos Luis Sánchez, doctor Pedro Luengo, doctor M. Montiel Pulgar, doctor Francico Jugo, doctor Cástor Silva, doctor Francisco Suárez, presbítero doctor Nicolás María Olivares, doctor Helímenas Finol, doctor Alfredo Rincón, don José Andrade, doctor Candelario Oquendo, doctor Leopoldo Sánchez, ingeniero Francisco de Paula Andrade, doctor José Garbiras, doctor Francisco E. Bustamante, doctor Rafael López Baralt, doctor José del Carmen Ramírez, doctor J. M. Portillo, doctor Mariano Parra, doctor Vicente Rodríguez, bachiller C. Rodríguez, bachiller Suárez, señor Leville, señor Jaime Mayz, señor Arturo Lares, señor C. Rosell, y otros que se me escapan en este instante, merecen nuestro respeto, y especialmente el doctor Trinidad Montiel que regentó con brillo durante muchos años las clases de Filosofía y que fue del 80 al 84 un rector ejemplar, asiduo, organizador y centinela de los estudios que se hacían en el establecimiento de su cargo: á él y al doctor Luengo se deben los anales del Colegio.”

“El patriotismo no consiste sólo en cosechar laureles en el campo de batalla, y palmas y triunfos en los parlamentos, en donde la pasión insana alardea muchas veces de virtudes que no siente: también en el silencio de los claustros académicos, en el apacible retiro de los santuarios de Minerva, se prestan servicios á la Patria, más duraderos y meritorios que los del valiente que muere en la pelea, ó los del ardiente orador que puede concitarse peligrosas iras.”

Enumeremos los cargos públicos servidos por el doctor Méndez en el Colegio Nacional del Zulia, que acreditan una vez más sus valiosos y constantes servicios en el ramo de la enseñanza. Sirvió el Rectorado de 1866 á

1868; la cátedra de Higiene y Fisiología de 1860 á 1862; en 1863 y 1886 á 1887, la de Patología interna; de 1874 á 1876, la de Terapéutica y Materia médica; de 1876 á 1877, la de Geometría analítica y descriptiva; Cálculo diferencial é integral y Mecánica racional, de 1881 á 1886; la de Obstetricia, en 1881, y finalmente la del bienio de matemáticas de 1884 á 1886.

Como durante el largo período que mencionamos, no siempre fueron remuneradas las clases, los catedráticos las sirvieron por puro patriotismo, y con esto queda dicho que el nombre de Méndez figura entre los de aquellos generosos apóstoles del saber.

Con la somera exposición que hemos hecho relativa al señor doctor Méndez nos parece dejar demostrado que, era una vasta ilustración realzada por un talento descollante. Pues bien, esa vasta ilustración, ese eminente ciudadano, siente simpatías por la Jurisprudencia y no contento con estudiarla y meditarla en el silencio de su gabinete, por estimular á la juventud, entra en setiembre de 1877, á cursar sus clases en el Colegio Nacional del Zulia, donde él alcanzaba brillantes triunfos por la magia arrebatadora de su inspirada palabra y la exposición clara y elocuente de las más avanzadas y recientes conquistas de la ciencia. Hay hombres en quienes la más privilegiada inteligencia se aduna á la más exquisita generosidad del corazón, corriendo entonces la vida de tales seres con la apacible fecundidad y belleza conque corre la cristalina fuente por valles que enriquece y llena de frescura y lozanía. Almas grandes que ignoran pequeñeces y pasan por lo mismo entre los humanos haciendo el bién, enamorados del progreso, olvidadas de sí mismas. Méndez coronó sus estudios recibiendo el grado de doctor en Jurisprudencia.

Tan buen ciudadano, por los inconvenientes yá indicados de la política, pasó cuatro largos años fuéra de la patria desde el 70 hasta el 74 entre la isla de Curazao y la ciudad de Barranquilla, donde supo captarse generales simpatías y distinguirse como esforzado é inteligente cola-

borador en la enseñanza pública, regentando cátedras en acreditados colegios.

Los numerosos discípulos del doctor Méndez forman distinguida y brillante constelación en el cielo de nuestras glorias nacionales. Sobresalen en aquélla y entre los primeros el doctor Alejandro Andrade, abogado de bello decir, ilustrado, de sobresalientes dotes de ingenio; político profundo, versado en la ciencia del Gobierno, hábil para discernir las diversas aspiraciones humanas, en el palenque de la diaria contienda de la vida, escritor de correctas formas y ciudadano tan eminente por sus méritos, que después de haber servido destinos de reconocida importancia, sus conciudadanos, los patriotas hijos de la altiva Maracaibo, le confiaron la dirección de aquel glorioso Estado; el notable institutor, médico é ingeniero doctor Candelario Oquendo, que valiosos títulos tiene á la gratitud pública y grandes y especiales merecimientos á la consideración de la juventud maracaibera, á la que ha sabido comunicar en su largo y fecundo profesorado las luces de su conocimientos, sus virtudes, su abnegación y patriotismo. El doctor Oquendo es una de esas figuras que, no obstante su natural modestia, crecen y se elevan al favor y aplauso de la opinión pública, por sus eminentes cualidades, inteligencia y desprendimiento. Soles que al despuntar en el horizonte de la vida, anuncian que harán entre claridades esplendentes su inmortal carrera. Y á la par de los citados doctores, está el señor doctor Manuel Montiel Pulgar, abogado de vasta ilustración y escritor tan distinguido, que supo medir sus armas, en cortés y brillante polémica con el célebre publicista doctor Francisco Ochoa, campeón formidable de la Jurisprudencia, que con sus luminosos escritos y obras científicas allá en la imperial Maracaibo, honra nuestras letras y da elevación y gloria al foro venezolano; Gabriel Troconis U., de imaginación brillante y de inteligencia creadora que se manifiesta en sus escritos interesantes y bellos, por su forma y por su fondo; el bachiller Bartolomé Osorio, amigo de los estudios serios, poeta de sentimiento, escritor de correctas formas, ciudadano eminente por sus acrisola-

das virtudes, realzadas por natural modestia, y por su espíritu entusiasta por todo lo noble, grande y bello. En él, el pensador y el artista, sin confundirse se han identificado tanto, que las creaciones de su ingenio son además de profundas, hermosas: aparece en éllas la grandeza del pensamiento junto con el poderoso fuego de la inspiración; el doctorTemístocles S. Vaamonde, ilustrado médico que goza de singular fama y nombradía; el doctor Manuel A. Fonseca, escritor de vuelo, elegante y clara dicción, que en la importante y culta ciudad de Valencia, así como en Caracas, ha sabido captarse generales simpatías y hacerse en su profesión de médico, de brillante y sólida reputación, por el conocimiento y acierto con que ejerce el sacerdocio augusto de curar el dolor; el Pbro. doctor Francisco Luzardo, sacerdote venerable, de virtudes evangélicas, querido y tenido en alta estima, en San Antonio del Táchira, donde ejerce con viva caridad y celo ejemplar, su santo apóstolado; los distinguidos señores Rómulo Farías, Alcibíades Flores y Simón Montiel Pulgar, que han dado notables pruebas de singular y luminoso ingenio, y tantos otros más, merecedores por sus preclaras inteligencias y justa fama de admiración y loa, que en obsequio á la brevedad, sólo citaremos algunos de sus nombres que por sí mismos llevan aparejados su mejor elogio. Acaso no son conocidos ventajosamente del público, los señores doctores en medicina, José Domingo Montero, Francisco Suárez, Ildefonso Vasquez, Mariano Parra, Jorge Nevedo, Maximiliano Rincón, Agustín Rodríguez, Helímenas Finol, Francisco Rincón, José María Núñez, Aniceto Ramírez, Alfonso Rincón, Mariano Hernández, José Jesús Olivares, Francisco José Acosta, José Antonio Bracho, Manuel Bracho Barrios, Jesús Montiel, Miguel Villalobos Cárdenas, Manuel A. Dagnino, y Manuel Araujo; los acreditados ingenieros Hermócrates Parra, Enrique Vílchez, Francisco Chacín Navas, Joaquín M. Criollo y Emigdio Velasco; los distinguidos doctores en jurisprudencia, Leopoldo Sánchez, José Vicente Matos, Manuel S. Montero, Alberto Rincón, Olímpiades Finol y Amílcar Valbuena; el artista Rafael Luis Iriarte; los dis-

tinguidos comerciantes C. L. Fuenmayor y Guillermo Paz; el notable arquitecto Manuel S. Soto; los aplaudidos artesanos Francisco María Tinedo y Anacleto Castillo; los ilustrados señores generales Carlos María López, Antonio María Montiel, Carlos María Sánchez y Joaquín Valbuena U., muy entusiasta por el doctor Méndez, panegirista admirador de sus talentos, elocuencia y virtudes; y tantos otros más, discípulos de aquel sabio maestro que son hoy honra de las ciencias, gloria de las letras y las artes.

Hemos visto que figuran entre los numerosos discípulos del doctor Méndez, eminentes ciudadanos, glorias de las ciencias, columnas de la Patria. Admiremos la magnífica obra del constante y abnegado batallador, y volvamos el pensamiento á él, con el fin de hacer algunas apreciaciones de diversa índole, que en justicia las reclama el hombre múltiple, que ha brillado en la sociedad por varios respectos y siempre en grado eminente. El doctor Méndez fué Ministro de Fomento, Gobernador del Zulia y Secretario General en el gran Estado Falcón Zulia, y en tan delicados cargos supo emplear todos los medios de que pudo valerse en provecho del progreso y de las letras, demostrando en todos sus actos y procedimientos una acrisolada honradez.

Cuando en las altas cumbres del poder figuran hombres de la talla del doctor Méndez, deben alegrarse los corazones y los espíritus, impulsados por el amor á nuestra dicha y engrandecimiento Nacional; elevarse á las alturas del patriotismo, y aplaudir el acierto y la justicia de los que eligen y llevan á los cargos más eminentes de la República á los ciudadanos que han venido consagrando durante toda su vida las fuerzas de todas sus facultades y la luz de todas sus ideas, al bien de sus conciudadanos y al engrandecimiento de la Patria.

El doctor Méndez era poeta del pensamiento y artista de la palabra. Sabía dar á ésta el lugar que le correspondía, y al otro, el colorido y belleza que reclamaba en el discurso. Fuera de esto, que es bastante, tenía su lenguaje tal fuerza de verdad, soltura y pompa, que las ideas se des-

tacaban y los pensamientos brillaban tanto, como que la elocuencia, la poesía y el arte eran dones naturales del doctor Méndez, que de consuno sabía realzar y combinar de modo admirable su preclara y singular inteligencia.

Expresarse con precisión, claridad y elocuencia, es trabajo de suyo muy difícil. Describir lo que se siente y reseñar lo que se ve, tal como sentimos y vemos, es el mayor triunfo de los que más y mejor sienten y piensan.

Admiremos á los que poséen este dón y tienen alma de poeta junto con una inteligencia razonadora y poderosa. Sólo éllos pueden amar la verdad y la belleza con todo el fuego del entusiasmo y de la inspiración. La rosa que despierta al beso del alba coronada de trasparentes perlas; el verde ciprés echado á tierra por el soplo del huracán; el empinado cedro golpeando el polvo con su altiva cabellera, al impulso de la tempestad; la luz del relámpago; el retumbar del trueno; el rumor de los mundos, son para aquellos privilegiados seres, manifestaciones de la vida universal, fuerzas y notas de la naturaleza, que en sus grandes almas encuentran resonancia y sublime interpretación.

Como médico recomienda al doctor Méndez el testimonio de un pueblo culto é ilustrado, donde figuran notabilidades del saber, que por sí solas forman valiosísima recomendación del que, entre ellas, logra alcanzar brillante y extendida fama.

Hace algunos años hubo en Venezuela un gran día para la gratitud nacional. El reloj de los tiempos durante un siglo, marcó el primer día de la gloria de Bolívar, padre y fundador de la Patria. Tan fausto suceso se celebró en la capital de la República con variadas y pomposas fiestas, y con una Exposición de todo lo que ponía de presente nuestro progreso, cultura y civilización. En este ruidoso y grande festival del patriotismo y la gratitud apareció Méndez, patriota y agradecido, y Maracaibo, grande y admirable. El espíritu progresista y generoso de aquel heroico pueblo, tuvo en el doctor Méndez un representante que no agotó esfuerzos ni calculó

sacrificios para corresponder á la honra que le habían discernido, á sus propios deseos, y á los de sus honorables representados, entre quienes los arranques del patriotismo fueron tales, que hubo proezas de heroismo dignas de eterno recuerdo y admiración.

El doctor Méndez nació en Caracas y se trasladó á Maracaibo en el año que ya indicamos. En esta última ciudad, vivió en una quinta que poseía, los últimos días de su vida, entregado á sus constantes estudios y recibiendo de sus numerosos amigos y admiradores, pruebas de distinguida y merecida consideración. Allí, acosado por una enfermedad rebelde, en el mundo y lejos de él, meditando y estudiando, queriendo á sus compatriotas y siéndoles útil por sus sabias respuestas á constantes consultas, vivió aquel gran ciudadano.

Estimo propicia esta ocasión para citar algunas ideas tomadas de una importante carta, contestación del ilustrado señor doctor Dagnino, á otra que le dirigió el talentoso bachiller B. Osorio Urdaneta, pidiéndole informes de los trabajos del doctor Méndez como institutor.

El señor doctor Dagnino en la referida carta, á nuestro humilde entender, se eleva á una gran altura moral. Brilla su creador y luminoso ingenio, en aquel su estilo, fácil, elocuente y lleno de verdades; pero en esta ocasión más que las múltiples y hermosas galas de su inteligencia, nos ha complacido admirar su cariño á la virtud austera, las bellas prendas de su corazón, exhibidas en el sentimiento que se trasluce en sus palabras, al hablar de una amistad de más de cuarenta años, "no enturbiada por la más ligera sombra."

Entra luego el doctor Dagnino en un orden de elevadas consideraciones, y señala á grandes rasgos, "el contingente aportado por el doctor Méndez á la instrucción Zuliana," terminando aquéllos con los magníficos conceptos que á continuación insertamos:

"Siempre se le vió en la prensa periódica de la localidad, enseñando algo de bueno y de útil á nuestra juven-

tud: allí están muchos periódicos de la localidad desde 1859 que atestiguan lo que decimos.

"En la cátedra de la enseñanza, ¡cuántas veces no ha cautivado el auditorio con su elocuencia encantadora! En pequeñas publicaciones como "Los deberes del hombre," ha consignado para los niños preciosos cánones de moralidad y de justicia. En los hospitales y al lado del lecho de los enfermos, ha sembrado gérmenes de ciencia médica y atrevida cirugía, que muchos como el que suscribe, han recogido de su palabra y de su ejemplo, sirviéndoles de norma luego en su ejercicio profesional.

"Puedo asegurarle, mi estimado amigo, que tal vez soy de los menos que le deben al señor doctor Gregorio Fidel Méndez; y no obstante le soy deudor de útiles enseñanzas en el campo de la medicina operatoria, que él ejerció aquí con galanura y acierto durante algunos años."

El doctor Méndez falleció día sábado, el 22 del mes de julio de 1893, á las diez y tres cuartos de la noche. Su muerte fue un duelo general en Maracaibo, y las demostraciones de pesar que entonces se vieron en el pueblo y en todos los gremios sociales, prueban cuán profundo era el cariño que allí se tenía por aquél insigne ciudadano. El Gobierno del Zulia, presidido por el señor doctor Pedro Febres Cordero, por considerar al doctor Méndez como una honra nacional, por su sólida y vasta ilustración, y deudor el Estado de aquel patriota, del inmenso beneficio de haber dirigido acertadamente por largos años la educación de gran parte de la juventud, declaró duelo público su fallecimiento; la Universidad del Zulia dirigida por el señor Pbro. doctor Francisco José Delgado, después de honrar en bellos conceptos, la grata memoria de aquel ciudadano probo y ejemplar, acordó colocar su retrato en el salón principal del Instituto, á cuyo efecto se celebró un acto literario en el cual hizo el elogio del doctor Méndez, con brillo y éxito sobresalientes, el señor doctor Candelario Oquendo; el Concejo Municipal del Distrito Capital, supo honrar por especial é inolvidable demostración, aquella preclara inteligencia agotada en beneficio de la Patria; la Junta de Instruc-

ción Primaria de Maracaibo, ordenó colocar el retrato del apóstol de la enseñanza en el local de sus sesiones, y la Junta Directiva del Hospital de Chiquinquirá ordenó también lo mismo. En aquel hospital, Méndez había sido esforzado y meritorio obrero en las faenas benditas de la caridad; él no regateaba sus esfuerzos científicos, ni ponía límite á su abnegación, por mejorar la infeliz suerte de los pobres y enfermos, y sin duda por ello, con sencilla y conmovedora elocuencia, lamentando su fallecimiento, dijo la Junta del citado Hospital,- "sus servicios y merecimientos los conserva el Instituto inscritos en sus anales y trasmitirá su recuerdo á las generaciones venideras."

La prensa del País, y especialmente la de Maracaibo, publicó notables composiciones en prosa y en verso de galanos y conocidos escritores, encaminadas á enaltecer la memoria de Méndez, enarrando sus hechos y los triunfos de su inteligencia. En el deseo de confirmar nuestro juicio acerca de este ilustre compatriota, recordamos que en una notable publicación del señor doctor Alejandro Andrade, después de varias ilustradas apreciaciones filosóficas y morales, relativas á la fecunda vida del doctor Méndez, se leen estos conceptos:

"Recordadle en el hogar, en el santuario de la vida doméstica, hallaréis en él, precioso modelo digno de imitarse; que allí, la veneración del hijo por la memoria de la madre, el amor y ternura del esposo, y el firme cariño fraternal, fueron constantes en él y anduvieron en su corazón estrechamente unidos. Su piedad fue verdaderamente sólida, despojada de supersticiones y de hipócritas prácticas, pero revestida al mismo tiempo de toda la elevación y pureza del principio cristiano. Y rígidos fueron los principios morales que dirigieron siempre su vida, y austero y sólido en sus costumbres, manso y dulce en su carácter, modesto y como esquivo de su saber y de sus propios méritos, mostróse en toda ocasión amigo fervoroso de la verdad y de la justicia, severo consigo mismo y tolerante y humilde con los demás. De espíritu superior, encariñado con elevados ideales, no hizo jamás caso

de la ofensa con que se le agraviaba, y relegó á pronto olvido las ingratitudes y mezquinos procederes de que se le hizo víctima. Cautivaba con el prestigio de su palabra sonora, con primor modulada, grandilocuente y tan amena como apacible; de suerte que, ora en los sencillos estrados de la familia ó de la amistad, ora de pie sobre la tribuna, conquistaba hasta las voluntades más rebeldes y prevenidas, y conmovía los más fríos corazones; siendo de admirarse cómo anduvieron siempre hermanados en él el concepto dicho y expresado y sus hechos y procederes.

De exquisito gusto literario, su acervo en las humanas letras era tan rico como variado, y enriquecido más aún de día en día por las preclaras dotes de su entendimiento y por su afición insaciable al estudio y á la meditación.

Y por ello sus conocimientos alcanzaron verdadera universalidad, y fue médico de nota, y lució por su elegancia y habilidad con el bisturí en la mano; y fue ingeniero sobresaliente y profesor en la augusta ciencia del derecho. Y si universales y sólidos eran sus conocimientos, sorprendía y maravillaba al mismo tiempo la claridad y brillo con que acertaba á comunicarlos y trasmitirlos; de suerte que en las cátedras de las escuelas, en el magisterio de la enseñanza, noble y santa labor, á la que tributó siempre entusiasta y asiduo culto, fue él verdaderamente inimitable y aquellas sus lecciones, reflejo vivo de la luz que brillaba en aquel cerebro privilegiado, le dieron título á uno de los primeros y más encumbrados puestos en la noble jerarquía de los directores de la juventud zuliana. Recuerdo mi vida de estudiante y me parece verle aún abiertos y saltantes los ojos, viva y brillante la mirada, animado y expresivo su rostro, vibrantes sus labios, ganando la atención de sus discípulos que nos manteníamos así como prendidos de su palabra entusiasta y persuasiva, ¡ qué maestro ! En la cátedra, qué insigne!"

El señor E. López Rivas, ilustrado director de *El Fonógrafo* en un bello artículo editorial, afirma en su diario, que "Méndez tenía extraordinaria vocación para

el magisterio, y el precioso dón de trasmitir y fijar en otras inteligencias los conocimientos que atesoraba la suya. El encanto de su palabra hacía amable el estudio: sus discípulos esperaban con anhelo la hora de su clase; y, terminada ésta, abandonaban con pesar las aulas, donde habían bebido la ciencia en aurea y cincelada copa, donde acababa de resonar fluida, armoniosa y llena de atractivos, aquella ática elocuencia del maestro, digna de ser aplaudida bajo los pórticos de Atenas en la edad de oro de la oratoria griega."

De Méndez en la cátedra puede decirse lo que él mismo, en solemne ocasión, dijo de su maestro el célebre doctor Vargas: "Su imaginación era brillante, su elocuencia fácil; y brotaban de su cerebro las ideas claras, frescas y fluidas como el agua de la fuente; y nacían de su corazón los sentimientos espontáneos, ardorosos y vivos como de la llama del incensario en los altares del Señor!"

En la vecina República de Colombia donde Méndez era conocido y admirado, se hicieron también publicaciones honrosas á su memoria entre las cuales hemos leído una que corre inserta en *El Estímulo,* periódico de San José de Cúcuta, de la cual vamos á reproducir cortos párrafos, que compendian con admirable elocuencia aquella gloriosa vida. En éllos se lee que nuestro compatriota "nació humilde, sin contemplaciones, como los astros de la media noche; mas de alarife trocó el palustre por el libro, y se suspendió en alas de una fama que no tiene paralelo en la historia de nuestras redenciones ciudadanas.

¿Quién alcanzó su gloria? Quién realizó sus ideales?

Fue médico eminente, y el primer obstétrico del Zulia:

Fue su primer Ingeniero:

Su primer orador:

Su primer filósofo cristiano:

Su primer institutor:

Abogado de nota:

Historiador:

Conferencista:

Magistrado Civil:
Ministro:
Publicista.

¡Todo, todo lo que se puede ser! Sólo en el campo ardiente de la política flaqueaba aquel espíritu nacido para las altas serenidades de la idea!

Su gloria es una gloria singular: nació pequeño y murió grande! casi inmenso en la inmensidad de su dolor.

La juventud Zuliana que hoy brilla en todos los ramos de actividad de aquel pueblo—único por levantado en los anales de Venezuela—fué su discípula, bebió en sus doctrinas, é hizo escabel de la gloria del maestro, para subir siempre."

Necesitamos hombres, como Méndez, de carácter, inteligentes, abnegados, patriotas y virtuosos. Obreros como él, son los que regeneran los pueblos, ennobleciéndolos y dignificándolos. Los hombres de genio, sin virtudes sociales y sin patriotismo no pueden dejar los sublimes recuerdos de las almas grandemente generosas y buenas. Está bien que para el talento haya aplausos y coronas para los triunfos del ingenio; pero no lleguemos á más, otorgando los envidiables honores de la virtud y las glorias inmarcesibles del patriotismo á los que no fueron ni virtuosos ni patriotas. Así nuestro pueblo, masa social todavía inconsistente para la vida activa y batalladora de la democracia, no tendrá fuertes entusiasmos por su propia redención y perfeccionamiento, porque verá en los estrados de la sociedad, imperando errores y vicios, considerados como virtudes por nuestro exaltado lirismo.

¿Cuál sería hoy el porvenir de la República, si hubiéramos tenido virtudes para la vida de la democracia? Es necesario volver sobre nuestros pasos, reflexionar sobre nuestros destinos, y crear el carácter nacional encarnado en las virtudes cívicas, en el amor al trabajo y en el culto de la libertad. Nuestro pueblo ha debido sacudir la losa de su tumba, y consciente y reposado, resucitar á la vida del derecho, ungido por el óleo de la gloria. Así sucedió en los Estados Unidos del Norte, y por ello, "un agricul-

tor joven toma las armas, se alecciona y produce la independencia..... Un leñador estudia la Biblia y el Derecho, invoca á Dios y al pueblo, y entra en una guerra formidable, de la cual sale luego con las cadenas de la esclavitud ya rotas, en las manos, y la aureola de la gloria, ya inmortal, en la frente.....

Del mostrador de un mercachifle sale un dependiente, en Tennessee y del taller de un cargador de lana sale un aprendiz, en Livingston, como si hubiesen tenido la revelación de su destino. Estudian y trabajan, y el dependiente de buhonero y el aprendiz de cardador, alcanzan aquél el número 11 y éste el número 13 en la serie de los Presidentes americanos.

Distínguense en las escuelas de Columbia y en los Tribunales de Nueva York el hijo de un colono holandez, y en la Legislatura de Pensylvania el hijo de un emigrado de Irlanda, de aquellos que atravesaban los mares y venían á la tierra de América por salvar su conciencia religiosa y su libertad política de las garras de los tiranos. El pueblo de los Estados Unidos toma nota y, andando los tiempos, llévalos á la Magistratura Suprema.

Y sucedió que el labrador Wáshington, y el leñador Lincoln, y el buhonero Polk, y el cardador Fillmore, y Van Buren, hijo del colono, y Buchanan, hijo del emigrado, son, con el abogado Jefferson, con el profesor Adams, con el industrial Franklin, con el militar Grant, y con todos los que de las distintas esferas sociales han surgido á la política, á las ciencias, á las armas y á la elocuencia, son, á un tiempo mismo, los nobles por el mérito eminente y los caballeros de la democracia universal." (1)

Méndez, como aquellos grandes patricios, noble por el mérito eminente y caballero de la democracia universal, es una figura digna de exhibirse á los anhelos generosos de la juventud. Su vida entusiasma: es una glorificación: un himno admirable á las ciencias y al trabajo.

"Amor al prójimo: respeto de sí mismo: esto es, bene-

(1) D. A. Arrieta.

volencia y dignidad, tales son los sentimientos que constituyen todas las virtudes privadas, sociales y políticas, tal es la vida íntima del alma, que distingue al hombre de los seres inferiores; luz que embellece sus días en medio de todas las vicisitudes, calor que alimenta su esfuerzo para que no caiga cuando tropieza en la agria cuesta de la vida; porque el espíritu se alegra ó se resigna cuando el hombre está en paz consigo mismo! Tal es la base de la grandeza y prosperidad de las Naciones, que no pueden ser verdaderamente libres y fuertes si no cuentan con ciudadanos dignos que puedan y sepan invocar los principios, que así dan ventura al hogar común, la Patria, porque la gloria no consiste en dejar piedras esculpidas con letras de oro, que recuerden nuestro nombre á otras edades. Al pie de la acrópolis yacen en confusa ruina las obras de Pericles: el arado pulveriza hoy los mármoles que la mano de Fidias cinceló: el musulmán apacentó sus ganados bajo las desplomadas columnas del templo de Minerva. Es el pensamiento vida del espíritu, si busca la verdad; es la voluntad ilustrada, cuando, amiga del bién, rinde culto á la virtud; es el fervor del alma para amar la belleza moral, lo que consagra ejecutorias de veneración para los hombres y timbres de inmortalidad para los pueblos." (1)

Méndez, hermano de Adriano Páez por la inteligencia, por la desgracia, por la terrible enfermedad que con indecibles sufrimientos y dolores le arrebató la vida, dejó en Venezuela, como aquél en Colombia, una tumba solitaria, pero ilustre. Su nombre queda inscrito con caracteres de amor en la lista de los buenos, glorificado por aureola de virtudes é iluminado por los destellos del genio. (2)

DOCTOR RAMON I. MONTES

Montes nació en Ciudad Bolívar en 1826, y trascurridos los primeros años de su juventud, fue enviado por

(1) C. L. Mendoza.
(2) Pronunciada en La Victoria.

DOCTOR RAMON ISIDRO MONTES

sus padres á seguir estudios científicos en la Universidad Central, los cuales coronó con lucimiento recibiendo el grado de Doctor en Jurisprudencia.

De grata recordación es en Venezuela el nombre de tan ilustrado institutor y distinguido servidor de la Patria. No han pasado inadvertidos á la gratitud pública los esfuerzos generosos, los laudables ejemplos de aquel eminente ciudadano que agotó su vida en el profesorado, ofrendándola toda entera, con incansable afán, á la noble y bella causa de la civilización de su país.

Dedicarse con abnegación y constancia á la ardua labor de generalizar los conocimientos humanos, es trabajar por el perfeccionamiento de la sociedad; es cimentar sobre bases indestructibles los sanos principios del derecho; es hacer perdurables las conquistas del progreso y los triunfos de la civilización.

El doctor Montes inclinado al peso de los años, rico en merecimientos y estimado de sus compatriotas, vivió en la postrimería de su vida, sin oir las repugnantes voces de la envidia que casi nunca abandona á los que recorrieron largo camino, sobresaliendo y alcanzando honores. Es que la tarde de la vida tiene en los hombres como el doctor Montes, una como belleza y majestad moral, que atrae elevando el espíritu . Y natural es que así acontezca con los buenos, inteligentes y abnegados batalladores por los incesantes adelantos del saber, porque defienden la más noble causa de la humanidad, y deben hacerse grandes y admirables, cuando con una inteligencia poderosa y clara, y un espíritu generoso y recto, influyen en los destinos de su época, estudiando y mejorando al propio tiempo los elementos y medios del organismo social. Tales hombres se adelantan á la generalidad de sus coetáneos en misión de paz y de luz, y bajo tan buenos auspicios se acercan á los umbrales de la tumba, mereciendo como verdaderos apóstoles del mejoramiento humano, el más puro y espontáneo afecto que ofrece la sociedad á los que la honran y engrandecen.

El doctor Montes figura entre los hombres más ilus-

trados que ha tenido Venezuela. Hizo él desde temprana edad serios y perseverantes estudios en varios ramos del saber humano, llegando, merced á su contracción y dotes de ingenio, á hacerse de una reputación literaria que abona el éxito alcanzado por sus variadas producciones, bien acogidas del público y aplaudidas por distinguidos y correctos escritores del País.

Es nuestro propósito rememorar muy á la ligera sus servicios á favor de la instrucción pública de Venezuela, y por este motivo y escasez de nuestras fuerzas limitaremos las ideas que vamos á emitir, al particular mencionado.

Inició el doctor Montes su carrera pública en el profesorado el primero de setiembre de 1847, á los veinte y un años de edad y recién graduado de Teniente de Ingenieros, en que entró á servir la cátedra de filosofía, en la parte de Matemáticas, en el Colegio Caracas, dirigido por el acreditado maestro en Filosofía, Tomás Víctor Bermúdez. En esta época tuvo por compañero en el profesorado, en el mismo Colegio, á Cecilio Acosta, gloria de nuestra literatura.

Corriendo el año de 1848 fue nombrado el doctor Montes por el Gobierno Nacional, Catedrático del tercer bienio de la Academia de Matemáticas, viniendo entonces á servir con los antiguos y eminentes profesores, Teniente de Ingenieros, Manuel María Urbaneja y Juan José Aguerrevere, catedráticos, respectivamente, del primero y segundo bienios.

El doctor Aguerrevere rindió la jornada de la vida, dejándole á la patria el recuerdo de sus virtudes y sus valiosos servicios en la enseñanza, que todavía trascienden y trascenderán á lo porvenir, porque las ideas no perecen, y cada generación cumpliendo una ley irremisible del progreso, hereda á la que precede, avanza y conquista para legar á la que le ha de suceder. Y el doctor Urbaneja, prolongados bastante los venerables días de su gloriosa ancianidad, vivió rodeado de la estimación que le profesaban sus compatriotas, que veían en él uno de los más

ilustrados y constantes propagandistas de las ciencias. El dió clases á Baralt y á Vargas; fue el maestro de varias generaciones, distinguiéndose siempre en el profesorado, por su clara inteligencia y profundo saber. Hemos creído de justicia citar á tan renombrados é insignes institutores, dedicándoles un recuerdo de gratitud y un tributo de veneración: éllos mejoraron á sus compatriotas, y le dejaron á la República cuantiosa herencia de luces y virtudes.

En el citado año de 1848 se separó el patriota doctor Montes de la capital de la República, para restituirse á su país natal. Anhelaba él, con el caudal de conocimientos que poseía, ser útil á la tierra especialmente querida en que vió la primera luz y trascurrieron los primeros años de su vida. Noble aspiración, propia de un corazón generoso, estimulado por el bien y el progreso. Recién llegado en 1849 á Ciudad Bolívar, entró á desempeñar el Vicerrectorado del Colegio Nacional de Guayana y las clases del segundo año de Filosofía en la parte de Matemáticas y la de Gramática latina; y poco después sirvió interinamente el Rectorado y la clase de Física particular hasta terminar el curso. Fue bajo su inteligente dirección que el célebre Colegio Nacional de Guayana rindió su primera cosecha de Bachilleres en Filosofía. Entre los alumnos aventajados de aquella época sobresale el ciudadano José Gabriel Ochoa, que figuró en alta escala en aquellos mismos días como Secretario de Gobierno de la Provincia, llegando después á ser General en Jefe de la Federación Venezolana, y hombre público muy notable en la política de su país.

En diciembre de 1853 nuestro abnegado educacionista fue nombrado Rector en propiedad del Colegio Nacional de Guayana, destino que desempeñó con recomendable consagración é inteligencia, dando muy satisfactorios resultados, hasta mediados de 1854. En este período llevó á efecto el doctor Montes, el feliz pensamiento de admitir alumnos internos en el acreditado Colegio que regentaba. Del interior de la misma provincia de Guayana, de la de

Maturín y de las de Apure y Barinas, concurrieron varios jóvenes á recibir las importantes enseñanzas que con patriótico anhelo trataba de inculcar aquel eminente ciudadano en la numerosa juventud que le oía. Como si tan laudable proceder no fuese suficiente á generalizar extensamente los conocimientos humanos en aquellas comarcas, el doctor Montes fijó su mirada en el pueblo, y llegó hasta él para hacerle partícipe de los benéficos resultados de su trascendental labor. Fundó entonces una escuela nocturna de artesanos anexa al Colegio, y en ella, aquel insigne ciudadano se complacía en derramar luz sobre humildes inteligencias oscurecidas por la ignorancia; despertaba en hombres no habituados á la vida activa y elevada del pensamiento, desconocidos y generosos estímulos, que les hacían considerar más amplios los horizontes del porvenir; elevaba el nivel social, mejorando al individuo y la sociedad. Entre los numerosos discípulos del doctor Montes en el período antes citado, sobresalieron varios en distintos ramos del saber, figurando entre éstos el inteligente general Andrés A. Level, tan entendido en materias de historia patria, que la cultivó y enriqueció con trabajos llenos de erudición que perdurarán por sus bellezas literarias, elevadas tendencias y ser cuadros de primer orden, construidos primorosamente, con riquísimo acopio de materiales, sacados á lucir del revuelto mar de nuestra historia.

Es probable que los acontecimientos políticos de aquellos tiempos determinacen al doctor Montes á ausentarse de su país natal, para volver á la capital de la República, donde luego se estableció, fundando el primero de setiembre de 1854 el Colegio de Santo Tomás, en unión del Comandante de Ingenieros y acreditado maestro señor doctor Manuel María Urbaneja: la administración interior del Colegio y las clases de Filosofía intelectual, Gramática Castellana y Gramática Latina, estuvieron á cargo del doctor Montes, desde la apertura del Colegio hasta fines del año de 1858, en que se separó de Caracas, con dirección á Valencia, para asistir á la Convención Nacio-

nal del citado año, como Diputado por la Provincia de Guayana.

Al Colegio de Santo Tomás acudió numerosa juventud á adquirir preciosos y útiles conocimientos, que así eran los que brotaban de los labios de aquellos inteligentes patriotas, anhelosos de difundir la luz del saber entre sus numerosos oyentes. Fueron alumnos distinguidos de aquel afamado instituto, entre otros más, los ilustrados doctores Wenceslao Monserrate, Simón Zárraga, Teófilo Rodríguez, Camilo Alfaro y Paulino Valbuena, quienes han llegado á alcanzar, ora por sus respectivas profesiones ó singulares dotes de ingenio, distinguido renombre, brillantes triunfos y elevados cargos públicos en la política nacional; el conocido literato y académico don Julio Calcaño, que tan magnífica huella viene dejando en el cielo de nuestra literatura, con sus luminosos y profundos estudios: los generales Tomás R. Olivares y Julio Sabás García, que han descollado y figurado en alta escala en nuestra política; el doctor Domingo Guzmán Bastardo, médico pensador, de inteligencia clara y espíritu generoso, que tiene entre sus títulos á la gratitud pública, el haber, durante un cuarto de siglo, enaltecido en el Oriente el redentor apostolado de la enseñanza, en un Colegio que ha sido y es fecundo semillero del saber, gloria y honra de la importante ciudad de Aragua de Barcelona: el distinguido educacionista Pedro Manrique, de bien sentada fama y sólida reputación: el señor Pedro Sederstrong, periodista, fundador del Colegio Caldas en Barranquilla, Director del Colegio Bolívar en Trinidad, fundador del Colegio Baralt, en Curazao, y el señor doctor Carlos González Bona, de inteligencia tan privilegiada, que ha conquistado en las regiones andinas, donde sobresalen fecundos ingenios esmeradamente cultivados, extendida y brillante reputación, como médico, ingeniero, orador y poeta.

Persuadido el doctor Montes de que los conocimientos se generalizan produciendo siempre fecundos resultados en todas las empresas de la actividad humana, fundó también en Santo Tomás una escuela nocturna de artesa-

nos anexa al Colegio, de que fueron alumnos el acreditado maestro Victorio Ponce y el general José Miguel Torres, que figuró en nuestra política y sirvió destinos públicos de importancia.

El doctor Montes como verdadero apóstol de la nobilísima propaganda del saber, adonde quiera que iba se prestaba gustoso á la enseñanza de los útiles y sólidos conocimientos que poseía. Apenas fija su domicilio en Valencia en 1859, cuando en febrero del mismo año es nombrado en propiedad catedrático de la clase de Leyes Patrias, y luego de la de Física, ambas en el Colegio Nacional de Carabobo. Tuvo varios discípulos, contándose entre éstos en la clase de Leyes Patrias, el doctor Francisco González Guinán, conocido en el país, como hombre público, periodista, historiador y escritor notable.

Restituido Montes á su país natal á mediados de 1863, entró á servir en el Colegio Nacional de Guayana, primero la clase de Gramática latina, después la de Gramática castellana, y luego el cargo de Presidente de la Junta de Instrucción primaria. Continuaba como siempre el doctor Montes consagrado á la divulgación de los conocimientos humanos, cuando se le ofreció más ancho campo para su fecunda y útil labor. Encargado por segunda vez, el año de 1876 del Rectorado del Colegio Nacional de Guayana, lo sirvió hasta el de 1885, en que sintió menoscabada su salud, y un tanto agotadas las fuerzas de su espíritu, por el largo trabajo de más de treinta años de consagración á la enseñanza.

En Ciudad Bolívar casi todos los doctores graduados en Medicina y Derecho, fueron discípulos de tan eminente y meritorio Institutor. Entre éstos figura el inteligente doctor José María Emazábel, que ha sido Presidente del Estado Bolívar, y sobresalido en la política nacional; el doctor Julián Mendoza, abogado y político de significación; el doctor Carlos García Romero, médico notable de ejecutorias en el profesorado; los doctores Wenceslao y RafaelMonserrate, jóvenes de reconocida inteligencia, de elevados propósitos y patrióticos anhelos: el

segundo concurrió á la última Legislatura Nacional, y sirve actualmente el Ministerio de Instrucción Pública; y tantos otros más que honran la memoria del maestro y ensalzan y justifican en nuestra patria, con sus trabajos literarios y elevada propaganda, el benéfico y fecundo poderío de las letras y las ciencias.

Basta la somera exposición que hemos hecho de la asidua propaganda del doctor Montes en favor de la instrucción, para comprender que sus títulos á la gratitud pública están suficientemente legalizados, por sus valiosos trabajos en beneficio del país. Está al alcance de cualquiera que reflexione un poco, que para que una nación se engrandezca y se fomenten en élla las riquezas materiales, no es suficiente que la naturaleza le haya prodigado sus más ricos y esplendidos dones, y que sus hijos por temperamento sean activos y laboriosos: se requiere en élla, además de lo mencionado, los conocimientos necesarios en sus pobladores para utilizar dones tan preciosos y fomentar y dirigir los progresos que se alcanzan por el trabajo, que difiere en mucho cuando va acompañado de la inteligencia, por sus fecundos y trascendentales resultados, del esencialmente mecánico. Son, sin duda, de alta valía los esfuerzos patrióticos que aquel distinguido institutor puso en práctica para hacer siempre fructíferas y notables las preciosas y útiles enseñanzas que supo trasmitir á numerosa juventud de la República.

El doctor Montes publicó algunas obras de enseñanza, que han venido siendo favorablemente acogidas por el público y los hombres de letras. Entre éstas merecen especial mención su Aritmética Práctica, su Arte de hablar y escribir correctamente la lengua castellana, seguida de un compendio de Métrica.

El ilustrado señor doctor Félix Montes, digno descendiente de aquel eminente varón, publicó bajo el patrocinio del Gobierno Nacional, una interesante colección de composiciones en prosa y en verso, de su finado padre, con el modesto título de "Ensayos poéticos y literarios." Este libro está precedido de un erudito y brillante prólogo del atilda-

do escritor y distinguido académico señor don Julio Calcaño. Aunque bien recomendado está el referido prólogo con haber citado el nombre de su autor, estimamos oportuno llamar la atención acerca de tan excelente trabajo, á quien leyere estas líneas y deseare conocer un juicio magistral sobre los relevantes méritos del doctor Montes, como educacionista, orador y hombre de letras.

El doctor Montes á pesar de su poca ó ninguna afición á la política, sirvió varios elevados cargos públicos; asistió á las Legislaturas Nacionales; presidió en más de una ocasión el Senado, y estuvo en contacto con los altos dignatarios de la Patria, quienes le solicitaban y le oían, porque vieron siempre en él, un ciudadano eminente por su inteligencia, carácter y abnegación.

Los hombres que como el doctor Montes sienten en el alma la grandeza del bien; que llevan abundante luz en la mente y miran al fondo de las cosas; que aman la gloria, cuando eleva el nivel moral y produce dicha perdurable para los humanos; que no tienen oídos para las voces rastreras de la envidia; que detestan las riquezas, cuando detrás de ellas hay remordimientos que amargan las aparentes horas de felicidad que proporcionan; que no tienen más ideal que la regeneración de sus conciudadanos, por el pensamiento, el trabajo y la virtud; que no reconocen fueros para el error, ni excusa para la mentira; que no temen á nada ni á nadie, aun cuando en la senda de la virtud y del deber, sea necesario un mártir; los hombres que así son, de cerca ó de lejos, despiertan en el corazón de quien los estudia, placeres inefables; tienen una grandeza excelsa: cuando viven, son faros que guían; cuando desaparecen, astros que brillan.

El fallecimiento de este benefactor de la humanidad, acaecido en Ciudad Bolívar el 10 de junio de 1889, causó general sentimiento en aquel importante Estado y en otros más de la República, donde era querido y tenido en alta estima el venerando, inteligente patriota, que tan fructífera y fecunda hizo la jornada de su vida.

Termina el señor don Julio Calcaño su notable

BACHILLER JOSE SILVERIO GONZALEZ

prólogo de que hemos hablado, con estas justicieras y elocuentes palabras:

"Así por sus méritos literarios y científicos, como por las virtudes que siempre le distinguieron, Montes es uno de los varones que deben ser presentados á la veneración de sus conciudadanos; pues su vida y sus trabajos, en medio de nuestra existencia superficial y turbulenta, son digno ejemplo de lo que puede alcanzar la laboriosidad dirigida por una inteligencia clara, de consuno con la rectitud de un bien intencionado corazón."

Este modesto trabajo es la ofrenda de nuestro cariño á la memoria del amigo.

BACHILLER JOSE SILVERIO GONZALEZ

(CONFERENCIA)

Las fiestas del espíritu dejan en el alma perdurables recuerdos, y los hechos sublimes y acciones nobilísimas de varones eminentes, abnegados y patriotas, no pueden enarrarse sin que se llene el corazón de generoso entusiasmo. Por abrigar este pensamiento he creído propicio como asunto previo exponer á vuestra consideración la vida de algunos preclaros varones á quienes deba gratitud la República, porque supieron amarla y servirla con vivo amor patriótico y acrisolada honradez. El ciudadano á que voy á referirme es una figura eminente, de corazón generoso, superior á los infortunios humanos, de espíritu sereno, grande y civilizador en las diarias y tormentosas luchas de la existencia, alma siempre luminosa, abierta, nacida para acoger y fomentar los más bellos ideales. En el cuadro que voy á trazaros, habrá vida, luz y colores: nada debido á mi humilde palabra. El patriota de que os hablaré, tejió con sus hechos la corona de sus merecimientos, y con fuerzas propias y talla de gigante incansable é invencible, como el sol asciende, subió hasta el cenit de la gloria.

Era aquella época memorable, en la cual nuestros abuelos con abnegación y denuedo, luchaban en los campos de batalla por la Independencia de la Patria. Eran días de incesantes combates, de choques formidables, de inconcebibles sacrificios, heroísmos sin medida. Los patriotas habían apurado la copa de todos los dolores, y guiados por la voluntad de Bolívar, seguían con fe de titanes la colosal obra emprendida. Clamores de agonía se sentían por todas partes. Corría el año terrible de catorce, las ideas de independencia parecían extinguidas, reinaba la desolación y el espanto, y Boves, triunfador, pretendía con saña y furia hundir la República en el mar de sangre humana en que naufragaba. En esta calamitosa época resolvió dirigirse á Cumaná, huyendo del criminal incendio de Cumanacoa y de los horrores de la *guerra á muerte,* una apreciable familia, de la cual, cinco años más tarde, había de venir al mundo, el patriota, el eminente don José Silverio González.

El día 20 de junio de 1820 es una fecha memorable, pues señala el punto de partida de uno de esos espíritus generosos y grandes, que ensanchan las vías triunfales de la humanidad y dignifican los sentimientos y aspiraciones, con el fuego de sus virtudes y la fama de sus hechos.

Días de zozobras, de crueles angustias, de espanto y de privaciones se sucedían en el hogar del patriota cumanés, pues su familia, como tantas otras, emigradas, llevaba vida de tristes recuerdos, de mortificantes escaseces. No hubo cantos ni regocijos junto á su cuna. El sol de la felicidad no brilló en su hogar para alumbrar sus primeras sonrisas. Reinaban en él la tristeza y el dolor, y fue necesario darles tregua para que el cariño paternal estampara sobre su frente los primeros ósculos del amor. Por fortuna no trascurrieron los años de su infancia sin que la música de los clarines de la victoria, anunciara el definitivo triunfo de las armas republicanas y que el amor de nuestros héroes á la libertad, era tan vivo y tan grande, que por élla, olvidándolo todo, seguían hasta las cumbres del Potosí, creando Naciones á los destellos de sus inven-

cibles espadas. El destino de aquel niño que recibe sus primeras inspiraciones en aquella época en que Bolívar y sus tenientes llenaban de laureles á la maravillosa creación de Colombia; en que los himnos del más ardiente patriotismo, resonaban en todos los labios; en que la imagen adorable de la Patria era el delirio del amor exaltado en todos los corazones, debía tener alguna relación íntima con el medio en que su inteligencia se abría á las claridades de la razón, á los juicios del pensamiento. En efecto, así sucedió. Nacido González entre las angustias y las tristezas de horrendas calamidades, de padres patriotas y de alma grande, tuvo un carácter enérgico que se sobreponía á los peligros cuando era necesario arrostrarlos por el cumplimiento del deber. Trascurridos sus primeros años en la escuela del honor y del trabajo; impresionado su juvenil espíritu, con admirables ejemplos de abnegación y grandeza, formado en el culto de la democracia ¿qué mucho que por medio de su ingenio, de su perseverante esfuerzo, haya dejado iluminado el camino de su existencia con la gloria de sus hechos?

Principió á estudiar primeras letras en 1827, con el teniente de artillería José María Espín, persona notable por sus útiles servicios en la enseñanza de los niños y de la juventud, y terminado este aprendizaje con el mismo profesor emprendió el estudio de la Gramática Castellana, con tal ahinco y perseverancia, que en breve tiempo fue un excelente gramático. Luego cursó latinidad con el señor José Antonio Ramos, ciudadano de inolvidable memoria por sus indiscutibles méritos y por sus constantes servicios á la noble causa de las letras en el Colegio de Cumaná, donde ejerció el magisterio de la enseñanza desde 1832 hasta largos años después, siempre con éxito brillante, lo cual explica el sentimiento de profunda tristeza con que en 1881, los hijos de la ilustre Cumaná, rodearon la tumba de Ramos, para dar el último adiós y honrar la memoria de aquel varón esclarecido, que había sabido merecer el amor y la admiración de sus conciudadanos.

En 1835 entró el señor González á cursar filosofía en

el Colegio de Cumaná, teniendo por maestros á los ilustrados cumaneses, bachiller Jacinto Gutiérrez, doctor Andrés Level de Goda y el teniente de ingenieros Blas Bruzual, no pudiendo continuar sus estudios filosóficos por que la revolución del citado año de 1835, perturbó la marcha del Colegio. Dotado González de maravillosa actividad de espíritu, de grandes energías, se lanzó al medio de la catástrofe, tomó las armas, y de soldado aspirante en los tres años que estuvo en la mayoría del general Francisco E. Gómez, ascendió á subteniente. Retirado del servicio militar, gozando la Patria de la tranquilidad pública, se fue á Carúpano, donde fundó su primera escuela en 1839. Estaba en la primavera de la vida, sentía el fuego poderoso de su viva imaginación, de la sangre latina, y se retiraba del servicio militar, con lisonjeras esperanzas, sueños de felicidad y de gloria. Se anunciaba ya el gran hombre en aquel joven de espíritu noble y fuerte, de elevadas aspiraciones, que amaba la gloria de la propia independencia, conquistada por la virtud ennoblecedora del trabajo. Bellos días, los días de la juventud! El joven González no permaneció largo tiempo en Carúpano, pues los queridos recuerdos de su gloriosa tierra, el hogar nativo, esa gran Patria del corazón, le hicieron de nuevo dirigir sus pasos á Cumaná, donde la Municipalidad le eligió para Preceptor de la Escuela Cantonal, creada por la Diputación de la antigua Provincia en noviembre de 1839. Al año de estar sirviéndola compuso un tratado de Lexigrafía, y después otros útiles textos, notables por más de un respecto. Dicha escuela durante los ocho años seguidos que la dirigió, marchó bien, fue gimnasio provechoso á numerosa juventud y sirvió de preparación á su director por su constante estudio, para los grandes trabajos pedagógicos, literarios y científicos que después emprendió y realizó conquistando fama y aplausos. La conspiración de Yaguaraparo en 1848, le hizo abandonar su modesto templo del saber, y por segunda vez voló á los campos de batalla á defender los intereses de la Patria.

Es de advertir que para esa época los discípulos de

González eran numerosos, y que su fama de buen pedagogo era tal, que de Carúpano, la Costa, Maturín, Margarita, Barcelona y Guayana, venían jóvenes á nutrir su inteligencia con las ideas de aquel maestro admirable por sus procederes siempre ajustados á la virtud y al patriotismo. Debemos decir que nombres consagrados ya por la fama á la vida de la inmortalidad en el templo de nuestras glorias literarias; que políticos discretos de mirada verdaderamente de alcance á lo desconocido en el torbellino de las agitaciones humanas; que poetas de genio inspirado, oradores elocuentes, personalidades del comercio, de las industrias y de las artes, que han honrado y viven todavía algunos, honrando la República, recibieron de aquel insigne maestro sus primeros conocimientos. Vicente Coronado, Pedro María Arismendi, Angel Félix Barberi, José Antonio Ramos Martínez, Pedro Ezequiel Rojas, Bartolomé Milá de la Roca, José del Carmen Betancourt Rendón, José Vallenilla Cova, Pedro Centeno, Miguel Ramos, Andrés Marcano, José de Jesús Martínez Mata, y tantos otros ciudadanos beneméritos de la distinguida generación á que pertenecen los citados, dirigieron á magnífico destino sus pasos, por los derroteros luminosos señalados por aquel noble mentor de la juventud.

González interrumpió sus estudios filosóficos en 1835, por la causal ya indicada, pero no perdió su decisión á continuarlos en propicia ocasión. A pesar de haber contraído matrimonio en 1842, de tener los múltiples deberes de padre de familia, de cumplir sus obligaciones contraídas con el partido liberal cumanés, al cual pertenecía, su despejada inteligencia y prodigiosa actividad le abrían ancho campo, donde él, obrero infatigable, hacía admirablemente fecundas sus diversas labores. Llenaba con cabalidad sus deberes de patriota, enaltecía con su conducta su honorable hogar, atendía á todo y le alcanzaba el tiempo para el estudio del derecho civil, con el probo é ilustrado jurisperito Etanislao Rendón, su amigo, y más tarde su compañero en la política y en el parlamento; teneduría de libros con Pedro Coll, francés con José Manuel Barceló,

inglés con Alejandro Mathison, y debido á su claro ingenio, á su constante dedicación al estudio, adquirió el conocimiento del italiano y del griego, y se versó tanto en la literatura clásica, que pudo trasmitir sus especiales conocimientos en este ramo de grande encanto para el espíritu, á numerosos discípulos. Para González, el estudio era una fascinación para su inteligencia, que le atraía á cada instante, con fuerza mayor, ofreciéndole nuevos é interminables encantos en regiones maravillosas, donde todo fuera satisfacciones inefables. Por ello, á pesar de los múltiples y sólidos conocimientos que tiene ya adquiridos, anhela poseer otros, y recibe lecciones de dibujo de Jerónimo Mayobre, de música y canto de José María Gómez Cardiel y de ebanistería del maestro Javier de Fuentes. González desea adquirir día por día, más y más conocimientos, poseer un arte que le sirviera en todas partes, cualquiera que fuera su destino, de fuente de vida, para gozar, merced al sudor de su frente, de la independencia personal, gloria superior á todos los encantos de la existencia, para los hombres de gran carácter como él, modelados en el inflexible culto del deber. El genio de este maestro le hacía comprender, adelantándose á los progresos de la pedagogía moderna, que la misión de la escuela educativa es, como decía un ilustrado orador mexicano en un Congreso Nacional de Instrucción Pública, refiriéndose á su patria, formar hombres de nuestro tiempo y de nuestro país. "Si pierde de vista este fin, la escuela es un organismo inadecuado al medio social contemporáneo. La escuela puramente instructiva es un medio de que el estado se ha valido para promover un movimiento que hoy llega á la creación de un medio mejor porque el antiguo, no podía conducir al Estado á la realización íntegra de su fin supremo que es obtener el progreso social ensanchando la actividad individual." Es oportuno una digresión para decir que conocen poco la vida social, que andan errados los que ven con menosprecio, desdén ó indiferencia el desarrollo de la actividad individual en el campo maravilloso de la industria y de las artes. Gloria á perpetuidad inmarcesible es la de los apóstoles

del trabajo, la de esos grandes redentores que mejorando las condiciones de la vida, por medio de la enseñanza del arte é industrias, apartan de la miseria á innumerables familias. A este respecto deben tenerse en consideración las luminosas enseñanzas de Herbert Spencer, en su obra "La educación," al indicar que conocimientos son los más valiosos; y lo que al mismo respecto asienta con singular elocuencia el doctor Aníbal Galindo, en su famoso libro "Batallas decisivas de la Libertad," al referirse á las costumbres del pueblo norteamericano, en el cual se rinde fervoroso culto al trabajo material, y se avanza por el camino del progreso, al propio tiempo que la ciencia realiza prodigios, y la civilización como maga encantadora tiene para todos, profusión de alegrías y encantos. El problema del peregrinaje humano es complejo, y no se llega á las altas cumbres, á las envidiables conquistas, sino después de larga y afanadísima jornada, y esto, merced á los esfuerzos de grandes y pequeños, de únos, que sin dejar huellas de sus nombres, cayeron en la corriente del olvido; de otros que, más afortunados y felices vivieron ó viven por algún tiempo en el recuerdo de los pósteros; de quienes, dotados de peregrino ingenio se levantaron por sus ideas, como pirámides de luz, para quedar alumbrando á las generaciones el desfile glorioso de los siglos.

Engañarse á sí mismo, creer que en la obra del progreso social sólo deben trabajar las grandes inteligencias, y que no se llega á las sublimes cumbres de la gloria sino recorriendo desde el principio las vías donde las multitudes aplauden y la fama con su trompeta de mil voces pregona las conquistas alcanzadas, es una creencia nociva á la ventura pública y á la felicidad individual. Este parece ser el criterio que informa las ideas de algunos de nuestros jóvenes que, guiados por nuestra imaginación soñadora y los delirios de la ardiente sangre latina que nos arrebata, se forman un concepto de la existencia difícil de palpar en la práctica y de consecuencias tristes, cuando la realidad nos desengaña con el severo lenguaje de la verdad. A propósito de estas últimas consideraciones, referiré que un amigo

mío, magistrado ejemplar, jurisconsulto de crédito y de fama en Caracas, me decía: "recuerdo con delicia que mi buen padre, al propio tiempo que estaba yo dedicado al estudio del derecho, me hizo aprender la carpintería. Vencida la primera semana de trabajo, el maestro me dió una muy pequeña cantidad, la cual fue él aumentando, hasta corresponderme casi el sueldo diario de un oficial. Mi padre, á quien dí cuenta de lo ocurrido, me dijo que la mitad de mis salarios me pertenecía y que la otra debía destinarla á mi madre. Así lo hice, y años después, supe por mi padre, que el dinero que yo había ganado él mismo me lo había mandado entregar, para estimularme en la senda del trabajo y enseñarme desde niño á ser agradecido, complaciente y amoroso con mi madre." El ciudadano á que me refiero, el sentido doctor Tomás Lander, dejó una memoria bendecida, y así debió suceder, pues un hombre educado en la escuela del trabajo, en el amor al estudio con aspiraciones honestas é ideales sublimes, tiene que recorrer durante su vida los bellos senderos del honor y de la virtud.

Debemos citar aquí, como importantes al asunto, unas palabras llenas de experiencia y de verdad, proferidas por el gran Garfield, una de las figuras más culminantes de los Presidentes de los Estados Unidos, de esa galería insigne, olimpo de inmortales donde por obras admirables de virtud y de grandeza, cabe holgada y resplandece en todas partes la gloria más pura y excelsa. Aquel gran pensador y patriota presidiendo la República más poderosa de la tierra, miró profundamente á la realidad de los sucesos humanos, y dijo: "No hay cosa que me infunda más lástima que esos hombres que se llaman instruidos, que se graduaron en nuestras Universidades ó en las de Europa, que han obtenido muchos honores y que, sin embargo, no sabrían poner los arreos á un caballo, ó hacer una factura de comercio, aunque de ello dependiera la salvación del mundo."

Dotado González de tan excelentes prendas personales, era natural que ajustase su vida, á los preceptos austeros del deber y que sus incesantes labores le reportasen resultados satisfactorios.

El patrimonio de sus economías fue en aumento y con él compró casa, una finca agrícola y resolvió entonces constituir familia. Prudente en sus procederes, sus cálculos humanamente considerados, le auguraban una vida apacible en el hogar, rodeado de comodidades.

Más, la previsión del hombre nunca llega á penetrar el porvenir. Varias calamidades en el seno del tiempo se preparaban y venían acercándose con vertiginosa rapidez, cuando el patriota fundado en los consejos de la experiencia humana, realizados sus sueños de ventura entreveía una perspectiva de interminable felicidad. Los terremotos, la guerra civil, las persecuciones, todo de consuno contribuyó á arruinarle, y quien se sentía dichoso, en un hogar embellecido por el trabajo y por el amor, se vió pobre, privado de sus comodidades, trasladado del oasis de ventura construido por él, á los abrasadores desiertos de la vida, donde sin abrigo y sin amparo, se le hostilizaba y perseguía. En aquella ruda tempestad su alma fuerte se mostró superior á la tormenta, y después, cuando llegaron los días apacibles de la calma, su entereza y su virtud enaltecieron más su honrosa pobreza. Fue entonces que aquel espíritu grande con toda la austeridad del patriotismo y la virtud, con admirable heroísmo cívico, sin fijarse en sus propios infortunios, en la grandeza de otros, y en halagadoras promesas, cuidando de su nombre, resignado y tranquilo, ennobleciendo su modesta posición, siguió, inspirado en el bien, al amparo del honor, el camino de su vida. Destácase el patriota en aquellos sus días más tristes y dolorosos, con singular grandeza moral.

Trataremos de formar ahora como cuadro aparte de la vida del señor González, dirigiendo una mirada retrospectiva del 48 al 40, y seguir luego hasta encontrarle al frente del Colegio de Cumaná en 1876, ejerciendo el Vicerrectorado. En este largo intervalo de tiempo se agiganta más la talla del benemérito patriota, pues sube en servicio de la República, altísima escala de merecimientos. Vamos á comprobarlo.

Habíamos dicho que durante los años que aquel ins-

titutor sirvió la Escuela Cantonal de Cumaná, lo hizo con notable éxito, y que por la guerra, engendro infernal de innumerables desolaciones y calamidades, abandonó su bello y modesto templo del saber. Corría el año de 1848 y González había ascendido á capitán, y con tal carácter fue llamado á prestar sus servicios al Gobierno, los cuales fueron brillantes en la defensa de Carúpano, en la reocupación de Río Caribe, en la pacificación de la Costa de Barlovento, en la Península de Paria, ora á las órdenes del general Francisco Carabaño, ora á las del coronel Juan José Conde, ora á las del general Nicolás Brito, de quien fue jefe de Estado Mayor, habiendo tenido antes la honra, á pesar de su corta edad, de servir la comandancia de la guarnición de Carúpano. Además de estos servicios militares, prestó otros importantes en Cumaná, antes y después de la Revolución de marzo del 58. Su espíritu estaba siempre en actividad y cuando su mano empuñada la espada no defendía las generosas ideas en los campos de batalla, manejaba la pluma para difundirlas entre el pueblo, con esa elocuencia cautivadora propia de las almas grandes, inspiradas en el amor de la libertad. Véanse sus artículos publicados del 50 al 51, en *La Opinión* de Caracas y *El Correo de Oriente de Cumaná; El Cumanés* que fundó y redactó del 55 al 56; su estudio sobre Milicia Nacional que publicó en *El Independiente*, el 59; del 49 al 48 sosteniendo las ideas liberales, redactó con la gallardía con que él sabía hacerlo, en aquellos días de gloriosas luchas cívicas, *El Telégrafo, La Mosca*; y colaboró con el mismo propósito indicado, en *El Mensajero, El Torrente, El Republicano, El Crespúsculo;* y lanzó al público sobre asuntos de vital trascendencia, hojas volantes, inspiradas, llenas de buena doctrina y ardor patriótico. Más, en el campo agitado y ardiente de las contiendas cívicas, aquel espíritu superior y elevado respiraba calma, y con satisfacción volvía su pensamiento al ameno y siempre florecido huerto de las bellas letras. Por ello fundó el *Jardín de Oriente* y *El Vergel,* periódicos literarios donde brilló su ingenio y fueron en aquella época de profundos

pensadores y sobresalientes estilistas, recibidos con aplausos del público, que encontraba en éllos embellecida la palabra escrita, engastadas en cláusulas sonoras, joyas de inestimables pensamientos. Algún tiempo después, en 1869, fundó *La Diana,* periódico que sostuvo con energía y luminosos pensamientos la revolución triunfadora del 70.

Natural era que trabajando González con todos los esfuerzos de su sobresaliente inteligencia por el triunfo de las ideas liberales, mereciera el cariño y la confianza del pueblo. Así se explica que muy joven del 46 al 49 ocupase un puesto en la Diputación Provincial de Cumaná, en la cual autorizó la ordenanza del 9 de diciembre de 1847, la primera que allí abrió planteles de instrucción para los niños pobres, por quienes se interesó él, guiado por su noble corazón y sus ideas avanzadas; y en 1848, redactó, ensalzó con su palabra y autorizó con su firma las memorables peticiones dirigidas por aquella Diputación al Congreso Nacional; las cuales inspiradas en el puro patriotismo, dictadas al calor de ideas generosas, son consideradas en sus detalles y en su conjunto como una obra maravillosa, creada por el espíritu liberal, en la cuna del inmortal Sucre, á los destellos de la libertad y del amor. En aquellas peticiones se pide cuanto aconseja la ciencia democrática para la felicidad de la República. Encierran un hermoso programa de Gobierno, calcado en el liberalismo, en las ideas más avanzadas, en sentimientos magnánimos. ¡Qué bella obra fue aquel monumento de gloria levantado por patriotas cumaneses! Es tan meritoria, tan grande, tiene tantas excelencias y refleja tanta luz, que sin deslucirla podría colocársela al lado de la obra máxima de los Próceres de la Federación, al lado del Código inmortal de 1864.

Los servicios patrióticos de González en la Diputación Provincial de Cumaná, le recomiendan ante sus conciudadanos para ocupar un puésto en el Congreso Nacional, en el cual aparece en 1849, como siempre, defendiendo las ideas generosas, las causas humanitarias. El había solici-

tado la abolición de la pena de muerte, en aquellas célebres Peticiones, dirigidas al Congreso, y ahora, perteneciendo á él, ayudado de la fascinadora y enérgica elocuencia de Rendón, de los patriotas Andrés Antonio López y Bartolomé Milá de la Roca, trabaja por el triunfo de la misma idea y si no logra por completo realizarlo, al fin alcanza una conquista trascendental, excluyendo la pena de muerte para los delitos políticos. Triunfo éste, que luego contribuyó á salvar la vida al héroe legendario de nuestras Pampas, al mitológico Páez.

Deseoso González de ver realizados los ideales que lo habían obligado á combatir por las buenas causas, desde los más tempranos días de su vida, hasta en los campos de batalla, presentó en 1850 á la Cámara de Representantes, en unión de varios de sus colegas, un proyecto de ley sobre abolición de la esclavitud en Venezuela. Tan hermoso y humanitario sentimiento, fue solamente una aspiración nobilísima, pues por especiales circunstancias y los intereses que parecían oponerse, no obtuvo el éxito que era de esperarse; á pesar de esto, el trabajo no se perdió por que la buena idea se había lanzado, porque se había alzado el velo para descubrir la iniquidad reinante, porque se había ensalzado la justicia reclamando sus fueros en nombre de las leyes humanas y divinas.

La buena semilla del espíritu, es decir, su luz, como misterioso polen, quedaba infiltrada en la conciencia, y debía brotar como brotó, en raudales de gloria, en hermosísimo día de redención, poco tiempo después. El patriota cumanés reelegido por aquella provincia, se halló en la Legislatura Nacional, cuando se sancionó la emancipación de los esclavos. ¡Qué bello día debió ser éste para él!

La Universidad de Oriente había sido decretada desde 1812; el Gobierno de Colombia había querido fundar en ella cátedras de ciencias mayores desde 1824, y para ella misma se presuponían fondos desde 1844. Cumaná fue la ciudad designada para la Universidad desde su creación, y por ello, González y sus compañeros de Cumaná, alegando tan valiosos títulos y antecedentes, lograron que se manda-

ran establecer cátedras de ciencias mayores, las cuales se inauguraron en 1850 y siguieron en actividad hasta el terremoto de 1853, que derribó el Colegio, y abatió hasta el polvo, la grandeza de la Reina del Manzanares. En las orillas rumorosas del bello río, pobladas de alegre y gigante vegetación, perfumado edén de las encantadoras hijas de aquella heroica tierra, no se oyen las manifestaciones del entusiasmo, el bullicio de la vida agitada y placentera, sino tristes lamentaciones y ecos vagos, entre silencio aterrador que lentamente se va imponiendo. En esta soledad de ruinas, símbolo de innúmeras desgracias, aparece el poeta González con su laúd, ora inspirado por su ardiente amor al suelo nativo, ora bañada su alma en tristezas de melancólicos recuerdos, de esperanzas desvanecidas, y ensalza en sentidos y poéticos cantos las glorias del pasado, ó llora las calamidades de la ciudad amada, ayer reina por su juventud y hermosura, hoy montón informe de esparcidas ruinas. Su plegaria "Dulce patria," con música de José María Gomez Cardiel, fue melodiosa voz de consuelo para los doloridos hijos de Cumaná, porque nacida del corazón y revelando amor sin límites por aquella tierra, donde el poeta vió la primera luz, invocaba en lenguaje sublime después de pintar el cuadro de la espantosa desolación de la espiritual ciudad, en bella poesía, la providencia de Dios, como único remedio para el espíritu de sus compatriotas, heridos de muerte, por profundísimos dolores. Con la desgracia del terremoto vino la traslación de la capital, de modo que todo parecía adunarse para hacer más aflictiva la situación de la desventurada ciudad. Su noble hijo, el patriota González ante aquellos tan grandes y numerosos infortunios, siente más ardiente en su corazón el fuego de los patrios afectos, y con singular actividad, y con el verbo de la inteligencia enardecida, trabaja por que vuelva la capital, por que aquel pedazo de tierra, altar de preclaras glorias, no quede abandonado á la fatalidad que lo persigue. Sus esfuerzos no son infecundos, la capital se recupera en 1856, y las glorias de la patria de Sucre, no perecen ni habrían perecido, porque ellas viven en el corazón de cada cuma-

nés y en los recuerdos inmortales de la República agradecida. Vivió entonces González en Cumaná, fomentando todo lo que tendía al progreso de su tierra nativa. Durante los tres años que dirigió la Logia hizó palpar la luz de su saber y los poderosos esfuerzos de su inteligencia, avivando en el espíritu de sus compañeros, generosos anhelos, predicando sabias enseñanzas, adquiriendo local para la Logia, decorándolo y embelleciéndolo, y por último,haciendo de áquella hermandad, oasis donde siempre había delicias para las almas, en el estudio de la Biblia, libro inmortal, tesoro de maravillas, fuente de bellezas alumbradas por fuego celestial.

Estalló la revolución del 58, y el patriota cumanés fue elegido por sus paisanos para que les representara en la Convención de Valencia. Allí, junto con el gran Rendón, dejó como siempre honroso recuerdo de su nombre, y estuvieron sus esfuerzos y su palabra al servicio de sus afecciones políticas; abogó por las ideas federales democráticas con la franqueza y energía propias de su carácter, hasta que resolvió no continuar más en aquella asamblea y volvió camino del suelo nativo acompañando al patriota Rendón, que también se retiraba de la Convención. En Cumaná sus esfuerzos y sus ideas estuvieron de nuevo al servicio de la causa liberal, y más cuando él no aceptaba los sucesos del primero y dos de agosto del 59, que abrían ancho campo á las aspiraciones de los que pretendían un nuevo orden de cosas. La ciudad víctima del terremoto, siempre altiva y patriota, proclamó el 14 de agosto del mismo año de 59, la Federación, se constituyó en Estado libre y lanzó al público su magnífica Acta, en donde, como esmaltados en brillantes ideas, fulguran los principios del credo liberal. Esta obra de libertad, en la cual estaban el brazo y la inteligencia de González, no pudo perdurar, porque sucumbiendo Carúpano, y triunfante el Gobierno en La Guaira y en el Centro, la situación de Cumaná se hizo insostenible, cayó en poder del enemigo, y González que no pudo evacuar la ciudad con los que así lo hicieron, por no abandonar á su esposa en los momentos difíciles del alum-

bramiento, fue detenido en la cárcel. Libre algún tiempo después, pero confinado á Ciudad Bolívar, se fué camino del destierro, esperanzado con servir en mejores días á la causa política de sus afecciones. Allí se encontró á poco con el caballeroso y progresista general José Loreto Arismendi, presidiendo los destinos de Guayana, y González que representaba fuerza é inteligencia, integridad y patriotismo, fue llamado por aquel General, y sirvió á su lado la Auditoría de guerra, con la abnegación de ceder sus sueldos en beneficio de los Hospitales de la ciudad. Aquel pueblo noble y valeroso estimó las virtudes del repúblico González y le nombró Diputado á la Asamblea Constituyente del Estado, la cual presidió é instaló en 1864.

Luego corrieron para él como en silencio algunos años, en el suelo de la patria nativa. Allí vivía dando clases, difundiendo las luces en el Colegio de Cumaná, hasta que vino la guerra azul de 1868 y el contrapronunciamiento de junio en el cual tomó él, parte principal, motivo por el que llegó á ocupar la presidencia del Estado de Cumaná, y como tal, después del sacrificio de Bruzual en Puerto Cabello, junto con sus compañeros de causa tuvo que someterse al convenio de San Francisco. No por esto desfalleció en sus ideas; á poco sus pensamientos relampaguean en las columnas de *La Diana*, produciendo espanto entre sus contrarios que le persiguen y le suprimen el periódico. Los pensamientos nuevos tenían cabida en el espíritu de la época, y la revolución avanzaba con fuerza incontrastable. El 27 de abril entró triunfadora á Caracas.

Se abre de nuevo un paréntesis en la vida de González, pues á pesar de sus méritos, de su saber y de sus largos servicios, se le olvida, y el patriota en su hogar y en la ciudad de su corazón vive feliz, amado de los suyos y sirviendo al progreso de aquella tierra, tan gloriosa por el talento de sus hijos. Así trascurrió su existencia hasta que fue llamado al Vicerrectorado del Colegio en 1876.

En este cargo fue el Mecenas de la juventud cumanesa, amigo útil y cariñoso de todo el que emprendía la labor del estudio. Sus largos servicios merecían alta re-

compensa, y por ello se le vió con placer en 1879 ascender al Rectorado, puésto que antes que él habían servido respectivamente desde diciembre de 1834, los ciudadanos Andrés Level de Goda, el maestro Rafael Acevedo, Quintín Susarti, Mauricio Berrisbeitia, doctores José María Pelgrón, José Joaquín Hernández, Pbro. José Antonio Ramos Martínez, Sulpicio Frías, dos veces más el Pbro. doctor Martínez, quien estuvo en el Rectorado hasta el 70 en que clausuró el Colegio por causa de la guerra, y lo reinstaló el 74; y finalmente los doctores Baldomero Benítez y Bonifacio Márquez, á quienes sucedió González. Su labor en el Rectorado, durante los últimos años de su vida lleva sello de grandeza especial. El apóstol cargado de años, pobre, emblanquecidos sus cabellos, mas, con la conciencia alegre y tranquila, caminaba al ocaso de su vida, entre los bellos celajes del amor, porque le amaban sus amigos y sus discípulos, quienes veían en él una gloria nacional, una lumbrera de las letras, un corazón en el cual nunca se agotaron los tesoros del bien.

Discípulos de González han sido los sobresalientes doctores F. de P. Meaño Rojas, Dionisio Centeno, José Mercedes López, Delfín Ponce Córdoba, Manuel Antonio Martínez, Francisco Celestino Betancourt Vigas, Pedro Aristiguieta Sucre, Jesús Sanabria Bruzual, Pedro Pablo Martínez, Andrés Antonio Arcia, José Ignacio Certad, Pbro. José Mercedes Olivero, Andrés Aurelio Betancourt, Luis Felipe Blanco, Pablo Heraclio Carranza, Astroberto Guevara, Jesús Gabriel Sucre Martínez, Claudio Bruzual Serra, Víctor Manuel Mago, Luis Antonio Blanco, Melchor Centeno Grau; los bachilleres José Valentín Bruzual, José Jerónimo Peinado, Julio César Cova, Miguel Ramos, Carlos Pío Blanco, Roseliano Guillén Quintero, Celedonio Salcedo; los ciudadanos Nicolás Navarro Padilla, Pedro Elías Marcano, Aniceto González, Carlos Modesto Espín, Julián Llamozas Armario, general Domingo Antonio Hernández, y tantos otros más, pues los citados aquí no constituirían el principio cabal de la inmensa lista, si fuéramos á nombrarlos á todos.

El Gobierno concedió á González la medalla de honor de la Instrucción Pública, el Busto del Libertador, la Estrella de la Regeneración y alcanzó en 1872 por la fama de su saber, la honra de ser individuo correspondiente de la Academia Venezolana de Literatura, y sin salir de su País, renombrado por sus escritos y triunfos oratorios, recibió del extranjero distinciones de Gobiernos y corporaciones científicas.

No se prolongaron los días de la vejez del patriota y del apóstol. Cumaná, que orgullosa podía mirarle como gloria suya, aplaudido por las cien voces de la Fama en toda la República, recibió el adiós postrimero de su ilustre hijo el 27 de setiembre de 1886. La noticia de esta desgracia puso á la ciudad de pie, como si fuera una sola persona, para acudir presurosa y afligida al borde de aquella tumba que guardaría para siempre los despojos mortales de aquel probo ciudadano, que amó al pueblo y luchó por su libertad, y supo hacerse grande por su inteligencia, querido por sus sentimientos generosos, y admirable por las bellas y grandes prendas de su corazón. Su memoria es símbolo de hermosos recuerdos, de abnegaciones patrióticas. Por ello en Cumaná, todos los gremios, los ciudadanos todos, movidos por una sola idea, testificaron por modo elocuente en las honras fúnebres de González, que la pérdida que hacían era irreparable y afectaba á todos, como si se tratara para cada cual, de un deudo bondadoso, querido con todo el corazón. Folletos, periódicos, numerosas hojas sueltas, para narrar su honrosa vida y lamentar su ausencia, la palabra dolorida de la amistad en la silenciosa morada de los muertos, nada faltó para demostrar que hasta el último instante se querían honrar aquellos despojos mortales, enaltecidos por un espíritu de esos predestinados por Dios, para ser queridos y grandes, en su tránsito por el mundo.

Para que se conozca mejor la manera de ser moral del patriota institutor cuya vida narramos, voy á citar el párrafo de una carta suya dirigida en los avanzados días de

su existencia al general Bartolomé Milá de la Roca con motivo del fallecimiento de su señor padre. Dice González: "de los tres patriotas ciegos, quedamos Rendón y yo: ambos olvidados, ambos desatendidos, ambos sumidos en el infortunio; pero siempre firmes por la fe, siempre alentados por la esperanza, hasta que la Misericordia Divina, pródiga de consuelos, nos abra sus brazos,nos acoja en su seno, y nos establezca en la mansión de inefables delicias que habita nuestro amigo Bartolomé Milá de la Roca y Carbonel, digno hijo de la histórica Cumaná."

Estas sentidas y bellas palabras, prueban la bondad de aquel generoso corazón, la energía y rectitud de aquel espíritu siempre sereno y elevado, y que en aquella inteligencia á pesar de las decepciones y de la pobreza que se le hicieron sensibles en los días tristes de la ancianidad, no tuvo acogida el odio, y sí la generosidad, el perdón y las excelsas virtudes de los espíritus eminentemente superiores.

Me ha referido el joven doctor Pedro Pablo Martínez, cumanés, espiritual, inteligente, como hijo de aquella clásica y hermosa tierra, que días después del fallecimiento de "El Patriota," de aquel hombre grande por el corazón y por el espíritu, que se hizo amar de sus conciudadanos, y al amparo de la gloria legó su nombre á la posteridad, la gratitud pública le acordó los honores de la apoteosis, la cual se verificó de modo solemnísimo por todo un pueblo, por la ilustre y altiva Cumaná, admiradora del abnegado patriotismo y de las preclaras virtudes de los grandes ciudadanos.

Sucedió á González en el Rectorado del Colegio de Cumaná su digno hijo, mi distinguido amigo y condiscípulo el bachiller José Silverio González Barela, quien hasta el presente, con recomendable inteligencia y patriotismo, sigue el luminoso derrotero trazado por su inolvidable progenitor.

Deseando rememorar en cortas frases la vida gloriosa de González, diremos que fue padre de familia ejem-

BACHILLER LISANDRO RAMIREZ

plar, patriota esclarecido, sobresaliente filósofo, literato y poeta. Dejó trabajos literarios y obras que prueban sus profundos y variados conocimientos.

Hace poco tiempo se inauguró en Cumaná el "Colegio González; el acto fue solemne y en él resonó del modo más elocuente la voz de la gratitud. Se quiso recordar con tal nombre á la juventud, que la memoria de los buenos no perece, y que los altos ejemplos de virtud y patriotismo son herencia inapreciable de gloria.

Debo mi reconocimiento al bachiller González Barela por los datos que se dignó suministrarme relativos á la vida de su ilustre padre, y hago constar que en la narración que dejo hecha, me ha dado luz un interesante escrito del ilustrado bachiller y general Bartolomé Milá de la Roca, publicado el 27 de setiembre de 1887, aniversario del fallecimiento del Patriota, y día en que el pueblo de Cumaná, inteligente y agradecido, recordó con solemnes demostraciones de sentimiento, que en aquella heroica tierra no mueren los grandes ciudadanos sino para quedar viviendo en el amor de la gratitud pública. (1)

LISANDRO RAMIREZ

Venezuela cuenta entre sus hijos modestos ciudadanos, egregios varones que por su sobresaliente inteligencia y relevantes virtudes, merecen perdurables alabanzas y que sus nombres se eternicen en la gratitud nacional, por homenaje á la justicia y enseñanza y estímulo de las generaciones.

Lisandro Ramírez es uno de esos nombres que se imponen á la consideración pública, porque recuerda una vida consagrada á la divulgación de los conocimientos humanos, con toda la abnegación y patriotismo que demanda apostolado tan excelso.

(1) Pronunciada en La Victoria.

Lisandro Ramírez nació en Valencia, en la Calle de Puerto Cabello, más ó menos el año de 1839. Sus primeros conocimientos los adquirió en la misma ciudad en la escuela de don Lisandro Ruedas, discípulo del célebre don Antonio González, propulsor en Carabobo desde 1836, por largos años, de un fecundo movimiento intelectual. Ramírez estudiaba, y al propio tiempo, á los diez años de su edad, trabajaba como cajista en la imprenta de don Juan D' Sola. Después, sin abandonar el bello cultivo de las letras, fue dependiente en La Indiana, de los señores Sánchez é Iturriza, trasladándose luego á El Baúl, como empleado del último. Efectuado su regreso á Valencia fue tenedor de libros de la casa Hermanos Muñoz.

El futuro y admirable institutor, recibe clases de francés é inglés, con el señor doctor Juan de la Cruz Carreño; sirve una secretaría en una Corte, y el tiempo disponible lo emplea en dar clases en escuelas y á domicilio, mereciendo tal estimación su labor, que hoy honorables matronas de Valencia, recuerdan con encomiable satisfacción al antiguo maestro.

En el mes de setiembre de 1868 se fundó el "Colegio Ramírez." Su director se proponía enseñar las primeras materias de la instrucción primaria; pero como la inteligencia adunada á la perseverancia, produce grandes resultados, creció la fama del instituto, se multiplicaron sus alumnos, y tomó una faz nueva y más brillante con el ensanche de los estudios.

El colegio, fundado para enseñar los primeros conocimientos elementales, había progresivamente crecido y alcanzado nuevas y favorables condiciones de existencia, bajo la asidua, inteligente y patriótica dirección de su fundador. Se notaba en él como un florecimiento de vírgenes inteligencias; tal adelantamiento y exhuberancia de vida, que todo era entusiasmo y triunfos. El deseo de saber, el afán de aprender, el amor al estudio, todo contribuía á ilustrar á aquella admirable juventud, que tan sublimemente iniciaba la carrera de la vida, por los ame-

nos y bellos senderos del saber. Jóvenes que en el mismo Colegio corto tiempo hacía que habían emprendido sus estudios, habían progresado tanto y con tan buen éxito, que ya servían cátedras en el instituto, con laudable entusiasmo y acertada inteligencia. Importante período este, puesto que principiaban á hacerse patentes los trascendentales beneficios de aquel modesto templo del saber, en los apreciables é ilustrados jóvenes, que, no obstante su tierna edad, eran ya ornato de la sociedad y esperanza de la patria.

Siguió progresando el "Colegio Ramírez," y dando anualmente cosecha abundante de espíritus sabiamente iniciados en el aprendizaje de los conocimientos humanos. En él se sabe inspirar amor á la ciencia, á la virtud, al trabajo, y los niños dan los primeros pasos, guiados por mano experta, en el camino del saber. Sólo cuando se educa y se dirige la inteligencia de la juventud con ese tino especial, característico de los que poseen el dón de la enseñanza, podemos decir que esta se hace bien, y con todo el aprovechamiento apetecible, el primer aprendizaje, que por más de un motivo reclama atención y detenido estudio. La individualidad humana, ese modo especial de ser de cada persona, los lineamientos de carácter, las manifestaciones del espíritu, todo parece tener si no su origen, sí relación, y estrecha, con los primeros años de la existencia, con los maestros de la niñez, modeladores de la inteligencia, despertadores de sus energías, directores de sus tendencias. Es cierto que la edad, las diferentes situaciones de la vida, el espíritu del tiempo, las mudanzas continuas, y los acontecimientos diarios, producen de consuno profundas alteraciones en el individuo, la imaginación y la inteligencia, pero detrás de aquellas alteraciones, vive la juventud, alumbran los hermosos crepúsculos de la mañana de la existencia y palpitan los recuerdos al calor de las primeras ideas como estereotipadas en la mente. El niño es la tierra virgen del porvenir, y el maestro, el cultivador previsivo que arroja la simiente. Es, sin duda, la misión del profesor, grave, elevada y trascendental, puesto que merced á su

habilidad, tacto y elocuencia, adquirirán determinadas y perdurables tendencias, las ideas, pensamientos y aspiraciones del niño. En la tibia luz de la mirada, en el fuego de la palabra vertida, en el verbo humano que se revela y se traduce de mil distintos modos, está el profesor consustancializándose con el discípulo, es decir, trasmitiéndole en las enseñanzas que le inculca, si no su propio espíritu, sí la animación, la vida y el modo de sentir de aquél. Si los maestros contribuyen de modo tan eficaz al desarrollo y dirección de la inteligencia de sus discípulos, debieran alejarse de la enseñanza los que no posean las singulares prendas y condiciones que élla requiere, porque, de lo contrario, entorpecerán el presente y retardarán el porvenir, desmedrando en la juventud esos arranques de inspiración y deseos de gloria, que la impulsan á favorecer con ardoroso entusiasmo y vigorosos esfuerzos, las conquistas de la libertad, las causas nobles, grandes y bellas.—Cada generación de jóvenes, instruida y bien inspirada, es como una hermosa ola, que entre claridades matinales, entusiasmos, esperanzas y lampos de gloria, viene creciendo y acercándose á las risueñas playas del mar de la vida, donde al fin se rompe y deja á la otra ola humana que en el lejano horizonte surge, para seguir el mismo derrotero, toda la herencia de sus hechos, el recuerdo de su nombre, los triunfos y glorias de su existencia.

Siendo el bachiller Lisandro Ramírez un institutor por todos respectos recomendable, de esos que siempre tienen mano amiga y corazón generoso para la juventud, no es de extrañar que después de haber segado envidiables laureles en el campo de la enseñanza, su nombre anduviera en alas de la fama. Era necesario algún honor á sus eminentes merecimientos, alguna justicia á su patriótica propaganda, por lo cual el Gobierno Nacional, cumpliendo un estricto deber, le concedió en 1879, la facultad de leer la filosofía en su acreditado Colegio. Ya la mansa fuentecilla, nacida humilde y silenciosa, ha fecundado con sus límpidas aguas, tiernas y vírgenes campiñas, engrosado sus murmurantes linfas, y convertídose en majestuo-

so raudal. Tal acontece con la obra redentora de aquel insigne apóstol de las letras en el trascurso de diez años. ¿Con cuánta satisfacción no vería el señor Ramírez, ofrecerse á su corazón, abrirse á los ojos de su inteligencia, fecundo y dilatado campo, donde hacer más fructíferas y extensas sus interesantes y patrióticas labores? El buen apóstol debió sentir su corazón lleno de inefable contento. Las almas grandes y bondadosas se alegran y se inspiran cuando la humanidad mejora, la civilización adelanta y la virtud triunfa.

Corriendo el citado año de 1879 se inauguró en el Colegio Ramírez su primer curso de filosofía con numerosos alumnos. Aquel apacible lugar servía de cita á la estudiosa juventud que lo llenaba de entusiasmo y alegría. Los numerosos, antiguos discípulos festejaban con su presencia en aquel templo del saber, con su amor al estudio y virtudes ejemplares, el triunfo del abnegado y sabio maestro, que con acendrado cariño y cuidados paternales, les había guíado desde la niñez, por los florecidos y bellos senderos del saber, hasta el conocimiento de la filosofía, ciencia que engrandece la razón y presenta á la inteligencia el vasto panorama del mundo, bajo faces sorprendentes, dignas de estudio y profunda atención.

De aquel año al presente, se han leído en el "Colegio Ramírez," diez cursos de filosofía. ¡Cuántos jóvenes que hoy figuran con honra y gloria, unos en la prensa, otros en la literatura patria, aquellos en el foro, quiénes en la medicina, quiénes en el sacerdocio, quiénes en las matemáticas, no han salido preparados á grandes cosas, de aquellas aulas, donde los consejos del más sano patriotismo, la virtud austera y el amor á la ciencia han contribuido de consuno á la elevación y florecimiento de tantas jóvenes inteligencias! El entusiasmo y la fe que el autor pone en su obra, á todas luces influyen en su crecimiento, y en el juicio que los demás se forman de aquélla. En la enseñanza, las condiciones apuntadas realzan en gran modo el apostolado del profesor, y dan á su palabra valor y autoridad. Y cuando á tan excelentes prendas reune el

maestro las de una rectitud probada y acrisolada honradez, su figura aparece sin tacha, y su misión se eleva á singular altura moral, porque se presenta al pensamiento, inmaculada y magnífica. Así, grande, excelso, lleno de merecimientos, y rodeado de inteligentes y numerosos discípulos, aparece el señor Ramírez en esta época triunfal de su brillante carrera. Bachilleres en filosofía discípulos suyos se han lanzado á los caminos de la vida, llevando la inteligencia llena de verdades, en el corazón el amor al bien, y en el alma esa santa aspiración á lo bueno, lo grande y lo bello. ¿Con cuánto placer no oiría tan excelente maestro, el ruido de los constantes triunfos alcanzados por sus numerosos discípulos? El alma debe conmoverse remirándose en la obra de su propia virtud. La voz de la conciencia en esos hombres que son todo amor por la humanidad, tiene profunda y perdurable resonancia cuando las dulces fruiciones del regocijo íntimo son alegrías del alma, por el bienestar de los que se quieren, por los triunfos del bien.

El amor al saber, el cultivo de las letras, el estudio y divulgación de las ciencias, son parte y muy principal á engendrar en el espíritu un orden de pensamientos é ideas elevados y generosos, hermanados con la rectitud y la justicia.

No es de extrañarse, pues, que en el "Colegio Ramírez," con el fin de celebrar los triunfos obtenidos en los exámenes anuales y de estimular á los jóvenes en la senda de los estudios, haya sido práctica consagrar suntuosas festividades literarias á la memoria de los insignes varones que en Valencia fueron distinguidos y fervorosos apóstoles de la propagación de las luces. Tales actos son muy útiles, pues señalan á las inteligencias jóvenes, con los homenajes de la justicia póstuma, el fecundo é ilimitado poderío de las letras y las ciencias. Nos acompañan, y viven y progresan en la obra de su propio espíritu, los que con larga anticipación nos precedieron en el término del peregrinaje. La obra del espíritu no se pierde, ni se sepulta en la mar del olvido. Las ideas perduran, los pensamientos se difunden y conquistan, y la humanidad caminando á su destino, utiliza y mejora todo lo que tiende

al bienestar de la especie. Con razón dijo Pascal: "todos los hombres durante el curso de tantos siglos pueden ser considerados como un mismo hombre que subsiste siempre, y que siempre está aprendiendo."

¿Qué mejor modo de alentar é inspirar á los que en la mañana de la vida, ardoroso el corazón y llena el alma de ilusiones y esperanzas, emprenden por amor al saber y á la gloria, la carrera del estudio? ¿No es bastante decirle á la juventud, con el testimonio de un pueblo agradecido, con el lenguaje irrecusable de los hechos, que las conquistas de la fuerza desaparecen, que los hombres pasan y que más allá de la tumba, sólo brillan y perduran las obras de la virtud y los triunfos del genio? ¿Qué campo tan bello, extenso y fecundo han tenido á su disposición, los elocuentes oradores que en esas suntuosidades literarias, dejaron oir su inspirada palabra? Se hablaba al porvenir evocando el pasado; es decir, se señalaba á la juventud esos derroteros luminosos que dejan en pos de sí los seres afortunados que se adelantan á sus coetáneos, enseñándoles el bien y acelerando el progreso. ¿ Qué cuadro tan magnífico ofrecía en esos actos, al corazón y á la inteligencia de los que aman el progreso y la juventud, la civilización y la gloria, el patriota director del "Colegio Ramírez?" En ellos todo es digno de encomio, pues, avivando la gratitud en el corazón de la niñez, se inculca al propio tiempo en su inteligencia, la aspiración á lo verdaderamente grande, á la gloria que se alcanza por el genio y por el apostolado del bien. Se premia el mérito, se ensalza la virtud, y se pone de manifiesto que el espíritu de la humanidad está presente en cada uno de esos seres generosos, desprendidos de sí mismos, entusiastas por el perfeccionamiento social, colaboradores eficaces y desinteresados en toda obra buena. Esos seres, elegidos de la gloria, que siempre piensan noble y generosamente, tendrán que brillar como soles en el cielo de las aspiraciones humanas, y servirnos de estímulo y esperanza, en las empresas y combates de la existencia.

Los discípulos del señor Ramírez son ya muy numerosos, y muchos de ellos han sobresalido y figurado con éxi-

to y gloria, en todos los campos de la actividad humana. Hoy mismo en la ciudad de Valencia, gran centro intelectual y mercantil, se abren paso, por su talento ó consagración al trabajo, discípulos de aquel insigne maestro, que brillan y se encumbran, unos, ejerciendo la medicina, otros la abogacía, aquellos el comercio, éstos el profesorado, quiénes, divulgando la doctrina de Jesús. Bastante tendríamos que decir si fuéramos á reseñar y á apreciar los merecimientos y ejecutorias de ese lucido ejército de jóvenes, educados en admirable escuela de moralidad, é ilustrados con sabios consejos y lecciones llenas de ciencia. Mas, ya que no podemos discernir á cada uno de tantos ciudadanos útiles á la patria, los elogios que respectivamente merecen, vayan siquiera á continuación, como heraldos de propia gloria, algunos de sus nombres. Alumnos del "Colegio Ramírez," son los señores doctores en ciencias políticas, Luis Felipe López, Rafael González Plaza, Miguel Bello Rodríguez, Antonio Zúñiga, Luis Tomás García, José Berrisbeitia; los señores doctores en ciencias médicas, Rafael María Iturriza, Eliseo Borjas León, Manuel Padilla R., Napoleón Araujo, Arístides Landaeta, Pedro Berrisbeitia, Virgilio Gonzalez Lugo, Santiago Peña, Cristóbal Goicoechea; los sacerdotes Melquíades Landaeta, Reinaldo Rivero; los institutores doctor José de Jesús Arocha, Director del acreditado "Colegio Castillo," Isidoro Salvatierra, Francisco Codecido González, Julio Rodríguez Cortés; los farmaceutas Miguel Gerónimo Feo, Carlos Heyden, César Sánchez, Rafael Paz Cortés, Leandro Hidalgo; el inteligente general Zoilo Bello Rodríguez, figura descollante en la política nacional, de valiosos merecimientos; los comerciantes ó industriales, Juan José González, Rafael Romero Gonzalo, Francisco García, Froilán Anzola h., Carlos Miguel García, Andrés Maya Muñoz, coronel José Campo, José Patricio García, los hermanos Paz Cortés, los Larrien, los Fuentes, los Salvatierra, los hermanos Pagés, los Betancourt Guillén, los Kloses, los Sánchez Pérez, los Corderos, los Heyden, y tantos otros más, que en Carabobo

y fuera de él, pregonan con sus hechos y procederes, del modo más elocuente, la grandeza moral y trascendencia intelectual del "Colegio Ramírez."

El Director de este notable instituto ha contado con inteligentes y eficaces colaboradores, que en sus respectivas cátedras han sido amables amigos y sabios consejeros de sus discípulos. Figuran entre estos meritorios nombres, los de los señores doctores Pedro Castillo, Angel María Corao, Gonzalo Fajardo, Lisandro Lecuna, Arminio Borjas, Luis Tomás García, Rafael M. Iturriza; Bachilleres Mauricio Berrizbeitia B., Alejandro González, Ernesto Camejo, Virgilio González Lugo, Juan P. Lassalle, Francisco de Paula García, Anselmo Alvarez, Santiago Mazas, Eusebio Santa Cruz h., y Francisco Iturriza.

Actualmente, ciento treinta jóvenes, hacen sus estudios en aquel acreditado santuario del saber. En él, la juventud encuentra acogida generosa, oportunas advertencias, sabios consejos, buenos ejemplos, trato respetuoso pero franco, cuidados y consideraciones paternales.

Esto explica el acendrado y vivo afecto que profesan al señor Ramírez todos sus discípulos. Ha llegado á nuestro conocimiento por referencias verbales, que con motivo de haberse cumplido el vigésimo quinto aniversario de la fundación del "Colegio Ramírez," el afecto y la gratitud han dado cita á sus numerosos alumnos, que acordados en nobilísimo pensamiento, prepararon en honor de su maestro, una fiesta, que fue grande y trascendental, por el sentimiento que la inspiró, por las virtudes que vincula, y porque los triunfos de las letras, las fiestas del pensamiento, alegran y embellecen los cielos del espíritu, alumbran y ensanchan los caminos de la vida, fomentan y crean aspiraciones grandes, sublimes ideales. ¡Hermosas son las fiestas del espíritu, en ellas se revela el alma, como bañada en ondas de luz remontándose á los cielos de la idea!

Dichoso el señor Ramírez que, después de llevar treinta años dedicado al servicio de las letras, al bien de la hu-

manidad, entra con la conciencia llena de satisfacciones, á pisar la edad de la vejez, como el viajero que sin haber perdido sus vigorosas fuerzas, después de haber atravesado candentes arenales, llega á dilatado oasis, donde la mirada se pierde contemplando las alegrías y bellezas de la naturaleza, en florecidos campos, llenos de magnificencia y verdor.

A la solemnidad literaria celebrada el primero de setiembre de 1893, con motivo de cumplirse el vigésimo quinto aniversario del "Colegio Ramírez," concurrió presurosa la sociedad valenciana, á testificar el alto aprecio que hace de aquel insigne y patriota institutor.

El Colegio sigue su progresiva marcha, y cuenta con numerosos alumnos, y un lucido cuerpo de catedráticos, á pesar de los tristísimos y dolorosos acontecimientos, que en 1898 y 99, hirieron profundamente todos los intereses sociales de la histórica Valencia.

El señor Ramírez no pierde la fe en su noble propaganda, y como buen apóstol, se agiganta en los días de prueba y de combate.

Cuando escribimos lo que antecede, creíamos que correrían para el insigne civilizador, días menos agitados, horas de esperanza y felicidad. La batalla de su vida no había tenido tregua, siempre estuvo de pie, lleno de valor, luchando con singular energía, brazo á brazo con el infortunio, con la suerte aciaga. Para espíritu tan grande y generoso ¿qué podían importar las horas fugaces de efímeros placeres, si pensando en cosas serias y útiles á la sociedad, marchaba inspirado en los más bellos ideales del amor cristiano? Su nobilísimo corazón fué manantial de elevados afectos, y por ello de sus labios en trances amargos de la vida, no brotaron sino palabras de perdón y mansedumbre.

Nuestra creencia resultó fallida, pues la pálida segadora tenía levantada su hoz sobre el valiente batallador, para quien eran estímulos los más formidables obstáculos; para quien no existían sacrificios cuando era necesario acatar la verdad y enaltecer la virtud. En

su camino ni la misma muerte pudo debilitar las energías de su alma para amar los bellos ideales del cristianismo, pues hasta en sus postreros momentos hubo en sus labios palabras de virtud, consejos de vida, frases cariñosas para sus amigos.

El día 29 del mes de abril de 1900, Valencia profundamente conmovida, se enteró de que había fallecido aquel insigne Mentor de la juventud. La Junta Seccional de Instrucción Pública, el Gobierno del Estado, el Concejo Municipal de Valencia, el clero, el pueblo, la prensa, altos funcionarios nacionales de la localidad y de fuera, asociaciones piadosas, todos los gremios sociales, todo de consuno contribuyó á solemnizar el enterramiento de aquellos despojos mortales, donde fulguró un espíritu que multiplicándose generosamente entre sus conciudadanos, se difundió en maravillosos raudales invisibles, en obras de caridad, de progreso, de cultura y civilización.

Las exequias religiosas fueron la revelación del amor de un pueblo dolorosamente conmovido. En ellas el inteligente bachiller Presbítero A. L. Mendoza, supo rememorar en lenguaje elocuente y bello, el bien y la luz esparcidos á manos llenas, por aquel apóstol abnegado.

Como doscientas coronas se depositaron sobre su tumba, y al borde de élla se trasparentó el dolor en rostros varoniles, donde silenciosas lágrimas tuvieron indecible elocuencia. Era necesario dejar aquella tumba venerable, pero no se abandonó sin que antes conmovieran las más delicadas fibras del sentimiento, hablando el sublime lenguaje del corazón y de la virtud, los ilustrados señores doctores F. González Guinán, Manuel A. Granado, Miguel Bello Rodríguez y Francisco G. García B.

La figura moral del apóstol queda esculpida á perpetuidad en el corazón y en la inteligencia de un pueblo noble, que no le olvidará.

BACHILLER JOSE EDUVIGES MENDOZA

Valencia le cuenta entre sus insignes y más virtuosos hijos. Mendoza vino al mundo en aquella egregia ciudad, bajo aquel hermosísimo cielo, el 17 de octubre de 1839, y fueron sus padres el señor Alejo Mendoza y la señora María Eleuteria Pérez de Mendoza. Corrieron los primeros años de su infancia bajo la dirección de los distinguidos profesores Juan Bautista Montenegro y bachiller Carlos Pérez, con quienes aprendió las primeras letras, demostrando clara inteligencia y recomendable consagración. Preparado su tierno y fecundo espíritu con los conocimientos adquiridos, entró Mendoza al Colegio Nacional de aquella ciudad, con el corazón anhelante del bien, con el alma iluminada por los destellos de la virtud, ávido de saber, enamorado de la ciencia, á cursar latinidad y luego el trienio filosófico, que concluyó oyendo los sanos consejos y sublimes lecciones de aquella inteligencia poderosa, de aquel verdadero apóstol de la sabiduría, del inolvidable maestro Rafael Acevedo, figura descollante entre los propagandistas del saber, estrella esplendente en el cielo de nuestras glorias nacionales. Llegaba Mendoza con la mente iluminada por las hermosas claridades de la filosofía á esa edad primaveral y encantadora de la vida, lleno de esperanzas é ilusiones, sonriente á la felicidad que entreveía en el risueño y dorado mundo de su imaginación. El adolescente á los umbrales de la vida tenía ya ejcutorias para ser considerado como una consoladora esperanza del porvenir. Con alegría de sus maestros y aplausos del público, recibió el bachillerato el 8 de junio de 1856. Los esfuerzos del estudioso joven, su amor y consagración á la ciencia, merecían justo galardón.

Después de este primer triunfo ¿ podía abandonar las bellas y florecidas sendas de las letras, quien desde

BACHILLER JOSE EDUVIGES MENDOZA

niño venía ofrendándoles su cariño y los alientos de su vida? ¿No siente el corazón lleno de regocijo é íntimas satisfacciones el amante de la ciencia, á medida que con el estudio va agrandando las miradas del alma, extendiendo y llenando de luz los horizontes del pensamiento? Mendoza siguió siendo amigo cariñoso de las letras, llegando, para dar suficiente trabajo á su vigoroso é inquisidor espíritu, á profundizar en seis años de constante estudio los secretos de esa ciencia admirable que tiene por objetivo de sus triunfos curar el dolor, prolongar la vida y hacer menos terrible entre los humanos el implacable dominio de la muerte. Con razón dijo el Padre de la Medicina, que trabajo divino es curar el dolor.

Hay espíritus enamorados del progreso y de la civilización, que no propenden sino al crecimiento de la vida, al amparo de la dulce y apacible paz. Almas nacidas para gozar tranquilamente de las alegrías de la existencia, para seguir á la humanidad y cooperar á su desarrollo y bienestar, por las luminosas vías del bien, por los triunfos incruentos é inmarcesibles de las industrias, las artes y las ciencias; almas que por raro y excelso dón de la naturaleza tienen de la humanidad concebidos grandes ideales, horror instintivo al imperio discrecional de la fuerza, á los ensañamientos del odio, á las terribles tempestades de las pasiones de los hombres, encendidas en luchas fratricidas, al derramamiento de sangre que clama al cielo, á la inmolación de víctimas humanas en aras de la iniquidad y menguados intereses. Hermosísima es la concordia, y divino el reinado del amor entre los hombres. La guerra aniquila y destruye; la paz vivifica y fecunda. La primera es como la muerte precedida de la desolación; y la segunda como la esperanza alimentando la felicidad. Mendoza, dadas sus ideas, no podía ir con agrado á los campos de batalla, donde se destruye el bienestar y la vida, donde se ataca el progreso y se maldice la civilización. La guerra, por más que los acontecimientos la impongan, no ofrecerá

encanto alguno á ciertos espíritus reflexivos, enamorados del hermoso crecimiento de la libertad y de la gloria, en el seno de la fraternidad, al amparo del amor, á la luz inmortal de la ciencia. Por ello Mendoza, durante la guerra de la Federación, se acogió al apacible y bello imperio de las letras, que "son en la amargura de la vida miel," y reflejan y retratan, como sobre fondos de luz, al espíritu de la humanidad en la serie de los tiempos. El Derecho Canónico, la Teología Moral, la Historia Eclesiástica, en resumen, el excelso estudio del conocimiento de Dios, de su misericordia y de su amor, fueron alimento del espíritu de Mendoza durante aquella larga época, en que no dejó de retumbar el cañón. Se van extinguiendo los últimos estruendos de la lucha fratricida, se van despejando los horizontes de la Patria, y principia á brillar el hermosísimo iris de la paz, y ya Mendoza, dedicado á la enseñanza, esparce entre sus conciudadanos la luz fecunda y salvadora del saber. Labor insigne, digna del mayor elogio, si se consideran las especiales circunstancias de la época, la necesidad que había de profesores, la importancia trascendental de hacer luz, abundantísima luz, á raiz de aquella larga guerra, en los días venturosos de la recuperada paz, cuando la esperanza renacía, cuando al calor de una vida nueva, la República se transformaba.

Para el año de 1863, la Municipalidad de Valencia había designado á Mendoza para regentar la escuela pública de San José, cargo que todavía desempeña. Su consagración, su inteligencia y el satisfactorio resultado de sus numerosos discípulos, le han recomendado de tal modo á la estimación pública, que recibiendo el aplauso de sus conciudadanos, demostraciones de cariño y gratitud de sus discípulos, lleva 31 años regentando la escuela pública de San José. Durante tan largo profesorado ha prestado incalculables servicios á la Patria el señor Mendoza, pues derramar luz en el cerebro de las nuevas generaciones, es iluminar el presente, es atraer la felici-

dad, es trabajar por la República, lanzando como rico abono, á la tierra sonriente y virgen del porvenir, la semilla impalpable de las ideas. El pensamiento es el lábaro triunfal de la humanidad; la fuerza del hombre por sí sola no crea ni representa nada útil, antes por el contrario, es torrente desbordado, huracán desolador, cuando la razón no la guía, cuando la inteligencia no preside los movimientos del espíritu. Buscad en toda grandeza humana el poder creador que la informa, y veréis fulgurar la llama inmortal del pensamiento.

Mendoza, espíritu generoso y patriota, ha hecho de la propaganda de las letras un apostolado, y siempre que ha podido llevar su aplauso y su palabra, á favor de tan nobilísima y bella causa, los ha llevado con gran satisfacción y regocijo. En la escuela de niñas que fundó en la parroquia de Candelaria, en Valencia, la distinguida é ilustrada señorita Edelmira Michelena, regentó Mendoza las cátedras de Gramática Castellana, Aritmética é Historia Sagrada; en los Colegios Nacionales de Niñas de "Carabobo" y "Peñalver," las de Geografía universal, recomendándose en tan delicados cargos por su clara inteligencia, fácil palabra y exquisita cultura.

El Gobierno Nacional cumplió un acto de justicia al premiar los eminentes servicios prestados á la instrucción por Mendoza, concediéndole la Medalla de Instrucción Pública. En este ramo de la enseñanza hace más de 22 años que desempeña la Secretaría de la Junta Superior de Carabobo.

Mendoza, apóstol de la civilización cristiana, que ilumina y engrandece el mundo del espíritu, y del progreso que eleva y dignifica, que ensalza la virtud y el trabajo, miró al pueblo, ese sublime y poderoso revelador de los más intensos dolores y de las más profundas alegrías, y se fué á él, á levantar cátedra, llevándole luz, á derramar á los menesterosos del saber los conocimientos humanos, que jamás se difunden solos, porque llevan en sí la misteriosa fuerza de la idea que, donde im-

pera produce ascención moral en los espíritus, desarrollando aspiraciones, creando ideales, ensanchando los horizontes de la vida, poniendo al alcance de la inteligencia humana las conquistas más preciadas de las ciencias, los encantos más apetecibles de la civilización. Mendoza, en 1858, funda la Sociedad Benefactora Asociación, la cual estableció dos escuelas para artesanos, á cargo, respectivamente, de los notables institutores bachiller Angel M. Corao y Marcelo Juliac. Este paso gigantesco en el sentido del mejoramiento social, no basta al grande y generoso espíritu de Mendoza: él, como apóstol de las ideas, quiere que éstas corran, se difundan é informen el espíritu de sus conciudadanos, y para ello aparece "El Benefactor," órgano de la Sociedad del mismo nombre, redactado por él. Para los que creen que la idea ilustrando redime, el periódico es cátedra y la hoja de papel impresa pan de vida para la inteligencia. Mendoza lo cree así, y por ello redactó "El Avisador Comercial" y ha colaborado en "El Progreso," "La Voz Pública," "La Primavera" y "Primera Piedra." Actualmente redacta "El London Bazar," periódico antiguo y muy conocido, de la acreditada casa mercantil de Méndez Hermanos. La referida publicación siempre trae artículos de fondo, que se recomiendan por los serios y útiles temas desarrollados en éllos, con galanura de estilo,brillantes imágenes, hermosos pensamientos, fácil y correcta dicción. Resaltan en los aludidos artículos los elevados y nobles propósitos que han distinguido al señor Mendoza, pues en ellos, además de la amenidad, se encuentra útil y provechosa enseñanza. Allí la Patria se venera, nuestra adorable religión se ensalza y se predica á favor de la virtud ennoblecedora del trabajo, que tanta honra refleja sobre los patriotas Hermanos Méndez.

Mendoza ha vivido en el templo de su virtuoso hogar, apartado de la política, consagrado á la útil y honrosa propaganda de educar é instruir legiones de niños, que

hoy contituyen numerosos centenares de ciudadanos, dechados del hogar, columnas, honor y prez de la Patria. A pesar de tal apartamiento, Mendoza, en 1867, aceptó el cargo de Diputado á la Municipalidad de Valencia y en él, procuró con sus luces y esfuerzos corresponder á la confianza de sus conciudadanos.

Las Sociedades piadosas, las que tienen por objetivo consolar al triste, socorrer al desvalido, arrebatar víctimas al dolor, han tenido en la palabra de Mendoza elocuente é inspirado aplauso. ¡Qué grato es al corazón del hombre servir á la humanidad, inspirado en el amor divino, vida del universo, de sus indecibles é innumerables bellezas! Mendoza no ha dejado de servir á las causas grandes y generosas: su palabra, inspirada en el anhelo del bienestar de la humanidad, ha resonado elocuentemente en la "Sociedad Mutuo Auxilio," y en otras, recomendando la sublime virtud de la caridad, la fraternidad y el amor universal entre los humanos, como prenda de felicidad y de gloria, de paz, progreso y civilización.

Mendoza ha seguido paso á paso los progresos de la Pedagogía, los cuales ha sabido aplicar en su largo profesorado. Es un institutor notable, que se recomienda por sus beneficentes hechos, por todos los esfuerzos de su vida, señalados en largo y luminoso derrotero. ¿Qué satisfactorio debe ser llegar á los umbrales de la vejez, como ha llegado el señor Mendoza, con la conciencia tranquila y el alma llena de hermosos recuerdos y bellas esperanzas.

El trabajo que antecede lo escribimos en 1894. Desde esta fecha hasta la del primero de julio de 1897, en que rindió la jornada de la vida el insigne Mendoza, su existencia corrió apacible, dedicada siempre al apostolado de la enseñanza, y la divulgación de los conocimientos, en la tribuna de la prensa. La noticia de su fallecimiento produjo honda sensación en la sociedad valenciana, pues él tuvo la dicha envidiable de hacerse que

rer por sus virtudes y singular modestia, y la de vivir trabajando por el mejoramiento social, sin ambicionar triunfos para sí, como enamorado del bien, por los nobles y generosos ideales que lo inspiraban. Al borde de su tumba no se extinguieron odios, ni cesaron agravios; y sí habló la gratitud pública el lenguaje hermoso del cariño, y hubo lágrimas y flores, para la memoria bendecida del apóstol y del patriota. El Concejo Municipal del Distrito Valencia al cual sirvió Mendoza por espacio de 34 años, se hizo partícipe del duelo público; y "La Agencia Izaguirre," y "El Partido Liberal" y el "Uno y catorce," periódicos valencianos, todos tuvieron para la memoria de aquel ilustrado pedagogo, frases de alabanza y de justicia, reconociendo sus virtudes y excelsos méritos. Igual cosa hizo la demás prensa de la República, de la cual era ventajosamente conocido Mendoza, como periodista sobresaliente.

La casa mercantil de Méndez Hermanos, publicó un número extraordinario de "El London Bazar," destinado á enaltecer más la fecunda existencia de aquel progresista institutor. Los que se van y quedan viviendo en el cariño de los que le sobreviven, es porque verdaderamente anduvieron por rectos caminos, llevando en el corazón generosos anhelos, derramando en el campo de la vida la semilla del bien. Así se explica la presteza con que escritores distinguidos, llenaron el número extraordinario de "El London Bazar," con producciones dignas de la preclara memoria que las inspiraba.

Para terminar, diremos, que al entierro de Mendoza concurrió Valencia entera, representada en todos los gremios sociales. Allí estaban, el Presidente del Estado, el Rector de la Universidad, las diversas facultades, el Concejo Municipal, la Junta Superior de Instrucción Pública, miembros de otras corporaciones particulares, y numerosas personas de diversos sexos y edades, pertenecientes á varios gremios sociales. En el cementerio, como último adiós, antes que la tierra cubriera los des-

SEÑOR ANTONIO GONZALEZ

pojos mortales del apóstol, el ilustrado señor doctor Gonzalo Fajardo, en representación del gremio de profesores municipales y la Instrucción Pública Nacional, hizo uso de la palabra, y su feliz discurso, aplauso postrimero de la justicia humana por un espíritu que fue luz, y vivió enamorado del progreso y la civilización, correspondió á la solemnidad del acto; luego hizo también uso de la palabra el bachiller Julio Castro, Director de la Escuela Normal de Valencia, para rendir tributo de verdadera justicia, al compañero que se alejaba para siempre, dejando en su largo camino recorrido, estela luminosa.

¡Qué bello es rendir la jornada de la vida, querido de todos, rico de virtudes y de merecimientos!

ANTONIO GONZALEZ

En la imperial ciudad de Maracaibo, donde siempre han florecido esclarecidos ingenios, honor y prez de la Patria, vino al mundo, corriendo el año de 1815, el ciudadano Antonio González, esforzado apóstol de las letras, propulsor incansable de los conocimientos, digno de vivir en el amor de sus conciudadanos, incensado por la gratitud nacional.

A las orillas del delicioso Mara, en aquella tierra fecundísima, gozando de las brisas marinas, de risueños paisajes y panoramas espléndidos, trascurrieron los primeros años de la adolescencia del señor González. Fue en Maracaibo, á la orilla de su admirable lago y bajo su hermosísimo cielo, que el espíritu grande y luminoso de aquel joven, se abrió á las primeras impresiones de la vida, á los esfuerzos de la inteligencia y á los triunfos de la razón.

Adolescente todavía, de 13 años de edad, fue á residenciarse á Valencia, merced á la eficaz protección que por sus sobresalientes dotes de ingenio y contracción, le dispensara el digno coronel de la Independencia señor Pe

dro Celis. En Valencia siguió González llevando á su espíritu el precioso tesoro de la luz de los conocimientos, y recomendándose de tal manera, por su recto proceder, que para el año de 1836, á los 21 años de su edad y en aquellos tiempos, fue designado para servir la escuela pública de la Parroquia de Candelaria, después de haber sufrido un riguroso examen, y comprobado con lujosas certificaciones su probidad y buenas costumbres. Dedicado á la enseñanza en la escuela referida, preparó á la República, durante largos años con perseverancia admirable, una multitud de ciudadanos, que han venido honrándola, ora como magistrados, ya como apóstoles de las ciencias, ora como hijos, esposos y padres. Veintisiete años sirvió aquel plantel con tan buen suceso y resultados tan brillantes, que lo convirtió como en un semillero del saber, del que salían anualmente preparados, con luz en el cerebro y sanas ideas en el corazón, legiones de jóvenes á cruzar los senderos de la vida, librando con patriotismo y acierto las batallas de la existencia. Labor magnífica, y de tal trascendencia, que escapa por sus maravillosos resultados, á los cálculos de la inteligencia.

En el año de 1863, se separó González de la escuela que regentaba, para servir la Administración de Rentas del Estado, cargo que fue manejado por él, con su reconocida consagración y acrisolada honradez.

De esta Administración pasó á servir la de correos donde se recomendó una vez más, por el ejercicio de las relevantes prendas que le adornaban.

Deseoso el Gobierno de Carabobo de utilizar las recomendables aptitudes y conocimientos de tan insigne institutor, le nombra en setiembre de 1871, Vice-Rector del Colegio del Estado. Presentada la renuncia del honorífico cargo con que se le quería investir, no fue aceptada, pues el Gobierno insistió en su noble propósito, invocando el patriotismo y el amor á las letras del inteligente Maestro. Fue esto suficiente para que él, lleno de fe y entusiasmo por el poder de las ideas y las glorias de la civili-

zación, reanudara el apostolado de las letras, con el mismo inquebrantable entusiasmo con que antes lo había servido por 27 años consecutivos. Contaba ya el Colegio de Carabobo, entre sus distinguidos profesores, con un apóstol de esos que infunden la fe por la causa que predican, de esos que siembran en los espíritus con el propio ejemplo las ideas de la doctrina que riegan á los cuatro vientos.

Corría el mes de enero del año 1873, cuando el Gobierno del Estado Carabobo, nombró á González, Rector del Colegio donde se le había conocido, como amable amigo y sabio consejero de la juventud, que le quería y aplaudía por su fina cultura y delicado empeño en preparar las inteligencias y en arrojar luz y máz luz, para gloria de la República y bien de sus conciudadanos, en los renuevos de la humanidad, que como olas del mar de la vida, crecen y marchan á extinguirse en ignorado porvenir.

El Maestro estaba dotado de grande actividad, pues servía á la causa de la instrucción, al propio tiempo por distintos respectos, ya como catedrático de las clases de Gramática, Aritmética y Escritura en el Colegio de niñas de Carabobo, ora como Presidente de la Junta de Instrucción Pública, donde siempre tuvo espontáneo y oportuno el contingente de sus esfuerzos y el verbo de su inspirada palabra, para todo lo que redundase en beneficio de las letras.

En la Ilustre Municipalidad de Valencia prestó González útiles y valiosos servicios á sus conciudadanos, sirviendo respectivamente la Presidencia y la Vicepresidencia del Concejo Municipal, por los años de 1874 á 1876.

Apartado de la enseñanza pasó á servir la Administración de Rentas Municipales, donde brilló de nuevo su acrisolada honradez, y se hicieron sentir favorablemente sus solícitos cuidados, por los intereses públicos.

González, durante su largo profesorado, recibió del Gobierno de Carabobo y de los ciudadanos del mismo Estado, demostraciones de alto aprecio y de merecida justicia. El Gobierno le declaró profesor jubilado con el goce

íntegro del sueldo que devengaba en la escuela de la Candelaria. El Ilustre Concejo Municipal de Valencia, en sesión del 7 de agosto de 1855, acordó darle las gracias por la constancia y asiduidad con que desde largo tiempo trabajaba por la instrucción de la juventud. Tal voto de gratitud fue acogido por el público con el entusiasmo que despiertan los homenajes rendidos al talento y á la virtud, puestos abnegadamente al servicio del perfeccionamiento social. Los numerosos discípulos de González dilataron el justiciero aplauso prodigado al querido Maestro, pues lanzaron á los cuatro vientos, en las múltiples alas de la prensa, el acuerdo de la Ilustre Municipalidad, suscrito por los estudiosos jóvenes Jorge Martínez, Eduvigis Rodríguez, Guillermo Martínez, Francisco Antonio Gadea, Carlos Salas, Felipe M. Martínez, Cruz Landaeta, Ramón Montilla Troanes, Miguel Montilla, Santiago Robles, Hilario Croquer, Angel C. Gadea, José I. de los Ríos, José R. de los Ríos, Eligio Robles, Rufino Reverón, José M. Gallegos, Miguel Reverón, Pablo J. Arocha, León Reverón, Pedro Torres, Emilio Pereira, Lino Celis, Antero Pereira, Francisco Codecido Otalora, Salustiano Salas, J. A. Vaquero, Félix Cano y otros tantos que sería largo enumerar.

Se ve por el número de los discípulos de González, que hemos citado, que su labor produjo y continúa produciendo á la Patria opimos y abundantes frutos en el fecundo campo del saber. Entre los mismos nombres citados, todos dignos ciudadanos de la Patria, encontramos figuras sobresalientes en los distintos ramos de la actividad humana; esforzados batalladores del pensamiento que han dejado escritos sus nombres con letras de oro en nuestra historia.

No es extraño que quien había sabido servir ejemplarmente á la Patria, ilustrando y elevando el espíritu de sus hijos, mereciera de la Diputación Provincial de Carabobo el insigne honor de una medalla de oro, como premio á su constancia y á su virtud, en la luminosa carrera

de su vida, dedicada á fortalecer en el corazón de la juventud, los buenos sentimientos y los generosos anhelos del progreso y de la gloria.

El Gobierno Nacional no olvidó el deber en que estaba de testificar también al egregio adalid de las letras la gratitud de la República por sus merecimientos en la enseñanza, pues en atenta comunicación fechada en enero de 1878, le incluyó el diploma que le autorizaba para usar la medalla de honor, creada para premiar á los obreros del pensamiento.

Las luchas del espíritu lo consumen y lo agotan, pues las ideas en constante agitación y choque en la fragua del cerebro, producen en las naturalezas que no son excepcionalmente fuertes, el cansancio y la debilidad. Después de medio siglo de venir batallando, por la más noble y bella causa de la humanidad, González llegó á la tarde de su vida, cargado de merecimientos, querido de sus compatriotas y agasajado de sus numerosos discípulos. Se iba á extinguir ya el apacible sol, que había derramado entre los humanos, fulgores de imperecedera y creciente luz. El buen apóstol, á los 65 años de su edad llegaba sonreído al borde de la tumba, con el corazón henchido de los más gratos recuerdos, y el alma de las más halagadoras esperanzas. En la conciencia del eximio patriota, no había la más leve sombra de remordimiento y sí la fulgurante luz de la confianza en Dios. Así, dichoso, tranquilo, rodeado de su numerosa familia, sentido por un pueblo que conserva vivo el recuerdo de su memoria, le abandonó la vida el 6 de junio de 1880.

González dejó en Valencia numerosa familia entre la cual vive su nombre venerado con tierno y profundo amor. Sus virtudes se repiten en los renuevos de su sangre y los esfuerzos generosos de los que por honrar su memoria y enaltecer su nombre, trillan los caminos de la virtud.

De González podemos decir que atravesó este valle de la vida, como el viajero que apartado por largo tiempo

de su familia, efectúa su ansiado regreso soportando pacientemente los tropiezos é inconvenientes del camino, lleno de contento, viendo á cada instante con el pensamiento las adorables prendas del hogar. Fue verdadero cristiano y padre amantísimo. El profesó á los suyos intenso y acendrado cariño; tuvo para sus amigos, leal y fina estimación; para la Patria culto; para la difusión del saber, los alientos de su vida. Amaba la juventud, sus triunfos, sus glorias y sus ideales, con ese amor que nace de lo más profundo del corazón, con ese sentimiento que embarga el alma, con abnegación que le producía encantos, y esperanzas que le causaban indecibles trasportes. Y nada más propio de quien por sus bellas prendas morales, vivía con la conciencia llena de paz, enajenada de gozo, trillando los bellos caminos de la virtud y las luminosas sendas del saber.

Un hombre dotado de las excepcionales prendas que adornaron á González, ha debido ser lo que fue él: un miembro útil de la sociedad, un ciudadano ejemplar, digno de recuerdo y alabanza. No es de un día el imperio de la virtud, la luz de la ciencia, ni pasajero el recuerdo de una alma grande y generosa. ¿Que sería de la humanidad si fueran sombras fugaces los recuerdos, efímeros los triunfos de la virtud y pasajeras las fulguraciones de la gloria? Dichoso el señor González: él murió con la conciencia iluminada, deseando volar hacia Dios, dejando entre los suyos recuerdos de bendición, y su memoria entregada al amor de los que viven y á las generaciones del porvenir.

BACHILLER RAFAEL R. HERMOSO

En la lista de los beneméritos propagandistas de la instrucción pública en Venezuela, debe colocarse el nombre del anciano y honorable institutor con que encabezamos estas líneas. Es alentador para el patriotismo

BACHILLER RAFAEL R. HERMOSO

contemplar batallando por la mayor difusión de los conocimientos humanos, á hombres que por sus largos años, útiles trabajos, fecunda y meritoria vida pública, podían aspirar con sobrados títulos á terminar la jornada de la existencia, dando descanso á sus agotadas fuerzas.

Lo generosos apóstoles del saber; los que abnegadamente enseñan y divulgan la grande utilidad de las letras; los que compadecen al pueblo ignorante y atraen con tierno afecto á los niños, flores del presente, frutos del porvenir, tienen que sentir por la augusta misión que ejercen, tal fe y entusiasmo, que aún en los fatigosos y cansados dias de la ancianidad, conservan en el corazón y en el espíritu, amor y fuerzas para proseguir la propaganda redentora. ¡Qué dichosos los que pueden sostener la batalla de la existencia hasta tropezar con la tumba que los espera, destruyendo el pernicioso poderío de la ignorancia, y cimentando al propio tiempo sobre sólidas é indestructibles bases, el progreso, la civilización y el venturoso porvenir de sus conciudadanos !

Coro, " la tierra del heroísmo, el oasis de la libertad; " Coro, la hermosa é histórica ciudad que encierra tantos é inolvidables recuerdos, que se hace necesario evocarla cuando estudiamos los principales acontecimientos que magnifican nuestros anales, cuenta entre sus ilustres y distinguidos hijos al bachiller Rafael R. Hermoso, cuya vida en el profesorado nos proponemos enarrar, siquiera á grandes rasgos.

El prócer Rafael Hermoso, fue el padre del bachiller Rafael R. Hermoso, quien nació en Coro el 30 de enero de 1818. Vino al mundo en aquellos memorables días en que nuestros mayores, inspirados por el patriotismo, realizando hazañas estupendas, peleaban por la independencia de la Patria. Era el padre del institutor bachiller Hermoso, hombre de sobresalientes méritos, de esforzado corazón y clara inteligencia. Le cupo la gloria de ser de los primeros en dar el grito de independencia

en Puerto Cabello, con el carácter de miembro de la Municipalidad. Su amor á la libertad, y su decisión por la independencia, fueron causa para que sufriera en el Castillo de Puerto Cabello, larga y penosa prisión. Considero que para los patriotas de entonces, guiados por el camino de la gloria, por un entusiasmo sublime, verdaderamente sentido en lo más hondo del alma, había en los contratiempos sufridos por la libertad de la Patria, aquella singular dulzura de que nos habló Horacio. Rafael Hermoso dedicó á la República sus esfuerzos y conocimientos; fue uno de sus apóstoles fundadores; la sirvió en sus días genésicos con el verbo de su palabra, y la vió surgir coronada de laureles, gloriosa y fuerte, entre relámpagos y estruendo de cañones, después del triunfo inmortal de Carabobo. Con tales antecedentes, no es de extrañar que Rafael Hermoso fuera grande y entusiasta amigo del Genio Creador de la Independencia. Para él, Bolívar era el más alto honor de la Patria, porque merced á sus innumerables y perseverantes esfuerzos se alcanzó la Independencia, aspiración de todos aquellos repúblicos ilustres, para quienes, como Hermoso, asomaba por todas partes la Patria, siempre más adorable, porque para ella vivieron dedicándole ideas, esfuerzos y vida. Terminada la guerra de la independencia, Rafael Hermoso mereció de sus conciudadanos distinguidos honores: asistió como Diputado á la Convención de Ocaña en 1828, y al Congreso Admirable de 1830.

Por su condición de boliviano sobresaliente, tuvo algunas dificultades para regresar á Venezuela; más habiendo sido nombrado Jefe de la frontera su amigo y compatriota, el general Mariño, éste le dió un salvoconducto para que efectuara su regreso, lo cual hizo meses después. Patriota tan insigne, fue recibido en su tierra nativa con demostraciones de singular simpatía, siendo objeto de una verdadera ovación popular, en la cual el entusiasmo exaltado, tuvo frases hermosas para evocar con las más bellas imágenes los prodigios realizados por

el genio de Bolívar. Este acontecimiento, dadas las circunstancias de entonces, le hizo ser expulsado junto con otros bolivianos, teniendo la fortuna luego de ser devuelto de Puerto Cabello, por orden de aquel héroe admirable, vencedor de imposibles, que se llamó Páez. Restituido de nuevo á la tiera nativa, á esa patria menos grande, pero más bella y encantadora para el corazón, por ser ella en los sueños de la fantasía y los recuerdos del cariño, centro de los más tiernos y profundos afectos del alma, pensó Hermoso en la vida apacible del hogar. Después de haber librado largos y fuertes combates en el campo de batalla de la existencia, y de hacer estada firme en su bella tierra nativa, natural era que tan generoso espíritu, levantara trono de amor para los hermosos sueños de su juventud, y resolviera, poniendo su mirada en alto y nobilísimo fin, contraer matrimonio como lo contrajo en Puerto Cabello con la distinguida señorita Sebastiana Latouche, de cuyo matrimonio nació en Coro, en la fecha que ya hemos indicado, el notable institutor bachiler Rafael R. Hermoso. Su padre le puso por profesor de primeras letras al renombrado maestro José de la Cruz Chirinos, y luego, como su aprendizaje fuera rápido, solicitó al instruido señor Federico Stel, oriundo de Alemania, para que le enseñara idiomas. Deseoso de que no interrumpiera los progresos alcanzados en el estudio su hijo Rafael, y de que él, y otros jóvenes de Coro, tuviesen donde desarrollar sus facultades intelectuales, y avanzar sabiamente dirigidos por la senda de los conocimientos humanos, hizo ir á Coro los renombrados doctores Mariano Raldiris y Domingo Torres, quienes respectivamente con el carácter de Rector y Vice Rector instalaron en 1826 el primer Colegio Nacional que hubo en la Provincia. El Colegio floreció, y fue en breve tiempo semillero del saber, donde numerosa juventud de diferentes cantones bebió en abundante y saludable fuente, variados y múltiples conocimientos. De este centro intelectual salieron los señores generales, Juan Crisóstomo

Falcón, Nicolás Mariano Gil, el Obispo Víctor José Diez, Antonio Marzal, Rafael, Pedro y Luis Hermoso, Agustín Rivero, Pedro y Camilo Arcaya, José Benito Mavare, José María Sánchez y muchos otros eminentes ciudadanos.

Dediquemos párrafo aparte, á un hecho que merece rememorarse. El prestigio de que gozaba el prócer Rafael Hermoso, le había elevado al alto cargo de Gobernador de la Provincia de Coro. Corría el año de 1826, y Bolívar, después de larga ausencia volvía á Venezuela. De Maracaibo se vino por tierra á pasar por Coro, y la ciudad heroica y fuerte, generosa y agradecida, palpitó de entusiasmo, regó de flores sus calles, embelleció sus casas, y sus moradores, llenos de alborozo se sintieron felices, y arrebatados de contento, mostraron febril impaciencia por contemplar al Grande Hombre. Se hicieron magníficos preparativos para recibirle, se consiguió la calesa de las distinguidas familias Zavala y Zárraga, y se la convirtió en un cesto de bellísimas flores. Anunciada desde la víspera la próxima llegada del Libertador por un expreso á caballo, que al efecto se había colocado en el camino, la ciudad recibió como un toque eléctrico. La noche fue de movimiento, de alegrías patrióticas, y apenas alumbraron las primeras claridades de la aurora, cuando el camino que conduce á la quebrada de Coro se le vió tejido de hombres, mujeres y niños, de seres poseídos de entusiasmo inefable por aquel héroe desmedidamente sublime por su valor y por su genio. Alas 8 de la mañana se le vió venir, y su presencia fue como luz, como bálsamo de felicidad derramado abundantemente en todos los corazones; se le miraba, se le oía y se le rodeaba entre inenarrables aclamaciones. Después de haber pasado debajo de un arco de triunfo se le excitó á desmontarse para que siguiera su marcha en la calesa que se le tenía preparada, en la cual, entre los niños Luis y Rafael R. Hermoso, que representaban sendos ángeles, hizo su entrada triunfal á la invicta Coro. La música llenaba los aires de sonoras armonías, los fuegos artificiales eran

incesantes, los víctores se multiplicaban, y lluvia de flores caía sobre el camino que llevaba el Libertador. La calesa era tirada por caballeros que se disputaban este honor, y aquel pueblo valeroso, como un solo hombre, delirante de entusiasmo, hacía al Padre de la Patria un homenaje digno de su inmarcesible gloria. ¡Qué bello día debió ser aquel para los que contemplaron la grandeza del héroe, el fuego olímpico de su mirar y el placer inefable de los que no encontraban, inspirados por patriótico entusiasmo y amor, cómo significarle bastante gratitud! Le cupo la envidiable satisfacción al honorable señor Rafael Hermoso, como Gobernador de la Provincia de Coro, de recibir á su grande amigo, de acompañarle cuando siguió su viaje por tierra, vía de Puerto Cabello, hasta Cumarebo. Allí los dos amigos se dieron el abrazo de despedida, entre numeroso acompañamiento, que silencioso y triste, veía con profundo dolor ausentarse al héroe, creador de la Patria, Libertador de Naciones.

Terminada la digresión que antecede, sigamos la narración interrumpida. Había terminado la larga guerra de la Federación, y se hacía sentir entre los hombres pensadores la necesidad de derramar abundante luz en el pueblo, para elevar sus aspiraciones y destruir en él los malos hábitos que desgraciadamente hubiese adquirido en la vida de los campamentos. Sabido es que la guerra siembra y desencadena pasiones; crea y enciende odios, produciendo á la postre, lágrimas y agonías de muerte, desencantos horribles y amargos frutos en campos de desolación. Y fue en aquella época en que tan benéfico era el dulce y luminoso imperio de las letras, que el ilustrado bachiller Hermoso por exigencias de los padres de familia de la ciudad de Coro, inició su brillante carrera en el profesorado, dando clases á domicilio á distinguidas señoritas de aquella ciudad. Como los resultados fuesen en extremo satisfactorios, lo instaron á dar clases á los jóvenes, á lo que accedió, fundando luego en su propio domicilio un colegio particular, con el nombre de

Clases privadas. En esta ocasión como en la anterior, las halagüeñas esperanzas convertidas en los más brillantes resultados, coronaron las patrióticas aspiraciones que se habían concebido, rayando entonces la confianza depositada en el bachiller Hermoso, en espléndidas demostraciones de entusiasmo, que le hicieron los nobles hijos de la heroica Coro.

Conquistada la reputación de excelente institutor, elevado una vez más por sus méritos á una distinguida posición social, merecedor de las valiosas consideraciones de los corianos, y en posesión de los favores de la fama y de los aplausos de la opinión pública, el bachiller Hermoso pudo con facilidad satisfacer sus patrióticas aspiraciones, estableciendo en mayor escala y con grandes elementos, un plantel de enseñanza, titulado "Colegio 5 de Julio." Como en este instituto la inteligencia, consagración y actividad del insigne maestro dieran por resultado en las labores de la enseñanza, uno como florecimiento en las inteligencias juveniles que en aquel santuario del saber crecían iluminándose con el estudio, que es fuente de vida, que fortifica y regenera el espíritu, elevándole al conocimiento de las cosas grandes, útiles y bellas, el Gobierno Nacional valorando aquel crecimiento intelectual, aquella sublime ascensión de espíritus, por un acto de justicia, le autorizó en 1873, para leer en el mencionado Colegio, los estudios filosóficos. El incremento que alcanzó el plantel con tal concesión, constituye una honra para los corianos, y una ejecutoria para su Director. Se abrió con numerosos alumnos un curso de filosofía, y las clases de idiomas vivos, de historia, de teneduría de libros, de música y de literatura, estuvieron muy concurridas; pues 100 jóvenes, 25 internos, y los demás externos, llenaron de alegría y vida aquel semillero del saber, en el cual se formaron hijos de la patria que hoy la honran con sus virtudes y la ilustran con sus conocimientos.

El señor doctor Juan de Dios Monzón, que con el ca-

rácter de Delegado Nacional fue á la ciudad de Coro en aquella época, comprendió que contribuiría á dar mayor realce al florecimiento de las letras, como ensanche al desarrollo de los estudios, refundir en el Colegio Nacional, el acreditado colegio del bachiller Hermoso. Emprendido este trabajo por el respetable doctor Monzón, pudo llevarle fácilmente á feliz término, pues sólo encontró de parte del patriota bachiller Hermoso, amor por la redentora causa de la instrucción del pueblo, y abnegación y constancia para laborar en ella. Encargado luego nuestro activo institutor del Colegio Nacional, recibió éste un poderoso impulso, y tomó tal incremento, que numerosos alumnos llenaron sus claustros, y se confirieron por primera vez en él, 10 grados de bachiller en ciencias filosóficas. Entregado constantemente á las honrosas labores de la enseñanza vivía el bachiller Hermoso, en el colegio que con tanto acierto dirigía, cuando en julio de 1878, se separó de tan honorífico cargo, para llevar la luz de sus conocimientos, los consejos de su prudencia y los dignos ejemplos de su honrosa vida, á la estudiosa y altiva juventud del histórico Departamento Petit, de donde fue llamado por muy caracterizados y honorables ciudadanos, para que estableciera en la ciudad de San Luis, capital del Departamento, un colegio particular.

No estimó prudente aquel progresista ciudadano, negar su palabra y sus conocimientos á los que invocando la patria y la juventud, lo llamaban con reiteradas instancias á educar é instruir una preciosa legión de niños, llamados por la misma tierra en que nacieron, y por los hechos legendarios de sus padres, á brillar en la sociedad y á realizar grandes cosas en el porvenir. Fué el maestro á la villa de San Luis, y al rededor de su cátedra, como siempre, se agruparon numerosos y constantes oyentes. Todavía se recuerda con orgullo en aquella floreciente comarca, el Colegio de San Luis, donde se leyó un curso completo de filosofía, pudiendo los cursantes por

especial concesión del Gobierno Nacional, obtener el grado de bachiller en dicha ciencia. Terminado el curso de filosofía debió admirar el progresista bachiller Hermoso, lleno el pecho de patriótica satisfacción, el campo virgen y cruzado de malezas que se había confiado á sus cuidados, convertido en hermoso florido huerto, lleno de encomiables atractivos y bellezas. Aquellos queridos frutos del amor, seres delicados é inocentes que la sublime abnegación paternal había entregado al afecto y cuidados de aquel digno maestro, no eran ya las débiles criaturas que tímidamente articulaban las letras del alfabeto, sino heraldos del porvenir, gallardos paladines del pensamiento, listos y adiestrados en largo aprendizaje, para entrar de lleno á la vida del mundo y cruzar los mares de la existencia. ¿Con qué satisfacción no contemplaría su hermosa y bella obra de regeneración intelectual, aquel abnegado educacionista ? De San Luis regresó á la ciudad de Coro, trayendo conquistado el cariño y agradecimiento del Departamento Petit.

Tantos esfuerzos á favor de la instrucción pública fueron estimados por el Gobierno Nacional, que remitió al bachiller Hermoso, con muy honoríficos conceptos oficiales, la Medalla de Instrucción Pública.

En Coro continuó el bachiller Hermoso prestando á la instrucción de la juventud muy valiosos servicios, en un colegio que estableció bajo el mismo título de San Luis, en recuerdo del que había regentado en el célebre Departamento Petit. Bastaba el conocido y estimado nombre de su Director, para augurarle al instituto éxito y brillantes resultados, como en efecto los tuvo tan satisfactorios como los alcanzados en el '5 de Julio." Deseando el Gobierno Nacional una vez más utilizar los valiosos conocimientos del bachiller Hermoso, y su larga práctica en el profesorado, le exigió que refundiese su colegio particular en el Nacional, á lo que accedió aquel eminente ciudadano. Colocado entonces por segunda vez al frente del Colegio Nacional, lo regentó con el mis-

mo laudabilísimo interés, con que antes había propendido á darle vida y esplendor.

Como la justicia tiene sus fueros, y es deber acatarlos siempre que la ocasión se presenta, creemos que faltaríamos á tan sagrada ley moral, si al nombrar el Colegio Nacional de Coro, silenciáramos el nombre del inteligente é ilustrado doctor Manuel E. Urosa, quien desempeñó la dirección de aquel, con el interés y patriotismo que demanda el apostolado de la enseñanza, pues es fama que en su magisterio alcanzó espléndidos triunfos, ilustrando la juventud, agrandándole los horizontes de la vida, esparciendo luz, regenerando espíritus. He cruzado ideas con varios é inteligentes jóvenes corianos,discípulos del doctor Urosa, quienes con vivo entusiasmo hacen grandes elogios de la facilidad y elocuencia con que su antiguo maestro, se hacía comprender y llevaba á sus inteligencias el conocimiento de las materias que les explicaba. Aplauden el brillo y correcta exposición de sus ideas, la claridad de sus pensamientos, la energía, colorido y belleza de sus imágenes.También el estudioso señor doctor Luis Espelozín, y otros más, beneméritos propagandistas de las letras, han ejercido en el Colegio Nacional de Coro, con laudable acierto, constancia é inteligencia, el augusto apostolado de la enseñanza. Cumplido el deber, vuelvo el pensamiento y la pluma, al esforzado anciano, venerable propulsor del saber, que tranquilo y al amparo de la gloria, se acerca á la tumba, por el camino de la vida, entre bendiciones y afectos.

Corriendo el año de 1870 pudo aquel incansable institutor, ver coronados con espléndido éxito, sus más fervientes deseos, pues en el colegio que regentaba se celebraban en medio del mayor entusiasmo, inusitados torneos del saber, y en ellos, después de lucir sus conocimientos, obtuvieron varios jóvenes el título de bachiller en filosofía, y otros el de maestro en pedagogía. Era tal el incremento alcanzado en el desarrollo de la instrucción pública, con la activa é inteligente propaganda del ba-

chiller Hermoso, que él, considerando ya creados los elementos para elevar el Colegio de su cargo, al grado de primera categoría, pidió en unión de los padres de familia de la progresista y respetable sociedad coriana, al Gobierno Nacional, el ascenso que todos anhelaban. Atendido este justo y patriótico reclamo por la Legislatura Nacional, se instaló solemnemente en setiembre de 1890, el Colegio Federal de primera categoría del Estado Falcón. ¿ Qué suerte corrió entonces el institutor que entre sus compatriotas, había consagrado todos sus esfuerzos y conocimientos á la labor más difícil, fecunda y trascendental de la vida ? Volvió alegre y satisfecho á gozar de la apacible y amorosa existencia del hogar, pobre, anciano é inválido físicamente por el dilatado trabajo de más de un cuarto de siglo en la enseñanza secundaria. Llevaba sí, la conciencia iluminada y el corazón henchido, rebosando de contento, que es el más rico y precioso galardón para los ingenios que en la batalla de la vida hacen causa común con la humanidad, para ilustrarla y engrandecerla con la enseñanza y divulgación de los progresos y triunfos de la inteligencia humana, en su constante ascensión gloriosa á través de los siglos.

El Estado Falcón ha manifestado su agradecimiento á su ilustre y meritorio hijo, declarándole " Institutor Jubilado, " y señalándole una modesta pensión, que principió á recibir en 1890.

El uso de la condecoración del Busto del Libertador, timbre preciadísimo de honra para los amantes de la libertad, porque recuerda los prodigios de aquel Genio que de pie en medio de las conmociones de la naturaleza, sobre las ruinas de la Colonia, refrendaba sus juramentos de emanciparla, y lo consigue haciéndose superior á mil desgracias y contratiempos, fue concedido por el Ejecutivo Nacional al bachiller Hermoso. Este respetable anciano que vino al mundo y creció en aquellos inmortales días en que el clarín de la victoria y entusiastas cantos á la libertad de América, anunciaban los triunfos de los

famosos héroes de Colombia, recibió tal demostración de aprecio con enternecimiento, marcada y profunda gratitud.

Discípulos de Hermoso han sido el doctor Antonino Zárraga, pensador juicioso, escritor serio, de correctas formas, que ha figurado en elevada escala en nuestro país, y llegado á poseer un buen caudal de sólidos y variados conocimientos, ayudado en sus estudios por su prodigiosa memoria, verdaderamente excepcional; y fuera del país ha servido el Consulado General de Venezuela en Madrid: el cargo de Delegado de Venezuela al Congreso Hispano - Americano reunido en Madrid, el 10 de noviembre de 1900: merecido de la Reina Regente de España ser condecorado en la Orden de Isabel la Católica, y distinciones no menos honrosas de celebridades científicas de Europa; el doctor J. Graterol y Morles, médico sobresaliente y escritor notable, que dignifica el augusto sacerdocio que ejerce, como honra á su patria con sus relevantes virtudes cívicas; el bachiller José L. Andara, inteligencia clara y elevada, periodista de nervio, que brilla por su inspiración y por su estilo lleno y conciso; el bachiller Ramón Curiel Cutiño, poeta favorecido por las Musas, pues sus versos son floridos y hermosos, como brotados de espontánea y ardiente inspiración; el doctor Pedro Hermoso Tellería, joven de distinguida cultura é ilustración, de gran porvenir, pues ya su importante carrera pública se recomienda por hechos resaltantes que la honran y enaltecen; y figuran á la par de los citados, los señores Moris de Castro, Alvaro R. Alvarez, Nicolás Curiel Cutiño, Salomón López Fonseca, Jacobo Salcedo, Josué López, Horacio Reyes, y tantos otros más que sería largo enumerar.

Hermoso es miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia, y escritor distinguido; ha publicado obras de mérito, y redactado periódicos como "El Observador" y "El Comercio," que dieron á la

prensa coriana en sus primeros días, elevación y renombre.

Retirado desde el 90 á la vida privada del hogar, vive en él rindiendo culto á las letras, y á la dulce y santa religión de los afectos y recuerdos, que con frecuencia viene á ser en la postrimería de la existencia, para los seres bondadosos y buenos, el alma de todas las ideas y la poesía divina del sentimiento, que llena de dulcedumbres el corazón y de inefables alegrías el espíritu. Allí, á la apacible sombra de su dichoso hogar, entre su digna compañera y amorosos hijos, se suceden los preciosos días del virtuoso patriota, del venerable anciano. El calor vivificante del cariño de la familia, alienta su existencia y constituye su más preciado y valioso tesoro.

Aprovechando esta feliz ocasión, debo recordar que me dijo un amigo mío que ha vivido en Coro, y conoce íntimamente al señor Hermoso y su familia, que él y ella forman uno de esos admirables cuadros del hogar, que se recomiendan á la estimación y al aplauso de los que aman la tranquilidad y la paz íntima del alma, y miran en la dicha y las virtudes privadas, el aseguramiento de la ventura pública y de la honra de la Patria. También me dijo el citado amigo que el anciano bachiller Hermoso y su respetable compañera, rodeados de sus dignos, laboriosos y obedientes hijos, celebraron en 1888, con inusitada pompa y entusiasmo, sus bodas de oro, sus 50 años de recíproca compañía, felices, inolvidables, porque sólo los recuerdos del mutuo afecto, de la ternura, de la más culta y fina estimación, formaban la historia del medio siglo trascurrido, perdurando en los corazones de ambos. ¡Qué cuadro de felicidad tan admirable! El ángel del amor bien pudo contemplarle, y extender sobre él sus impalpables, blanquísimas y perfumadas alas.

Escrito lo que antecede, supimos que el bachiller Rafael R. Hermoso falleció en Coro, el día 22 del mes de octubre del año de 1898. Su muerte causó profunda sensación en aquella sociedad que tanto le estimaba, y en donde por larguísimo tiempo brillaron sus virtudes, y fue él e-

DOCTOR JUAN PABLO WHONSIEDLER

jemplo vivo de abnegación y perseverancia. Deja numerosa descendencia, digna del ilustre apellido que hereda.

Vean en este trabajo, mis estimados amigos, los hermanos doctor Pedro Hermoso Tellería y general Claudio Hermoso Tellería, hijos del célebre institutor, mi cariño por la memoria de tan eminente ciudadano, á quien sin haber tenido el honor de conocer personalmente, traté y quise, por el canje de las ideas en la comunión recíproca de nuestros pensamientos, con el afecto vivo y profundo que inspiran las letras, cuando comunican y hermanan los espíritus.

PBRO. DR JUAN PABLO WOHNSIEDLER

Vamos á rememorar la vida de un compatriota que supo elevarse en alas de la inteligencia, con el noble propósito y la cristiana inspiración, de dejar á la posteridad recuerdos de virtudes y vías luminosas que pudieran conducirla á su mayor perfección. La vida del doctor Wohnsiedler fue por extremo fecunda, pues durante ella, aquel insigne apóstol procuró enaltecer la sociedad con el ejemplo, y no omitió esfuerzos para predicar la paz y difundir la civilización. Alma grande y generosa, batalló por el triunfo del bien con abnegación sublime.

La capital del Estado Lara, Barquisimeto, cuna de varones eminentes, que han sobresalido por sus preclaros hechos y singular ingenio, puede ufanarse de contar entre sus hijos al egregio doctor Wohnsiedler, quien vió la primera luz en la referida capital, el 22 de marzo de 1846, teniendo por progenitores á don Jacobo Wohnsiedler, oriundo de Alemania, y á la señora María Clemencia Morán, descendiente de una de las más antiguas y notables familias de la ciudad del Tocuyo. Los virtuosos padres recibieron al niño como dón del cielo, y le miraban en el hogar con alegría indecible. Habían fundado en él grandes esperanzas, y al verle inocente y feliz, revelando inge-

nio y actividad, el amor paternal de los esposos Wohnsiedler, se complacía en sueños de ventura y de gloria para el hijo idolatrado.

Desde los más tempranos días de la niñez se cuidó con solícito interés de despertar en el doctor Wohnsiedler, el apego á los buenos principios, el deseo del trabajo y el amor á las virtudes fecundas del cristianismo. Como entretenimiento á sus juegos infantiles, puso en sus manos la cartilla, la señora María Isabel Tovar, institutora digna de honrosos recuerdos, por los servicios que con abnegación, en aquella memorable época, hizo en favor de la difusión de las letras. Con pequeños conocimientos, hábitos de correcta educación, y el anhelo de progresar en el aprendizaje, pasó el joven Wonhsiedler á la escuela que regentaba el inolvidable presbítero Juan Andrés Domínguez, donde permaneció hasta el año de 1854, en que estalló la revolución llamada la Restauración. De aquella escuela, con algún caudal de conocimientos, con alboradas de luz en el cerebro que revelaban el fuego de su tierna inteligencia, pasó á seguir sus estudios á la escuela pública regentada por el ilustrado señor Juan Manuel Alamo, y al lado de este maestro, continuó atesorando ideas en la ascensión de la difícil senda del saber, hasta que ennegrecido el cielo de la Patria, desencadenados los odios y revuelta la cólera vengativa de las pasiones políticas, surgió la guerra de la Federación. En aquellos días lúgubres, en que los gritos de guerra resonaban en todas partes, y el fusil y el cañón sembrando la desolación y la muerte, retumbaban hasta en nuestros más apartados desiertos, el joven Wohnsiedler, como en solitario y apacible retiro, se preparaba para la grande obra que con el tiempo había de efectuar, cultivando su espíritu en constantes estudios. Para él era una necesidad ensanchar el horizonte de su pensamiento, porque vivía anheloso de penetrar en los secretos de las ciencias, y creía que la actividad humana alcanza su mayor y más pura gloria, en el campo maravilloso de las ideas. Por eso, en clases priva-

das, sigue sus estudios con los maestros, Pbro. J. A. Domínguez, Domingo Fernández y Andrés Araujo, hasta el extremo de hacérsele familiar el idioma latino y perfeccionarse en el castellano, adquiriendo además otros conocimientos, tan útiles como variados.

Por lo que dejamos dicho, fácilmente se viene en conocimiento de que el joven Wohnsiedler, tenía especial predilección por el estudio, al cual había dedicado su vida, con ese hermoso entusiasmo con que en los días de la juventud se trabaja por los ideales que nos encantan. El no quería detenerse en su carrera y buscaba nuevo teatro á sus facultades ya cultivadas, á su inteligencia, ya ejercitada en las batallas del pensamiento. Así, enamorado del saber, buscando luz y nueva vida á sus ideas, en julio de 1861 marchó á Caracas, donde fue colocado en aquel magnífico semillero de hombres notables, en el célebre Seminario de Santa Rosa, en el cual prosiguió sus labores científicas observando ejemplar conducta, mereciendo el cariño de sus maestros y condiscípulos, hasta que en 1869, concluida brillantemente su carrera científica, recibió el grado de doctor en teología.

El hijo amoroso y agradecido, apenas ciñó á su frente el lauro académico, voló á la tierra natal donde su ausencia causaba tristezas á seres que le habían acariciado en la cuna, y dirigido sus primeros pasos por el camino de la ciencia y de la virtud, que él había sabido recorrer, ganando fama y conquistando triunfos.

El Ilustrísimo señor Obispo, doctor Víctor José Diez, de gratísima memoria, como hombre de vastos alcances, de ingenio é inteligencia sobresalientes, vió en el joven doctor Wohnsiedler una lumbrera que nacía, un espíritu constante para el bien, fuerte para el progreso é incansable para la civilización, el cual necesitaba campo donde dar á conocer las maravillosas virtudes de su actividad, y los nobilísimos ideales que encendían su cerebro, del cual brotaban por el verbo de la palabra, convertidos en raudales de luz. Deseoso el señor Obispo de utilizar los cono-

cimientos del doctor Wohnsiedler, le nombra Vice-Rector, y catedrático de filosofía y teología, del seminario de San Agustín, instalado el 3 de octubre del año de 1869. En setiembre de 1870, ascendió al Rectorado, por renuncia que de este cargo hizo el inteligente y virtuoso sacerdote, doctor Antonio María Durán, hoy dignísimo Obispo de Guayana. El doctor Wohnsiedler como sacerdote ilustrado y de sólidas virtudes comprendía que para la evangelización de las sociedades, trabajan con mayor éxito y gloria, los apóstoles que recorren el campo de la vida por rectos caminos, con el corazón animado por piadosas ideas y la inteligencia iluminada por la luz de la sabiduría. Por eso en el Seminario que dirigía, era incansable para sembrar virtudes en el corazón de los jóvenes levitas, y hacía de su palabra lengua de fuego, con la cual llegando á la inteligencia de sus discípulos, producía como un bello florecimiento intelectual, en aquella numerosa juventud, sonrisa de la vida, promesa halagadora del porvenir. En esta patriótica labor permaneció el doctor Wohnsiedler hasta la fecha en que se dió el Decreto por el cual quedaban extinguidos los seminarios en la República.

El doctor Wohnsiedler había contraído ya el hábito de la enseñanza, y por otra parte creía que formar ciudadanos buenos é instruídos, era labor digna del patriotismo, propia de un sacerdote cristiano, abanderado de la Cruz, glorioso símbolo de libertad y de progreso. Por ello reasumia su labor interrumpida, estableciendo el 14 de enero de 1878 un plantel de educación primaria y secundaria con el nombre de Escuela San Agustín, en recordación del extinguido Seminario del mismo nombre. La fama del maestro, el prestigio de sus virtudes y saber, fueron causa eficaz para que de diversas partes del Estado, acudieran jóvenes á recibir sus consejos y lecciones. El plantel progresó rápidamente, se llenó de alumnos, y prometía selecta y abundante cosecha de opimos frutos. Era necesario ensancharlo, y por ello le cambió el nombre de escuela por el de colegio, y obtuvo del Ejecutivo Nacional,

autorización para abrir los estudios filosóficos. Con esto el colegio toma una faz nueva, se dilató más y más la fama de su director, y fue entonces la labor del doctor Wohnsiedler, una sucesión de triunfos, en medio de legiones de jóvenes, que se formaban al lado de aquel insigne maestro, atesorando virtudes, luz é ideas. Ocho cursos de filosofía se leyeron, con resultados que iban siendo cada vez mayores, por el aumento del número de jóvenes que en aquellas gloriosas lides del saber, recibían los lauros del estudio, alcanzados con brillante honor. Verdaderamente fecundo fue el apostolado del doctor Wohnsiedler en los 14 años que regentó el Colegio San Agustín, el cual fue como un taller del estudio, donde se daba trabajo á todos los ramos de la actividad humana. Allí tenía esparcimiento el espíritu, como si estuviera en campo florecido, bajo espléndido cielo, con luz suave y brisa cargada de aromas. La ciencia, la literatura, las artes y otros conocimientos preciosos y útiles, hacían de los alumnos del Colegio San Agustín, un centro de actividad que encerraba en sí mismo múltiples y variados elementos, con los cuales se podía fácilmente demostrar que allí existía con vigorosa vida el progreso, y la civilización con grande aliento, marchaba por vías triunfales. Los actos literarios y religiosos de aquel plantel, eran magníficos, y sus gratos recuerdos perduran cual si fueran de ayer, en la sociedad barquisimetana. En uno de ellos, decía un ilustrado expectador: "el Colegio San Agustín se basta á sí mismo, porque su Junta Directiva, el orador de orden, los maestros de ceremonia, la orquesta, los decoradores, todos los que figuran como actores de la festividad, son, ó han sido sus alumnos." ¡Qué triunfos tan inmarcesibles son los alcanzados en el campo del saber, sobre todo cuando ellos auguran á la sociedad, días de paz y de ventura, de progreso y de gloria! Las ideas del apóstol y del maestro, se habían manifestado ya y seguían manifestándose en hermosísimo florecimiento en el campo virgen de la inteligencia de algunos millares de jóvenes, que hoy son honor de la sociedad y ornamento de la Patria. En el Estado Lara, y fuera de él, figuran dis-

cípulos del doctor Wohnsiedler, que con sus procederes dignifican la memoria del maestro. Basta decir que en el Estado veinte y seis sacerdotes formados por aquél, ejercen el ministerio cristiano en diversas poblaciones.

La fiebre amarilla invadió á Barquisimeto, é hizo sensibles víctimas entre los alumnos del Colegio San Agustín, y entonces aquel celoso propagandista de la enseñanza, con bastante pesar, cerró las puertas al templo del saber, donde había sabido oficiar, como apóstol de la ciencia y sacerdote augusto del amor cristiano. Era ya el doctor Wohnsiedler como el célebre don Egidio A. Montesinos, padre intelectual de varias generaciones del Occidente, que pregonando con hechos las virtudes y gloria del maestro, le rodeaban con admiración y respeto en el seno de una sociedad que se vanagloriaba de poseerle, y le quería con el cariño que inspiran las almas que dejando obras perdurables y útiles pasan entre los humanos como brisas del cielo. La ruda y constante labor de largos años resintió al fin la salud del doctor Wohnsiedler, pues en el Colegio él regentaba todas las clases, á excepción de la de música. No por ésto dejó de ser celoso propagandista del saber, ni activo y esforzado apóstol del progreso. Vivía entre la sociedad que honraba con sus virtudes é iluminaba con su saber, siendo "sal de la tierra y luz del mundo."

El doctor Wohnsiedler tradujo del texto latino la obra de filosofía de San Sulpicio, aumentándola é introduciendo en ella las correcciones que demandaba para adoptarla en su colegio; fundó un periódico religioso, titulado *La Caridad,* donde hizo excelentes publicaciones encaminadas á difundir la civilización cristiana, y á despertar en los ciudadanos, hábitos de moderación, de cultura, de respeto al orden, de amor al trabajo. La citada publicación alcanzó crédito y popularidad, y produjo saludables resultados, pues la palabra puesta en tipos, cobra especial autoridad, y más cuando es palabra de amor, de verdad y de ciencia, lanzada al público por un verdadero apóstol del adelantamiento social.

El doctor Wohnsiedler, en Caracas, durante su per-

manencia en el Seminario de Santa Rosa, siendo estudiante, dió clases á varios alumnos, figurando entre ellos, jóvenes de reconocida inteligencia, que han sobresalido después en el periodismo y en el campo de las letras, como el elocuente orador y periodista doctor Teodardo González.

En el Estado Lara la nómina de sus discípulos es larguísima, y figuran en ella el ilustrado jurisconsulto y políglota doctor Eliodoro Pineda, maestro de renombrados jóvenes, que ha servido con éxito brillante el Rectorado del Colegio Federal de Primera categoría del Estado Lara, y hecho tan notables servicios á la Patria en el ramo de la enseñanza, que en la memorable fecha del primero del mes de agosto del año de 1898, sus discípulos residentes en Barquisimeto, constituidos en sociedad, celebraron una velada artístico - literaria, para tributar al insigne maestro, doctor Pineda, pública y solemnísima manifestación de gratitud; y también honran al doctor Wohnsiedler, los inteligentes abogados doctores Manuel Silveira, Tomás Barradas, J. M. Alamo Dávila, Francisco Seijas, Antonio Alamo, Antonio S. Briceño, Guillermo Herrera Franco, L. Torres Heredia, Roberto Emilio Insausti, Paulo Emilio Avila, Juan Pablo Colmenares, Mariano Herrera, Félix Lander, Rogerio Alvarado, Rafael Hernández Vásquez, Benjamín Antich, Heraclio Riera; los sobresalientes médicos, doctores Carlos S. Tamayo, Juan Bautista Avila, Simón Wohnsiedler, Teodoro S. Barreto, Luis Domíngez T., Max. Alamo, Hilarión Seijas, José Isidoro Arroyo, José Elías Landines, Rafael Alcalá, Manuel Freites M., Juan María Escalona, Martín Alvizu S.; los ingenieros doctores: Antonio José Insausti, Atahualpa Domínguez T.; los presbíteros doctores José A. Lucena, Juan Bautista Falcón, Francisco María Arráiz, Jesús María Hurtado, Cipriano Torrealba Arráiz, Fidel R. Tovar, Jeremías Betancourt, Pedro M. Alvarado, Toribio A. V. Dudamel, Néstor R. Arráiz; los presbíteros bachilleres Manuel Felipe Yepes, Lisímaco Gutiérrez, Eduardo A. Alvarez, Luis Mendoza, José Antonio Gutiérrez, José S. Oropeza, David Varaona, Jesús María He

redia, Joaquín Pérez, Clodomiro González, José Arquímedes Torres, Felipe Aular, Pedro N. Parra, Teolindo Navarrete; los agricultores bachilleres Juan Jacinto Samuel Lara, Juan Moreno, Juan Bautista Liscano, Rafael Partidas, José María Alcalá, Gustavo Torres, Virgilio Alvarado, Heriberto Moreno Sosa, Antolino Partidas; los comerciantes bachilleres Francisco de P. Aldao, Alfonzo Ramírez, Juan Antonio Guillén, Felipe Valderrama,— notable poeta— Moisés Yánez, Francisco Wohnsiedler, Jesús María Piña, Severiano Jiménez, Lesmes Pérez, Carlos Luis Oberto, Luis Valderrama, Paulo Emilio Piña y Francisco Manuel Alvarez.

De ligero, sin datos, valiéndonos solamente de la memoria, ayudado de nuestro amigo y colega doctor Antonio Alamo, hemos formado la nómina que antecede, en la cual si bien es cierto que faltan numerosos y muy sobresalientes discípulos del doctor Wohnsiedler, no por ello deja de demostrase, con los nombres citados, que la labor del maestro fue fecunda en los múltiples ramos de la actividad humana, y que su obra perdura y sigue desarrollándose en más vasta escala, pues los cultivadores del progreso en el campo de la civilización, por la influencia y poder de las ideas, dejan con sus pensamientos, inculcada la savia de la propia vida, en la conciencia de las multitudes de que formaron parte, siendo directores del movimiento social.

Merecen recordación especial, por los asiduos y trascendentales que fueron, los abnegados servicios del doctor Wohnsiedler á la Diócesis de Barquisimeto. El fue en ella el gran colaborador del fecundo episcopado de Monseñor Diez.

El 28 de junio de 1897, á las nueve y media de la noche, lleno de cristiana resignación entregó su alma al Creador el inolvidable doctor Wohnsiedler. La noticia de su fallecimiento voló como lamento de dolor, por todo el Estado y fuera de él, pues no se rinde á la inexorable ley de la muerte, un bienhechor de los humanos, grande por su espíritu y admirable por las bondades del alma, sin que

su desaparición cause hondo vacío y produzca indecible tristeza en la sociedad donde fue como sol que dió luz, é hizo germinar el pensamiento y desarrollar el progreso intelectual. Podemos decir que para Barquisimeto fue un duelo universal el fallecimiento del doctor Wohnsiedler. El Gobierno, el Cabildo, el Clero, el pueblo, los diversos gremios sociales acudieron á la tumba del ilustre finado, á probar que no mueren los apóstoles del bien, sino para quedar bendecidos y viviendo entre alabanzas, en el corazón de los que les sobreviven.

El señor general Aquilino Juárez, para aquel entonces Presidente del Estado Lara, dispuso costear por cuenta de aquella Entidad federal, los gastos de la solemne inhumación del finado doctor Wohnsiedler; y contestando, el mismo señor general Presidente una comunicación á los miembros del Cabildo Diocesano, les dice entre otras cosas " que con motivo de la muerte del doctor Wohnsiedler ha probado nuestro inteligente pueblo que sabe muy bien colocarse siempre á la altura de sus deberes, estableciendo diferencia entre el amor y gratitud que debe á sus verdaderos bienhechores y el desdén consiguiente á los que no saben dominarlo por el corazón. Por eso le vimos como un solo hombre al rededor de aquella gloriosa tumba, sin distinción de clases ni rango, demostrando con diferentes caracteres de tristeza que sabía cuánto bien se le iba y cuán difícil de repararlo." Mi querido maestro y amigo el sabio presbítero doctor Juan Bautista Castro, en un interesante escrito publicado en el número 1721 de *La Religión,* refiriéndose á la grata memoria del doctor Wohnsiedler, se expresa así: "Amaba el estudio con noble y decidida pasión, y su puesto en las aulas fue siempre de honor, hasta que coronó una hermosa carrera de aplicación y de talento distinguido con el supremo lauro académico."

"Yo fuí su compañero y ocupé junto con él puesto en la Ilustre Universidad Central, y me sentía satisfecho del condiscípulo y amigo que tan justamente ganaba el premio del saber."

"Con el espíritu lleno de ciencia; con un corazón que amaba el Bien, apareció en su ciudad natal, y el Ilustrísimo señor Diez, Obispo de Barquisimeto, de grata memoria, le nombró casi inmediatamente, su Provisor: reconocimiento público y solemne, con que aquel venerable Prelado proclamaba los merecimientos del joven Sacerdote. Allá corrieron sus años bajo el peso de labor incesante. El Colegio de *San Agustín* fue su grande obra: de ahí salieron multitud de jóvenes, ricos en todos los ramos del saber humano, y que hoy rendirán, sin duda, tributo de lágrimas y gratitud al Maestro que con hábil y cariñosa mano los puso en la senda de honroso porvenir." El Ilustrísimo señor doctor Gregorio Rodríguez, dignísimo Obispo de Barquisimeto, en una pastoral dirigida á sus diocesanos, desde Caracas, y publicada en el número 1729 de *La Religión,* con motivo del fallecimiento del doctor Wohnsiedler, les dice entre múltiples razonamientos encaminados á honrar la memoria de aquel insigne ciudadano..... "Esa ciudad, que le vió nacer, que admiró su contracción por el espacio de un cuarto de siglo en el Colegio San Agustín, que tantos y tan bellos y nobles frutos ha dado; esa Iglesia, que fue testigo de sus eminentes servicios en los diversos puestos que ocupó, desde simple sacerdote hasta el cargo honrosísimo de Gobernador Eclesiástico y Vicario Capitular; esa sociedad, que admiró su desprendimiento, su caridad, sus virtudes todas; ese Clero, que veía en él las joyas y preseas valiosas de los Ministros del Altar; el Gobierno Supremo del Estado Lara y el de la Nación, con quienes conservó siempre las mejores relaciones dando á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, procediendo con una prudencia y tacto exquisitos; las distinciones de que fue objeto por parte de los Representantes de la Santa Sede, todo esto, Venerables cooperadores é hijos nuestros, manifestándonos el mérito singular del doctor Juan Pablo Wohnsiedler (q. e. p. d.) confirma nuestras palabras. En el hogar, en el templo, en la cátedra sagrada, en el confesonario, en las aulas, lo mismo que al frente del Gobierno de la

Diócesis, no hizo más que dejar huellas luminosas de su no común talento, de su consagración al cumplimiento de sus deberes y á las rudas tareas de sus elevados puestos, edificando al pueblo fiel con sus bellísimas cualidades. El doctor Juan Pablo Wohnsiedler ha rendido su jornada cargado de méritos, y su tránsito por esta peregrinación de la vida se señalará siempre por el recuerdo del bien que hizo. Nos, nos complacemos en recordar á todos nuestros caros diocesanos una vida tan bella y tan digna de ser imitada. No era un ángel el doctor Juan Pablo Wohnsiedler, pudo tener defectos porque ¿ quién no los tiene, siendo hombre? mas éstos, si los tuvo, desaparecen ante sus indiscutibles servicios en pro de la Iglesia, de la educación y de la sociedad. Dios, Juez Supremo de todos los vivientes, es el único cuyo juicio determina con rectitud; tócanos á nosotros ver lo bueno para imitarlo y tener presentes las palabras del Apóstol, vedándonos juzgar y sentenciar á nuestros hermanos. Son grandes los méritos que atesoró en la tierra, y esto hace más sensible su desaparición, más difícil de llenar el vacío que deja en las filas del Santuario, y ahonda más la pena de nuestro corazón. Que el grato recuerdo de las acciones que han tejido la corona áurea de nuestro estimable Provisor se grabe con caracteres indelebles en los corazones sacerdotales, para que sigan con paso firme el sendero de sus loables ejemplos, y en el de los fieles para que, recordando sus enseñanzas, procuren con las buenas obras hacer cierta y fecunda su vocación á la Religión Divina, que profesamos."

El día 28 del mes de junio del año de 1898, primer aniversario del fallecimiento del doctor Wohnsiedler, se celebró en la Catedral de Barquisimeto un suntuoso funeral. Pontificó el señor Obispo, doctor Rodríguez, y el inteligente presbítero bachiller Antonio Luis Mendoza, pronunció una notable oración fúnebre, en la cual narró con viva elocuencia la vida de aquel eximio apóstol. La sociedad barquisimetana obedeciendo al noble sentimiento de la gratitud, acordó colocar en la Capilla del Naza-

reno, en la Catedral, una lápida rememorando en ella á perpetuidad, en cortos y expresivos conceptos, la meritoria vida de tan ilustre sacerdote.

Así, á grandes rasgos, y del modo que nos lo han permitido nuestras facultades, dejamos trazada la meritísima vida del doctor Wohnsiedler. Ella está adornada de tantos méritos y virtudes, que su recuerdo sobrevivirá á la instable mudanza de las cosas humanas, y será estímulo y promesa, á los que fijándose en ella, sigan el camino de la virtud y de la ciencia.

Séanos permitido significar aquí nuestro agradecimiento al señor doctor Manuel Silveira, quien en carta particular se sirvió suministrarnos algunos interesantes datos relativos al doctor Wohnsiedler, los cuales hemos utilizado en el presente trabajo.

DOCTOR MIGUEL MACHADO

Digna de encomiarse es la vida de este benemérito apóstol de la enseñanza. Su existencia fue una constante lucha, que prueba la singular energía de su alma noble, generosa y grande. El desaliento no tuvo cabida en su corazón, pues en los más duros reveses, en los días de mayores infortunios, se engrandecía la fe de aquel apóstol, para seguir sus meritorios trabajos, hasta llegar al fin triunfador y feliz, al logro de sus patrióticas aspiraciones.

Ejemplos dignos de imitarse, ofrece el recuerdo de quien no detuvo sus pasos en el camino del bien, á pesar de los obstáculos que se le opusieron, y de las dificultades que unas tras otras, tuvo que ir venciendo. Bello ejemplo de constancia, que nos anima y da fortaleza para seguir la batalla de la existencia, en la cual son más dignos de alabanza y renombre, los que por un perseverante esfuerzo de la propia voluntad, triunfan y contribuyen eficazmente al perfeccionamiento social, patentizando por

DOCTOR MIGUEL MACHADO

modo elocuente, las maravillas del trabajo, los estímulos de la virtud y las glorias de la inteligencia.

El doctor Machado nació en Caracas el día nueve del mes de julio del año de 1837, teniendo por progenitores al señor Juan Nepumuceno Machado y la señora Teresa de Jesús Carmona, honrado comerciante aquél, y caritativa y piadosa élla, de tal modo, que era generalmente querida, y vive fresco todavía el recuerdo de su nombre, en corazones que la bendicen, á pesar de los largos años trascurridos. Aprendió las primeras letras con la señora María de la Luz Jordán, por los años de 1842, teniendo por compañero al inolvidable presbítero doctor Nicanor Rivero, escritor de fama, orador insigne, lumbrera de nuestro Clero. Pasó luego al Colegio de la Paz, regentado por el patriota José Ignacio Castillo, en donde cursó las clases de Gramática Castellana, bajo la dirección del doctor Perera, y las de Aritmética Práctica, escritura, lectura, urbanidad y Religión, con el señor Pedro Correa. Terminados estos estudios, entró en 1852, á cursar latinidad en el Seminario Tridentino, en la Cátedra servida por el honorable é ilustrado doctor Antonio José Rodríguez, Rector de la Ilustre Universidad Central, recibiendo después clases de Menores y Cuarto del señor Fernando Baquero. Del seminario pasó al Colegio Concordia, dirigido por los competentes doctores Ezequiel Contrera y José María Amitesarove, no pudiendo terminar sus estudios filosóficos en él, porque el referido colegio fue cerrado, y los cursantes de filosofía se incorporaron á los de la Universidad Central, donde recibieron el grado de Bachiller.

Alcanzado este lauro académico anhelaba el joven Machado, generalizar sus conocimientos en campo más grande para su actividad intelectual. Su padre, que conocía su amor al estudio, le mandó en el año de 1856 á un Colegio de Alemania, del Gran Ducado de Oldemburgo, dirigido por el Pastor protestante, doctor Kietzi. Allí tomaron sus estudios una faz nueva, hasta el extremo, al principio, de hacer uso del latín, para darse á entender. Al cabo de cuatro meses, á pesar de las dificultades que

ofrece el idioma alemán, lo manejaba con alguna facilidad, y valiéndose de él se entregó por completo al estudio. Al año de estar en el referido Colegio, fué conducido á Zergedorf, cerca de Hamburgo, al Colegio del doctor Federico Bulow, plantel tan acreditado que tenía 200 jóvenes de diversas nacionalidades. Allí se perfeccionó en el alemán, aprendió inglés y francés, y rehizo sus estudios de Geografía, Historia y Contabilidad, con los notables maestros, Andorf, Auhagen, Bettmam y Volf. Corrieron entonces para el doctor Machado días agradables y hermosos, en aquel jardín científico, entre placeres sencillos, las harmonías de diversos idiomas, las satisfacciones de la amistad y las delicias de oir recontar los adelantos humanos y los prodigios de la naturaleza, por pedagogos profundos.

Regresó á Venezuela en 1859, y en ese mismo año, en Caracas, principió á dar clases en las Escuelas Municipales, las únicas que entonces había, y también á domicilio, á las respetables familias del señor Valentín Espinal, Eduardo Gathmann, Julián y Ramón Montes de Oca, Víctor Sanabria y otros más. Así, dedicado á la enseñanza, por la cual sentía predilección, trascurrieron para el doctor Machado algunos años, hasta que después del triunfo de la Federación en 1863, el Ilustre Concejo Municipal de Caracas, le nombró Preceptor de la Escuela Municipal de Catedral, en cuyo Magisterio ensayó la enseñanza objetiva, y los métodos y procedimientos que había tenido ocasión de observar en Europa, obteniendo satisfactorios resultados. La escuela llegó á tener 200 alumnos, y figuraron en ella, el ilustrado y conocido periodista José Ignacio González Narvaez, los doctores Jesús María Sanabria, Pro. Calixto González, Jesus Lameda y Juan Francisco Hernandez, y muchos otros, que son hoy honra del sacerdocio, de las artes y de las letras. En esta misma época principió el doctor Machado sus estudios de Derecho Civil en la Universidad, y sin haberlos terminado contrajo matrimonio con la señorita Isabel Montero, hija del gran profesor y maestro José María Montero. Fue entonces para el doctor Machado, la vida una labor de múltiples traba-

jos, que requería una actividad excepcional, pues además de la escuela que regentaba, ya mencionada, atendía á las clases que recibía, daba él otras en diversos establecimientos, entre los cuales se encontraba el del Gremio de Artesanos, reunidos entonces bajo la protección del Mariscal Falcón, y dirigido por el inteligente y patriota Mariano Espinal. Verdaderamente fue esta una época de extraordinaria actividad, en la cual sólo tenía de descanso aquel hombre, espíritu batallador en el fecundo campo de las letras, de las once de la noche hasta las cuatro de la mañana, pues de esta hora al amanecer, daba clase de francés al señor José Trinidad Urdaneta, y recibía en cambio la de Teneduría de libros. El doctor Machado, no era rico, y sin embargo tenía todo lo que necesitaba, debido á sus constantes esfuerzos, dedicados al trabajo, del cual había hecho como una religión. ¡ Qué grandes aparecen esos espíritus, que se abren paso en la batalla de la vida, venciendo innúmeras dificultades, sin perder jamás el entusiasmo, por los bellos ideales! Ellos pregonan con sus hechos, los triunfos de la perseverancia, y demuestran que el trabajo inteligentemente dirigido, es siempre fuente de exuberante riqueza, timbre de honor y de gloria.

El año de 1870, después de larga y penosa jornada, con éxito brillante coronó Machado sus esfuerzos, recibiendo el grado de Doctor en Derecho Civil. Este triunfo, que le abría más amplios horizontes, donde él con su clara inteligencia y prodigiosa actividad, habría sabido conquistar fama y hacerse de valiosa y productiva clientela, no fue suficiente para disminuir siquiera sus ardientes deseos de seguir difundiendo la enseñanza. Podemos decir que celebró su triunfo académico, fundando el Colegio Concordia, en unión del Bachiller Jesús María Medina, con los alumnos de la Escuela Municipal que lo siguieron, y con los del Colegio de Avila, que se incorporaron, por haberlo querido así su Director, el señor doctor Teófilo Rodríguez, quien había sucedido en dicho cargo, al señor doctor Rafael Echezuría, malogrado el 70 en la toma de Caracas.

El 72, es decir, dos años después de fundado el Colegio Concordia, tuvo el doctor Machado la desgracia de perder á su señor padre, y este golpe, como era natural, lastimó profundamente su corazón, y resolvió entonces suprimir el Colegio, y sin abandonar á sus alumnos, pasó con ellos á la Universidad Central, y se incorporó al curso de Medicina el primero de setiembre del año referido, pronunciando en este mismo día el discurso de apertura de clases, el cual fue muy bien recibido por el auditorio, y por el ilustrado doctor Carlos Arvelo, á la sazón Rector de la Universidad. Ya el doctor Machado había hecho ventajosamente conocido su nombre pues era largo su apostolado en la enseñanza, y los resultados obtenidos pregonaban la virtud de sus esfuerzos. Sin duda por ello, ya al concluir sus estudios médicos, los cuales terminó después, fue llamado por el general Guzmán Blanco, para que fundara el Colegio de Segunda Categoría de Calabozo, donde incuestionablemente fueron utilísimos sus servicios á la bella causa de las letras, pues él hizo de aquella ciudad lo que había sido antes, un gran centro intelectual, donde la juventud estudiosa encontraba en tan ilustrado Pedagogo, oportunos consejos y lecciones llenas de sabiduría. Después sirvió el Colegio de Trujillo, el de Petare, el de Barcelona, otra vez el de Petare, el de Guarenas, y otra vez el de Calabozo ya elevado á Primera Categoría. Regentando respectivamente los diversos Colegios mencionados vino el doctor Machado hasta el año de 1896, en que se separó de Calabozo para fijarse en Caracas. Que esta larga labor, dadas las condiciones de actividad é inteligencia de aquel excelente maestro fue aquí, allá y donde quiera, útil á la sociedad y beneficiosa á la Patria, lo demuestra el brillante resultado de los hechos, pues discípulos de Machado en los diversos lugares citados honran la memoria del maestro. Su cátedra estuvo rodeada de numerosa juventud porque la palabra brotaba de sus labios con el poder y hermosura de la verdad. Hablaba del cultivo de las letras con el encanto con que él se había dedicado á generalizarlas, entre sus compatriotas. La

enseñanza era para él una tarea que animaba su espíritu, y le comunicaba esa especial elocuencia que necesitan los que siembran las ideas en las inteligencias, hiriéndolas al hablar como con rayos de luz.

Del 88 al 99 fundó el doctor Machado en Puerto España, el Colegio Venezuela, en el cual las clases de inglés, francés, alemán, italiano y castellano, eran servidas todas por aquel institutor. Es del caso recordar que en la nota biográfica del Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes, referente al políglota nombrado, entre otros conceptos que bastante le honran, se lée lo siguiente: "Volvió á Europa en 1887 y es fama que en una reunión científica, donde figuraban hombres de distintas nacionalidades, causó sorpresa la naturalidad con que hablaba á cada uno en su idioma. En su afán de servir á las letras divulgándolas, no ha abandonado nunca la misión de la enseñanza, ni han sido bastantes á retraerle los desengaños, ni los disturbios políticos, ni los deberes domésticos. En Venezuela ha fundado periódicos y dirigido como Rector varios Colegios. Las personas que le han oído aseguran que es un orador de primer orden, y bien se comprende cuánta no será la modestia de este ilustre profesor, que con tantas dotes y elementos ha podido vivir en silencio, ajeno á la fama y al aplauso.

A nosotros cumplía exhibir esta bella figura y lo hemos hecho para su gloria y para honra de la asociación literaria."

Discípulos del doctor Machado son los doctores Rafael Cabrera Malo, Francisco Monroy González, Pedro Veroes Rivas, Francisco Mier y Terán, Elías Martínez, Rafael Loreto Vautrai, Jonás González y muchos otros más, que en Barcelona, Trujillo, Guarenas, Petare, Calabozo, y Caracas reviven la fama de aquel maestro.

El doctor Miguel Machado pasó sus postreros días regentando en Caracas la Escuela de Artes y Oficios. En este cargo le sorprendió la última penosa enfermedad que le hizo rendir la jornada de la vida, el 11 de enero de 1898.

El dedicó por completo su existencia al apostolado de

la enseñanza, y sólo se detuvo en esta labor magnífica, cuando la mano implacable de la muerte, cortó el hilo de su brillante vida. Dejó una memoria grata, por sus obras y por sus virtudes, y por que en la vida social, se distinguía por su fina educación y cultos modales. Fue un padre de familia ejemplar, que se inspiraba en nobilísimos sentimientos. En carta particular al que estas líneas escribe, le decía pocos meses antes de su muerte: "Triunfos y reveses he tenido en el sublime apostolado de la enseñanza, y no tengo otra esperanza que haber hecho por mi patria todo el bien posible, para que mis hijos recojan las bendiciones de tántos á quienes he dirigido en el camino de las letras. Moriré como los veteranos de la Guardia, con la mecha en la mano y la sílaba en los labios....Quisiera que en mi tumba no se sembrara un rosal como á la de Pestalozzi, sino que se inscribiera en ella un pensamiento escrito en cuatro idiomas, que recordara á lo que dediqué mi existencia." Estas tan sentidas como elocuentes palabras proferidas casi al borde de la tumba, revelan la grandeza del alma de aquel ciudadano probo é ilustrado, que se consideraba dichoso de haber vivido para su patria, abrigando la esperanza de que sus hijos serían amparados por el recuerdo de su nombre. Este bello rasgo de sobresaliente virtud y patriotismo, es digno de rememorarse, para que sirva de estímulo á la juventud que se levanta. La patria es una segunda madre á la cual es necesario honrar y enaltecer con virtudes republicanas y abnegación patriótica.

Nuestro amigo el talentoso joven bachiller Emilio Machado Montero, meses antes de su temprano fallecimiento, solicitó de la Legislatura Nacional una pensión para la honorable viuda é hijas del señor doctor Miguel Machado. Se acordó este acto de incuestionable justicia. Los institutores patrios, que en lejanos días y en épocas de relativo atraso, difundieron la luz del saber, despertando el sentimiento por lo grande y por lo bello, al calor de la civilización, realizaron una obra de trascendentales resultados. Si es cierto que nuestra educación no corresponde por com-

pleto á las necesidades prácticas de la vida, porque no nos fijamos en la utilidad de los conocimientos, no por ello la obra deja de ser grande, meritoria y patriótica. A quien nos aseverara lo contrario, le diríamos con el señor doctor Eduardo Calcaño, lumbrera de nuestras letras. "Volved los ojos á los pueblos cuya alma se ha aridecido en la saciedad de los apetitos brutales, y han cerrado su corazón á las regeneradoras emociones del placer espiritual, y los veréis con literatura frívola, filosofía trivial, costumbres depravadas, la obscenidad como ideal, la podredumbre social, como objeto del arte, inhumanos en la victoria y ruines en el vencimiento, insolentes arriba y viles abajo, turbulentos en la libertad y serviles en el despotismo, demoliendo por todas partes creencias, virtudes, glorias humanas, el hogar donde se guarece la familia, el templo donde nos acogemos á Dios."

El doctor Machado tiene títulos para vivir en el recuerdo de la posteridad.

DOCTOR CARACCIOLO PARRA (1)

El que nace humilde y pobre; el que sin elementos los crea, lucha y vence en beneficio de la humanidad, es apóstol que en el tabor de sus propias virtudes, se glorifica engrandeciéndose. No por ello es menos meritoria la labor del que dedica la vida y bienes al ejercicio del bien, apartándose desde la juventud de los dulces halagos que rodean á los poderosos, para trabajar con ardor por el bienestar del pueblo, el progreso, la cultura intelectual y el glorioso imperio de la libertad.

Nos ocuparemos de una gloria nacional, de una de esas escasas figuras, que como la del malogrado Sucre, se presentan al pensamiento como soles sin manchas, luminosos, pero con luz más suave y grata, mientras más

(1) No hemos podido obtener su retrato.

se disfruta de ella. Tal es el anciano, doctor Caracciolo Parra, quien á las puertas de la tumba, sonreído y feliz, con la gallardía de un joven, prosigue la batalla de la vida.

Sonaba el clarín de la guerra, y famosas hazañas de los Libertadores de Colombia se divulgaban por el mundo en aquella memorable época, en que paladines de la gloria por amor á la libertad, habían conmovido el planeta, abatido tronos, creado derechos, roto cadenas, hecho surgir para la vida, como un nuevo día, pues hubo nuevos horizontes, nuevas auroras, más luz, y el siervo sintió la grandeza de su verbo, y pudo entonar el himno de su redención. Los destinos de las naciones se cambiaron, surgieron magníficos ideales, y el pensamiento por sendas luminosas y amplias, pudo proseguir su obra de regeneración y de perfeccionamiento, amparado por sorprendentes progresos, y sobre todo por la tolerancia, que es generosidad y civilización en los espíritus que comprenden la alta trascendencia moral que involucra el respeto á las opiniones ajenas.

Corría para nosotros el glorioso año de 1819. Nacía Colombia y era verdaderamente grande la fama de sus héroes ; sólida la ilustración de sus escritores; ardiente y magnífica la elocuencia de sus oradores, y descollante, inmensamente sobresaliente, el caudillo afortunado que libertaba pueblos y creaba Repúblicas. En este año, el día 4 del mes de junio, nació en la histórica ciudad de Trujillo, el eminente ciudadano á que nos referimos. Vino al mundo cuando el patriotismo de nuestros progenitores realizaba prodigios, y entre dos océanos, magnífica se alzaba Colombia, radiosa, coronada de laureles. La felicidad nos hacía compañía y el angel de la gloria podía batir ufano sus brillantes alas, sobre la obra maravillosa de nuestros heroísmos y virtudes.

El señor Miguel de la Parra, natural de Trujillo, y Ana Olmedo, de Valladolid en España, fueron los progenitores del doctor Caracciolo Parra. Corrieron los

doce primeros años de su edad á la apacible sombra del hogar, espejo donde sólo se reproducían virtudes, visibles á los ojos del espíritu, sensibles á los nobles anhelos del corazón. Aquel niño, cuando abrió su razón á las expansiones del pensamiento, ya recibía sabias lecciones, aprendía con ejemplos diarios las reglas del bien vivir, y podía inspirarse en los bellos ideales del progreso moral, en el más acendrado patriotismo y en el más decidido entusiasmo por los triunfos de la civilización No es de extrañar, pues, que sin haber llegado á la adolescencia, se comportase como hombre, y sus padres, confiados en su rectitud y virtudes, le enviaran en 1833, con sus hermanos Miguel y Antonio, á la Universidad de Mérida, hoy de Los Andes. Se alejaba del hogar paterno, lleno de tristezas por los seres queridos que dejaba, más en su rostro de niño se trasparentaba la energía del alma y la serenidad del valor: sentía los ideales del entusiasmo por las letras, que le inspiraban, y se prometía triunfos para el porvenir. ¿Qué bello debió parecer á sus padres aquel adolescente, que pudiendo recordar el dulce néctar de la leche materna en los labios, resiste la cruel y dolorosa separación, hombreándose con el pesar, en aquella su primera y dificilísima campaña de la vida? El hogar es, al propio tiempo, amor y cielo: la niñez que lo abandona, sigue siempre agria cuesta. Sólo al lado de los padres se siente el calor de indecibles amores y se goza de la dicha al amparo del angel de la felicidad.

Como el Seminario y la Universidad para aquel entonces formaban un solo instituto, reunidos en un mismo local, Parra vistió la veca del seminarista, y como colegial, terminó sus estudios de latín en 1835. Un bello y extenso campo iba á ofrecerse á la clara inteligencia de aquel joven, en el estudio de la Filosofía que tiene encantos innumerables para el espíritu. Con ardor creciente siguió su carrera literaria, y el tiempo fue escaso para los libros, que fueron sus inseparables y confidentes amigos. La filosofía elevaba sus ideas, el estudio

iluminaba su inteligencia y su perseverancia vencía arduas dificultades. Los progresos eran rápidos, los triunfos seguidos, y por ello el día 31 del mes de agosto de 1837 ya con caudal propio de ideas y de doctrina, después de brillantes exámenes, recibió el grado de Bachiller en ciencias filosóficas. ¡Qué bellos son esos triunfos para la juventud! ¿Quién á los veinte años no considera doblemente hermosa la vida, si se siente feliz y marcha al porvenir agasajado por la fortuna, conquistando aplausos? Es más bello el sol en un día de hermosa primavera, cuando sus rayos matinales caen en campos esmaltados de flores.

El joven Parra emprende el estudio de la Jurisprudencia y asiste á las cátedras de Teología y Cánones, que en aquel tiempo eran obligatorias para los que se dedicaban al Foro. Cuatro años de labor intelectual, entusiasta y asidua, le hacen posesionarse de profundos y variados conocimientos en la noble ciencia del Derecho, cuyo apostolado por excelso le atrae. Aspira al primer lauro en la ciencia de sus afectos y lo alcanza demostrando copiosos conocimientos. Rinde brillantes exámenes y, el día 20 del mes de julio de 1841, recibe el grado de Bachiller en Jurisprudencia.

El viajero que se remonta á la cumbre de alta y florecida montaña rodeada de verdes valles, de alegres fuentes y laboriosos moradores, á medida que asciende, nuevos y magníficos panoramas se ofrecen á su vista: así la ciencia para los apóstoles que la cultivan, detrás de un horizonte, ofrece otro más hermoso y más claro; á cada alegría del espíritu por un triunfo de la inteligencia, se ensancha la vida, y brotan nuevas esperanzas, y se esperan más grandes indecibles encantos. Tal le aconteció á Parra, cuando recibió el grado de Bachiller en Jurisprudencia. Más vehemente ardor se apoderó de su espíritu por el cultivo de la ciencia, y buscando nuevo y más extenso teatro á sus anhelos generosos, resuelve terminar su carrera científica en la Universidad

Central de Caracas, propósito que aplauden sus amorosos padres, y al efecto lo envían á la capital, con el doctor Antonio Parra, su hermano.

Una nueva vida principia para el estudioso joven. En un teatro para él desconocido, con profesores nuevos, sin amigos, lejos del hogar, ese pedazo de cielo indeciblemente más adorable en su ausencia, su corazón no vaciló, porque su inteligencia tenía un rumbo y la voluntad firme, hacía menos viva la herida del dolor. Si en el agrio camino había guijarros y ramas punzadoras que azotaran el rostro, en el alma rebosaba la esperanza y al término de la jornada lucían brillantes las palmas del triunfo. ¿Que placer hay comparable á la realización de los anhelos del espíritu cuando el amor los inspira y el corazón los siente ? Parra por su inteligencia, por su conducta correcta, por su fina educación, se hizo de generales simpatías y tuvo amigos, y sus maestros le quisieron, y su vida se deslizó feliz entre seres que apreciaban sus virtudes. Así permaneció en Caracas hasta recibir el grado de Licenciado el 23 de setiembre de 1843, el de Doctor en Derecho Civil el 1o. de octubre siguiente y el 5 del mismo mes, la aprobación de la Corte Superior de Justicia del segundo Distrito, previos los exámenes de Ley, para ejercer la profesión de abogado.

Había llegado al término de la jornada emprendida el perseverante y estudioso joven. Largo era el camino recorrido y numerosos los triunfos alcanzados. Los bellos ideales de la juventud estaban realizados y para aquel espíritu batallador y fuerte, el combate de la vida ofrecía singulares atractivos. Por ello, Caracas no le detiene con sus encantos, pues apenas lleva á su frente la corona del triunfo cuando emprende su regreso al hogar donde tiene la dicha de hallar á sus amorosos padres, y de oír de sus labios trémulos por la alegría, esos coloquios inenarrables del amor más generoso y entrañable conocido del hombre. El alma aleja de sí hasta el último sedimento de nuestra frágil naturaleza, cuando

remirada en otra alma, encarnación suya, se desprende de sí misma, para ser ternura, felicidad y amor.

Deliciosos meses trascurrieron en aquel venturoso hogar. El cariño y la gratitud del hijo hacía más intensa la dicha de sus amantes padres. A pesar de estos tan dulces lazos, el doctor Parra, enamorado siempre del estudio y anheloso de generalizar sus conocimientos, desde Trujillo hace oposición á la Cátedra de Economía Política y Legislación Uuiversal, mandada á instalar en la Universidad de Mérida, y fue nombrado su primer profesor por la Junta de Gobierno y examinadores, entre varios opositores. Volvía el hijo agradecido con gran caudal de luz, á la madre augusta de tanto varón intelectual sobresaliente. Ocupó su Cátedra el 14 de setiembre de 1844, y durante más de medio siglo ha vibrado su palabra ilustrada y elocuente, llevando al cerebro de varias generaciones las trascendentales enseñanzas, acaso de la más bella rama de las ciencias sociales y de los principios que informan la vida de los pueblos, al hacerse día por día más justicieros en el desenvolvimiento progresivo de la civilización.

Mérida, ciudad de hombres ilustres y de damas bellas y virtuosas, de singulares timbres y glorias, alzada majestuosa en delicioso valle, cercada de alegres y límpidos ríos, teniendo á sus espaldas mantos de verdura seguidos de escarpada montaña, coronada con eternos y diamantinos cristales, debió merecer y mereció del doctor Parra que la declarara la Patria adoptiva de su corazón. En ella, el año de 1845, contrajo matrimonio con la distinguida señorita Julia Picón y constituyó un hogar por todos respectos honorabilísimo, donde se formaron catorce hijos, diez varones y cuatro hembras, dignos todos de sus virtuosos progenitores, pues unos en la medicina,otros en el comercio, quienes en la abogacía, aquellos en el hogar, todos han sido útiles á la Patria.

La labor del doctor Parra ha sido múltiple, constan-

te y fecunda. En la Universidad, como Catedrático y Rector; en los Juzgados del Estado, como Juez; en los Concejos Municipales, como esforzado propulsor de todo progreso; en las Juntas de Fomento, voz de aliento para arbitrar recursos y allanar dificultades; en el Congreso Nacional, donde supo velar por los intereses de la República; en las Legislaturas de los Estados, donde su palabra ha sido acierto y luz; en las Cortes de Justicia, donde su austeridad y rectitud han enaltecido el augusto apostolado del derecho; en los torneos literarios, donde el verbo de la elocuencia debía enaltecer la gloria de nuestros Libertadores; en las sociedades donde la caridad bendita reclamaba generosidad y amor; en donde hacía ruido la pica del progreso, allí estaba su brazo; en donde la inteligencia vencía, resonaba su aplauso; en toda obra buena, fueron espontáneos sus esfuerzos, decidida su voluntad y oportuna su contribución. Tan eminente ciudadano ha merecido del Gobierno de su Patria distinguidos y honoríficos recuerdos. Ha solicitado su contingente para obras que reclamaban alteza de ingenio, y le ha premiado con medallas y con el Busto del Libertador. Y no solamente en Venezuela han sido reconocidos los valiosos trabajos de tan constante divulgador de los conocimientos humanos, sino en el extranjero, pues Academias literarias y científicas, ora de Italia, ora de París, Bélgica, Berlín y Madrid, le han honrado con diplomas concebidos en términos altamente favorables. El doctor Parra es amante tan fervoroso de las letras, amigo tan entusiasta de la juventud, y siente su vocación para el magistrado, tan pronunciada, que habiendo sido nombrado el 59 Ministro de una Corte con $ 200 de sueldo al mes, creyó incompatible este cargo con el de catedrático de la Universidad y se dirigió á quien le nombró exponiéndole sus dudas, pero haciendo constar que en todo caso prefería su cátedra á cualquier otro destino que le apartara de la enseñanza. ¡Qué deleitable atracción tienen estos bellos rasgos de las almas

grandes, para las cuales nada hay comparable á la verdad y al ejercicio abnegado del bien!

El doctor Parra hace 60 años viene sirviendo de modo muy especial á la Universidad de Los Andes, ora como catedrático en diversas asignaturas, ora como Rector; pero el período que representa la obra magna de sus esfuerzos, es el comprendido de 1887, al 19 de abril de 1900, en que, al frente del Instituto, realizó en él grandes y utilísimas transformaciones y creó obras, como el Jardín Botánico, el Gabinete de Física, la Biblioteca, el Museo, Salón para actos públicos, Torre para Observatorio Astronómico, y el Anuario, que hace conocer la historia del célebre Instituto universitario y revela por modo espléndido la avanzada cultura intelectual de los heroicos andinos.

Enumerar detalladamente la labor del doctor Parra sería en cierto modo historiar más de medio siglo de las regiones andinas y señalar numerosísimas personalidades que cada cual reclama especiales consideraciones, y que en conjunto han abarcado todos los ramos de la actividad humana, sobresaliendo unos en las ciencias, otros en las artes, aquéllos en la Administración, quienes en la literatura y todos en el escenario de la Patria, como meritorios ciudadanos.

El 19 de abril de 1900 entregó el Rectorado el doctor Parra al doctor Pedro de J. Godoy, y alegre y feliz volvió al hogar, á gozar de la tranquilidad que reclaman los avanzados días de su venerable vejez. Tal acontecimiento produjo una conmoción social para rendir homenajes de admiración y gratitud al patriota benefactor de pueblos y hombres. Se publicaron en su favor manifestaciones honrosísimas, por todos los gremios sociales. En una de ellas se dice: "larga y brillante es la relación de todos sus servicios universitarios, que empiezan desde hace más de medio siglo. El nombre, pues, del doctor Caracciolo Parra queda inscrito de una manera gloriosa é indeleble en los anales de la Universidad de Los An-

des; y por ello nos complacemos en hacerle esta espontánea manifestación de gratitud y simpatía al separarse del Rectorado en que, por designación del Ejecutivo Nacional, entra á sucederle un antiguo y respetable académico de reconocida competencia. Y en 'Los Ecos del Zulia," y en "La Prensa," y en "El Colaborador Andino," y en "El Tiempo," y en otros respetables periódicos, se leen notables escritos de ilustrados pensadores que le encomian, de sociedades que le aplauden, de admiradores que pregonan sus méritos, del Colegio de Ingenieros de Venezuela, que "alaba el interés patriótico de todos sus actos." Citemos siquiera de "El Posta Andino" los siguientes conceptos: "La Universidad de Los Andes adeuda al doctor Parra inmensos beneficios, reales y ciertos; quizás desde la fundación del Instituto, ningún Rector se habrá esforzado tanto por su adelanto y engrandecimiento como lo ha hecho el honorable y benemérito doctor Parra; nadie con mayor entusiasmo y honradez se dedicó á levantar el edificio universitario, con las economías que pudo reunir y lo poco que en ciertas épocas dieron los Gobiernos del Estado, pues el de la Nación permaneció sordo ante las exigencias constantes que le hiciera el doctor Parra. Así es que lo que ha hecho el eminente y digno Rector saliente es por demás encomiable en estos tiempos, en que muy pocos son los que se preocupan por el bienestar y adelanto, siendo singularísima excepción el decano y honorable profesor que ha venido desempeñando el Rectorado en los últimos años, quien, á costa de muchos sacrificios, fundó el Jardín Botánico y la Oficina Meteorológica, construyó edificios de importancia, encargó y compró instrumentos, muebles y aparatos para el Instituto, organizó muy bien la Biblioteca, que estaba abandonada, fundó el "Anuario," publicación muy necesaria y que creemos nunca había existido, realzó los actos públicos que tan decaídos estaban é hizo otras muchas obras que en el momento no recordamos."

"Nuestro cordialísimo saludo para el incansable y distinguido empleado que ha realzado el primer Instituto andino, el que debe entregar satisfecho por haber cumplido á cabalidad los grandes deberes que se impuso desde que se encargó del Rectorado."

Juzgo oportuno hacer aquí un somerísimo historial acerca de la Universidad de Los Andes, tan célebre en nuestros anales científicos. El Instituto desde 1795 hasta 1830 fue casi enteramente eclesiástico. Desde esta última fecha un nuevo rumbo toman en él los estudios, y la nómina de sus Rectores es así: de 1830 á 1834, el Ilustrísimo señor doctor Ignacio Fernández Peña; del 34 al 36 el doctor Sulpicio Frías; del 36 al 38 el doctor Rafael Alvarado; del 38 al 41 el doctor Agustín Chipía; del 41 al 43 el mismo doctor Chipía; del 43 al 46 el doctor Rafael Alvarado; del 46 al 49 el doctor José Francisco Mas y Rubí; del 49 al 52 el mismo doctor Mas y Rubí; del 52 al 55 el doctor Eloy Paredes; del 55 al 58 el doctor Ciriaco Piñeiro; del 58 al 62 el doctor Juan Arellano; del 62 al 63, el doctor Francisco Jugo; del 63 al 66, el doctor Caracciolo Parra; del 66 al 69, el Pbro. doctor José Francisco Mas y Rubí; del 69 al 72 el doctor Pedro Monsalve; del 72 al 75, el doctor Foción Febres Cordero; del 75 al 78, el doctor José de Jesús Avila; del 78 al 81, el mismo doctor Avila; del 81 al 84, el doctor Gabriel Picón Febres; del 84 al 87, los doctores Pedro de J. Godoy, Domingo Hernández Bello, Lope María Tejera; del 87 al 19 de abril de 1900 el doctor Caracciolo Parra, á quien sucedió el doctor Pedro de J. Godoy, y á éste el actual Rector doctor Asisclo Bustamante. No puede ser más benemérita y honorable la lista de los directores de aquel centro intelectual, que tantos hombres eminentemente distinguidos ha dado á la República.

La nómina de los discípulos del doctor Parra es extensísima, y muchos de ellos por sus eminentes virtudes, dotes de carácter é ingenio, merecen estudio especial: mas ya que esto no es posible por la índole de este traba-

jo, citaremos los nombres de algunos que por sí mismos se recomiendan. Son ventajosamente conocidos en el País, los doctores Ilustrísimo señor Tomás Zerpa, Miguel Nicandro Guerrero, Víctor Alvarado, Agustín Camargo, (colombiano) José de Jesús Betancourt, Benedicto Galvis, Manuel Troconis, José María Salas, Pedro de Jesús Godoy, Gabriel Briceño, José de la Paz Fernández, Candelario Contreras, Francisco Jugo, Pro. José Concepción Acevedo, Pro. Enrique María Castro, Fafael J. Castillo, Mariano de Jesús Contreras, Foción Febres Cordero, José Ignacio Cárdenas, Paulo Emilio Morales, Pedro María Uzcátegui, José de la A. González, Manuel María Salas, Gabriel Picón Febres, Ramón Perdomo, Buenaventura Lacruz, José Manuel Gabaldón, Froilán Gabaldón, Mauricio Delpino, Pío León, J. Rafael Almarza, Leopoldo Torres, Benjamín Qüenza, Pedro María Arellano, José de Jesús Dávila, Miguel Parra Picón, Francisco A. Parra Picón, Agustín Carrillo, Juan Antonio Ovalles, Luis María Castillo, Santiago Briceño, Francisco Baptista, Federico Baptista, Asisclo Bustamante, Antonio María Uzcátegui, Juan Nepomuceno Monsant, Manuel González Moreno, Francisco Antonio Celis, Abel Montilla, Juan Antonio Paredes, Jesús Urdaneta Maya, Fernando Mora, Emilio Maldonado, Tulio Febres Cordero, Leonidas Urdaneta, Benito G. Andueza, Federico Bazó, Abel Santos, José Abdón Vivas, Elías Urdaneta, Juan Bautista Chávez, Mariano Contreras Troconis, Gonzalo Bernal, Diego Matute, Ramón de la C. Torres, Sixto Sánchez, Carlos Luis Febres Cordero, Alfonso Bazó, Leonidas Blanco, Avelino Ramírez, Jesús Uzcátegui U. Pedro María Morantes, Julio Salas, Inocente de Jesús Quevedo, Alfredo Carrillo, Antonio Justo Silva, Angel María Godoy, Manuel Troconis Briceño, Pedro María Parra, Salvador Rivas, Miguel Valero, Marcial Hernández, Víctor R. Ramírez, Zacarías Sánchez, Francisco E. Niño, Henrique Urdaneta Maya, Fabio E. Febres Cordero, Pedro C. Trejo, N. Sánchez, Eduardo Febres Cordero, Marcelino Ro-

mán, Juan Antonio Gil, Andrés Quintero, Rubén González, Horacio Chacón, Ramón Almarza, José de Jesús Gabaldón G., y tantos, y tantos otros más.

Abramos un paréntesis que será arco de luz para un hecho de alta trascendencia moral, que enaltece por modo excelso la labor del doctor Parra, y merece rememorarse, porque prueba el poder de la Ley, la influencia de la costumbre, la virtud del patriotismo, y enseña, produciendo inefable satisfacción en el espíritu, cuánto el agradecimiento ennoblece y eleva los corazones.

En la isla de Sicilia las ciudades eran víctimas de la tiranía, y sobre todo Siracusa, donde la crueldad humana se singularizó horrorosamente, agotando sobre sus víctimas, los refinamientos del crimen. Los sicilianos imploraron auxilio y los corintios enviaron fuerzas mandadas por Timoleón, hombre de singular grandeza de alma. Librada la ciudad del poder de la tiranía, el Jefe triunfador hizo echar pregón invitando á concurrir con sus respectivas piquetas á todos aquellos que quisieran demoler, no sólo el alcázar sino las casas y monumentos de los tiranos. Reducidas á polvo aquellas siniestras mansiones del oprobio humano, hizo igualar y limpiar el suelo, y edificó en el mismo lugar los Tribunales, donde la Justicia tuvo apóstoles, la verdad adeptos, la libertad legítimos fueros y el error, vilipendios. El orden se impuso y fue una consecuencia necesaria del ánimo de hombres convencidos, el dulce apego á la Patria, para hacerla feliz y engrandecerla. De lejanos pueblos y lugares vinieron á millares las víctimas de la tiranía, á gozar de la seguridad de la vida en aquel glorioso alcázar de la libertad, representado entonces en los corazones de hombres patriotas. Poco tiempo después de verificada esta grande obra, y de generalizarla en otras ciudades de la isla, empezó á acortársele la vista á Timoleón, la cual perdió del todo. Y ciego vivió entre los siracusanos mereciendo los más grandes honores; le consultaban todo asunto importante; llevaban á los viajeros para que

le vieran; contaban con orgullo que hubiera preferido quedarse en Siracusa á regresar victorioso á la Grecia; rodearon su vejez de los encantos de la juventud, que le aplaudía y le admiraba; del respeto cariñoso del pueblo que feliz y próspero observaba las leyes. Timoleón vivía en el amor de su pueblo redimido, y por ello su muerte fue un dolor agudo para todos, que produjo lágrimas sentidas y llenó de tristezas innumerables corazones. El pueblo educado ya en la práctica del deber, no olvidó la memoria gloriosa de su Benefactor, y por largos tiempos gozó de la inapreciable dicha de la libertad en medio de un bienestar creado por el ejercicio de fecundas virtudes.

Acabamos de ver como la energía de un hombre virtuoso y abnegado, generalizando en un pueblo profundamente degradado por los vicios y por las más tristes servidumbres, el respeto á las leyes, logró elevarlo á singular altura moral, haciendo de él, insuperable dechado de patriotismo y de virtudes, recordado siempre con deleitable encanto.

Si queremos glorificar la República y vivir también prósperos y felices, destruyamos en nosotros mismos los alcázares de la tiranía, es decir, los vicios y hábitos perniciosos que nos debilitan y empequeñecen. No busquemos el mal lejos de su centro: no tratemos de modificar más y más nuestras leyes, que son buenas y encarnan los más avanzados principios de la civilización; no creamos en ese decantado progreso intelectual, de regeneración por las ideas, de hombres y de jóvenes, en quienes no andan hermanados, y sí á veces muy distantes, sus respectivos procederes, con el concepto dicho y escrito; no fundemos esperanzas en el patriotismo de los que no enaltecieron la República, cuando la sirvieron en puestos más ó menos eminentes; no alabemos lo mejor cuando vamos á seguir lo peor; conservemos algún resto de pudor, respetemos las leyes, procedamos bien, y regenerados á la luz apacible de la verdad, llevaremos la Patria

adorable, á la altura gloriosa de sus días genésicos é inmortales.

Tal es el bello ideal de aquel gran patriota y civilizador andino, que durante sesenta años, ha sido apóstol de las leyes con su palabra y con su ejemplo.

El doctor Parra está á la altura de la época moderna, pero no desconoce que el tiempo pasado tiene sus méritos, y que la ley del adelantamiento humano porque es compleja, es una concatenación de fuerzas del pasado y del presente, de las cuales surge el porvenir. El sabe que la generalización de los conocimientos puramente instructivos no forma sociedades aptas para el combate de la vida, y crea una situación anormal que socialmente se resuelve demostrando el grave error cometido, y poniendo en evidencia que en el desarrollo del progreso y de la civilización, entran elementos de diversa índole, indispensables los unos á los otros.

Formarse un concepto verdadero de la existencia, es tener mucho adelantado en el camino de la vida. Los que juzgan de las cosas por sus apariencias ; los que no reflexionan; los que no creen en la eficacia del trabajo perseverante; los que no aprecian la dinámica social como conjunto de combinadas, diversas fuerzas; los que sólo aspiran al placer de vivir y á la gloria de triunfar, sin virtudes, sin esfuerzos, sin inteligencia, son parásitos de la humanidad, seres degenerados, inútiles para el bien. Ningún pensamiento bueno es estéril, y toda idea útil llevada á la conciencia tiene su día, en que germina radiante y brota hermosa, á iluminar espíritus y á cautivar corazones. Y si esto es así ¿cómo desconocer la eficacia redentora del trabajo, nobilísima y excelsa virtud bajo cualquier faz que se la considere? Están en grave error los que influidos por nuestro medio intelectual y las costumbres imperantes, no tienen en alto aprecio á los obreros del progreso material, cuando figuran en algún arte ú oficio, de esos que la pretensión inflada,

el miserable orgullo, consideran deprimentes, como si el trabajo pudiera deshonrar, y la seguridad de ganar la vida con independencia, no fuera gloria envidiable por espíritus dignos y elevados.

Con razón dijo en la edición de gala de la "Restauración Liberal," correspondiente al día primero de este siglo, el ilustrado periodista é historiador doctor Francisco González Guinán : "quiera Dios que para el siglo que hoy se inicia, aprovechando los elementos que ya hemos adquirido, hagamos la civilización de los venezolanos más práctica y menos ideológica, más humana y menos apasionada, más productiva aunque menos brillante ; á fin de que se aminore un tanto la ya copiosa corriente de literatos, periodistas, oradores, políticos, ingenieros, médicos y abogados y se establezca otra corriente de botánicos, de mineros, de agricultores, de criadores, de químicos y de artesanos que tomen á su cargo la noble tarea de levantar y de llevar á su grado máximo la riqueza nacional, única fuente de reposo y de felicidad para todas las naciones."

En nuestra juventud, por raza y por educación idealista y soñadora, predomina el pensamiento de que se debe marchar volando, y de que desde el principio se debe aparecer como sobre cumbres, recibiendo aplausos, alcanzando triunfos. ¡ A tantos y cuán profundos desengaños llevan tan erróneas y nocivas ideas! El joven que impulsado por ellas se lanza á recorrer los agrios senderos de la vida, creyéndolos alfombrados de rosas, sin energías en el espíritu, sin anhelos generosos en el corazón, sin valor, y sin esperanzas bien fundadas, casi siempre se considera perdido, por no haber recibido una educación práctica, y retrocede ó se queda á la orilla de la vía, con el alma muerta para las ilusiones y los triunfos de la gloria. ¡Cuán triste es que por falta de instrucción apta para el medio social, de esfuerzos y de virtudes, se reniegue de la vida en la primavera de la juventud y se esquive el combate, cuando el cuerpo lo necesita y la san-

gre debiera reclamarlo! Dejemos á esos renegados del porvenir, cadáveres morales, que llevando en los labios la bella sonrisa de los primeros años, se agitan acercándose á eterna y oprobiosa ignominia, cuando debieran ser heraldos de toda buena nueva.

Formar buenos ciudadanos es la labor más grande para un verdadero patriota, porque es la más útil para la República. Los que velan de este modo por el buen nombre nacional, comprenden que no se puede hacer nada estable, donde no hay sanas costumbres, virtudes cívicas, nobles ideales, caracteres, masa social resistente á las extralimitaciones de los que mandan. Quieren hombres en toda la acepción de la palabra, conscientes, prudentes y valerosos en el ejercicio de sus derechos. Al meditar en la obra redentora del doctor Parra, es propicio decir, con uno de nuestros más célebres jurisconsultos. ¡" Qué triste cosa es la servidumbre voluntaria! En el esclavo forzado de todos los tiempos, ha habido yá la altivez, esto es, la dignidad que hizo héroes á Euno, Atenión y Espartaco, yá la resignación no menos heróica de tolerar la injusticia amparada de la fuerza; el siervo voluntario menosprecia la nobleza de su ser racional y ofende la majestad de Dios, que le creó libre y encendió en su corazón el sentimiento del orgullo, para que no rindiese culto sino á la virtud y á la ciencia. El hombre es libre: Dios que desata el rayo, enfurece las olas y recoge los vientos, y limita el instinto del bruto, ha querido dejarle dueño de sus acciones. Herir la libertad del hombre, dice un escritor célebre, no es solamente empequeñecerle, sino cambiar su naturaleza: es hacerle, hasta donde la opresión se ejerce, imperceptible: es despojarle de su semejanza con el Creador: es mancillar en su noble faz el soplo de vida que la ilumina desde su origen."

" Nó; la libertad política no puede existir allí, donde el hombre lleva al Mercado su libertad moral. No hubo Fociones ni Trasíbulos en la Grecia degenerada: no hubo Cincinatos ni Publícolas en la Roma de los Césares. ¿Se

concibe la gloriosa epopeya de nuestra emancipación con todos sus dolores, con todos sus heroísmos sin aquel temple de los caracteres que creó legiones de soldados y mártires para regar copiosamente con sangre los surcos de la Patria, á fin de que la semilla calentada con su esfuerzo germinase robusta y diese sazonado fruto ? Se concibe aquella entereza que imponía el sacrificio de vidas y haciendas, sin un sentimiento muy profundo de la dignidad personal, que es deber ingentísimo del hombre en todas las circunstancias de la vida."

El venerable civilizador andino, como los varones perínclitos de Roma, se recomienda por los delineamientos vigorosos de la inteligencia y del carácter; pasa de 80 años y todavía su cerebro crea y su brazo trabaja. En su despejada frente se trasparenta la llama viva y ardorosa del pensamiento, y en su corazón como en juveniles días, brilla inextinguible y fuerte el amor á la dicha de la humanidad. Este anciano con sus cabellos blancos, tranquilo y feliz, es una protesta edificante contra las miserias humanas y una promesa gloriosa del porvenir.

Esos seres que no se doblegan ante el infortunio; que se agigantan mientras más fuerte es el combate, y que como el oro sale del crisol, sacan ellos sus almas de las terribles pruebas del dolor, ofrecen al espíritu encantos indecibles. Esos obreros del bien y de la civilización, en la marcha de la humanidad, como sobre arcos de luz se destacan con singular grandeza moral. Los que han recorrido larguísimo camino; los que como los patriarcas bíblicos han visto multiplicarse los hijos de sus hijos; los que han sembrado á dos manos innumerables bienes; los que han convertido el corazón en palabra de amor, para el dolor ajeno, los que no han tenido más soberano que la propia conciencia, siempre limpia é inclinada á la virtud; los que no han vacilado jamás en los conflictos humanos, cuando de una parte ha estado clara la justicia;

los que así han llegado á las orillas de la tumba, como el doctor Parra, son astros que transformándose, llenos de luz mirífica, se elevan á resplandecer eternamente en las regiones de la inmortalidad. (1).

DOCTOR AGUSTIN AVELEDO

En la vida de los pueblos sobresalen eminentes ciudadanos que, dotados de inmenso amor á la Patria, de grandes virtudes, constancia é inteligencia, se hacen personeros de toda causa noble, de todo propósito elevado, de todo movimiento propulsor de ventajas efectivas para el individuo y la sociedad. El progreso tiene en cada uno de ellos un apóstol y un obrero, y la civilización un paladín de sus triunfos, un centinela avanzado en el ancho y claro camino de sus glorias.

Los hombres que consagran su existencia al bien de la humanidad, recorren de modo envidiable el camino de la vida, pues andan con la conciencia tranquila y el alma henchida de esperanzas, y esto, entre la admiración y el afecto de los que observan en ellos la mano generosa que, oculta, prodiga bienes, el espíritu recto y elevado de los que sólo tienen miramientos y aplausos para la justicia y la virtud, la inteligencia vigorosa y clara de los que hacen benéficas y fecundas las luces del saber, llevando á los cerebros oscurecidos por la ignorancia las claridades del pensamiento, dando á los que peor libran la batalla de la vida, aliento y esperanzas, para que dupliquen sus esfuerzos y los dirijan mejor, y puedan al fin, vencidas las dificultades, coronar las escarpadas alturas, triunfadores y felices.

¿ Cómo fotografiar la vida de semejantes apóstoles, si sus obras revisten tal grandeza y abnegación, que fre-

(1) Pronunciada en La Victoria.

DOCTOR AGUSTIN AVELEDO

cuentemente escapan al telescopio moral de la conciencia, cuando ésta, sumergida en la consideración de aquéllas, aspira á sentirlas y á comprenderlas ?

No pueden sondearse las profundidades del alma, ni medirse sus dolores ó placeres, cuando élla toda entera se entrega al sentimiento ó al bien, y se producen en su seno esas admirables y fuertes emociones que la impulsan á destacarse en los valles de la vida y en sus mares tormentosos, como soplo de aliento y estrella de esperanza.

Esos espíritus incansables aman lo grande, viven fuera del miserable círculo de la intriga y de la envidia, y no desperdician ocasión ni el menor de sus esfuerzos para laborar en el perfeccionamiento social; esos corazones sensibles al infortunio humano, animados de amor generoso, capaces de sacrificarse en aras del bien, son verdaderos tesoros de excepcional mérito y valor moral; esas almas abiertas, para recibir y fomentar todo lo bueno, son como rayos del amor divino lanzados al mundo por el mismo Dios.

La gloria humana difícilmente es inmaculada, el refulgente sol tiene sus manchas, y todo parece que en nuestra mísera condición ha de llevar algo que rebaje la propia grandeza; y sin embargo, es de notar que, por modo especialmente excepcional, es pura y excelsa la obra de los cultivadores del espíritu, de esos abnegados amantes de las letras, abanderados de la civilización, que hacen de la vida un apostolado, de la enseñanza un culto y de la ciencia una religión. Ellos recorren los caminos de la existencia entregados á su redentora misión, sin oír la voz de las bajas pasiones, sin dejarse enredar en las sutilezas de la envidia, llevando el corazón rebosante en deseos de hacer el bien y el alma encendida en el amor de grandes y generosos ideales.

El apostolado de la enseñanza es de suyo tan importante y magnífico, que su consideración trae á la mente una serie de pensamientos, á cual más interesante y no-

ble. Para ejercer con éxito apostolado tan excelso, no basta poseer un sólido y variado caudal de conocimientos y aspirar con paciencia y tenacidad á trasmitirlos, porque él requiere otras condiciones de espíritu y de ingenio, que difícilmente se adquieren, porque casi siempre nacen con el que las posee, y son en él, como virtudes de su inteligencia y faces de su alma. No todos los talentos atraen, ni todas las inteligencias iluminan; hay talentos é inteligencias contraproducentes, porque concentran todo lo que reciben, produciendo óscuridad á su alrededor. Soles sin luz, astros destinados á girar en una órbita sólo clara y luminosa para ellos mismos. ¡Cuan diferente aparece el doctor Aveledo, en su largo profesorado! Sus discípulos en la República y fuera de ella, en los mil ramos de la actividad humana, sobresalen y alcanzan á menudo ruidosos triunfos. Si grande es la gloria del maestro, grande es tambien la trascendencia de su obra que casi abarca y comprende el progreso material é intelectual que se ha venido verificando últimamente en el país, al amparo del desarrollo progresivo de las ciencias. No faltó una inteligencia que pronosticara los altos fines á que estaba llamado el doctor Aveledo en el ramo de la enseñanza. Decía el notable estilista y pensador Juan Vicente González, en el periódico "El Foro," el 15 de junio de 1858: 'Yo no sé, pero en la larga experiencia que tengo de maestros, no he hallado uno que pueda competir con este joven, llamado Aveledo: tiene amor al estudio, al ardor de la enseñanza, la obstinada resolución de aprender y de comunicar lo que aprende, que se nos cuenta de los sabios del siglo décimo sexto. Hay un medio seguro de que un niño sepa, aún á pesar suyo: que lo enseñe el señor Aveledo. No es que me ciega este afecto al hablar de él, porque ese afecto, que confieso, me lo han ganado esas prendas, me hacen acordar del fuego de mis primeros años, que el suyo excede en mucho."

El 2 de octubre de 1859, es ya una fecha memorable, pues ella recuerda la fundación del Colegio Santa María,

que ha sido un semillero del saber, del cual han salido tantos ciudadanos ilustrados, que citarlos enumerando sus hechos y sus obras, sería relatar casi la vida de la República en su desenvolvimiento intelectual, en el último cuarto de siglo trascurrido. La propaganda del señor doctor Aveledo ha sido admirablemente fecunda y beneficiosa para el desarrollo de las ideas en la juventud. Su nombre vuela en alas de la fama, y del uno al otro extremo de la República han acudido y acuden numerosos discípulos á oír la voz de tan autorizado maestro. Su palabra siempre atrayente é inspirada, como la lluvia sobre tierra fecunda, ha caído en inteligencias ansiosas de saber. La legión de veteranos del progreso humano bajo todas sus faces, que en Venezuela llaman hoy más la atención, son discípulos de Aveledo, son glorias patrias que tomaron su luz de aquel astro, que por fortuna para los venezolanos y honra de la República, brilla todavía con fuertes resplandores en el cenit de nuestro cielo.

Discípulos del doctor Aveledo han sido los doctores, Antonio R. Silva, Obispo de Mérida, Diego Casañas Burguillos, Manuel Clemente Urbaneja, Luis Espelozín, Eduardo Basalo, Miguel Parra, Miguel Páez Pumar, Antonio José Villegas, Rafael Cruz Guitián, Alejandro Urbaneja, Daniel Mijares, Ramón Seijas, José María Aveledo, Ricardo Núñez, Bernardino Mosquera, Guillermo T. Villegas Pulido, Pedro Vicente Mijares, Rodolfo Basalo, Luis Vélez, José Rafael Revenga, Carlos Monagas, Arístides Tello, Tomás Mármol, Alberto Smith, Julio H. Zavarse, Gabriel E. Muñoz, Lucio H. Siso, Arturo Ayala, José P. Landaeta, Antonio Jacinto Palacio, Miguel Ruiz, Jaime Sánderson, Luis Alfonzo, Rafael Silveira, Canuto Ugueto, Diego B. Urbaneja Padrón, Manuel María Vargas, Juan Pensini, Francisco de Paula Quintero, Nicomedes Zuloaga, Benigno Campos, Manuel María Roo, Alfredo Ravard, Juan Jurado Guzmán, Francisco Mier y Terán, Enrique Siso, Andrés Rolando, Torcuato Ortega Martínez, Bernardo Esteves, Miguel A. Seco, Pablo Her-

nández, Angel Poleo, Vicente A. Betancourt A.,José Gregorio Sánchez, Luis Muñoz Tevar, Ricardo Zuloaga, Luis María Sierra, Roberto Vargas, Elías Rodríguez, Martín Ugueto, Camilo Negreti, Esteban Lugo, Tomás Domínguez, Luciano Mendible, Federico Eraso, Rafael Ruiz; los generales Esteban Ibarra Herrera, Diego Baustista Urbaneja España, Alejandro Ibarra, Manuel Antonio Pachano, Rafael Benítez, Rogerio Freites, Tomás Patiño, Francisco Monagas, Manuel Modesto Gallegos, Nicolás Augusto Bello, Francisco Casañas, Manuel Vicente Castro Zavala; los comerciantes José Domingo Sosa, Casimiro García, Antonio María Martínez, Luis Ustáriz Montilla, Alfredo L. Ramírez, Juan José Martínez Sosaya, Luis Chapellín, Emilio Basali Mena, Carlos Siso, Federico Bittger, Felipe Francia h., Alcides Ayala, Martín y Joaquín Iztúriz, Benjamín Jirón, Nicolás las Casas, Tomás Landáez, Manuel Lovera, Jerónimo Martínez, Luis E. Forsyth, Miguel María Herrera, Agustín Goitrand, Francisco de Paula Alamo, Pedro Planas, Antonio Parra, Carlos María López,Antonio Malaussena,Prudencio Diez, César Zumeta, Isidro Medina, Pedro José Rosales, Luis Malaussena.

Solamente hemos citado algunos de los numerosísimos discípulos del doctor Aveledo, entre los cuales han sobresalido múltiples inteligencias privilegiadas, que gozan de justa y envidiable fama en el campo de las artes, las letras y las ciencias. Es empresa superior á nuestras fuerzas hacer un estudio siquiera somero de los trabajos científicos y literarios lanzados á la publicidad por alumnos del Colegio de Santa María. Basta saber que en los diversos ramos de la actividad humana, figuran como insignes zapadores del progreso material é intelectual de nuestro país, discípulos de aquel egregio maestro. La labor de 40 años no interrumpida todavía, ha producido en la República resultados fecundos. El doctor Aveledo ha servido también á la causa de la enseñanza de la juventud en la Universidad Central, donde regenta una cla-

se de matemáticas, con esa difícil facilidad con que él sabe trasmitir sus conocimientos. En la cátedra su palabra es clara, elocuente y persuasiva. La exposición de sus ideas obedece á un plan lógico, ordenado, y por ello los que le oyen, hallan amenidad en aprender y progresan en el aprendizaje, sin tropiezos ni dificultades, aun en las materias más oscuras y complicadas. Cuando la voz del maestro es como luz que ilumina el campo del estudio, las ciencias todas tienen para los alumnos encantos que atraen y bellezas que cautivan.

El doctor Aveledo ha tenido en el Colegio Santa María, profesores á quienes es un deber dedicarles siquiera un recuerdo, ya que ellos por valiosos títulos tienen derecho á vivir bendecidos por la gratitud pública. Concurrió á la fundación del Colegio á que nos venimos refiriendo, asociado al doctor Aveledo, el doctor Angel E. Rivas Baldwin, de memoria inolvidable; y sirvieron cátedras en él, los doctores Manuel María Urbaneja y Elías Rodríguez, figuras de grandeza excepcional en nuestros fastos científicos; y también las han servido con no menos brillo y éxito, los doctores Rafael Seijas, Juan Bautista Calcaño y Paniza, Pedro José Coronado, Juan de D. Méndez, h., Francisco J. Mármol, José Núñez de Cáceres, Eduardo Espelozín, Adolfo Ernst, J. M. Velázquez Level, Lino J. Revenga, Luis A. Ibarra, Tomás Mármol, Félix Montes, Benigno Campos, Federico Urbano, Luis Sanojo, — quien regentó accidentalmente el Colegio de abril á junio del 72; — los ilustrados é inteligentes ciudadanos general Marco A. Saluzzo, José María Martel, Bonifacio Coronado Millán, Simón Mendoza, el héroe y mártir cubano José Martí; y tantos más, entre los cuales unos dejaron honda y luminosa huella en el campo de las letras, y los otros al presente las cultivan con aplauso del público.

El día 2 por la noche, del mes de octubre de 1884, fecha en que se cumplió el vigésimo quinto aniversario de la instalación del Colegio Santa María, se verificó en el

Teatro Caracas una de esas hermosas fiestas que honran la civilización, enaltecen la sociedad y dejan en el alma gratas y perdurables reminiscencias. La gratitud pública y el cariño de los numerosísimos discípulos del doctor Aveledo se exhibieron en aquella fiesta del espíritu, con tal espontaneidad y magnificencia, que el entusiasmo desbordaba, y había señales de satisfacción inefable en todos los semblantes. Se hacía justicia á un ciudadano eminente, verdadero benefactor de sus semejantes. La abnegación en los hombres patriotas, es una condición de suyo tan excelente, que realza más el mérito de las virtudes y los esfuerzos del heroísmo. Se hacen los apóstoles del perfecionamiento social, seres admirables, que parecen elevarse, por sobre las contingencias humanas, cuando forjan sus pensamientos en los moldes del amor, y no conciben ideal más bello que el progreso material, iluminado por la civilización y protegido por sanas costumbres. El doctor Aveledo, que es uno de estos grandes apóstoles, con justicia merecía de la culta é ilustrada ciudad de Caracas, el testimonio de afecto y admiración que le dió en la noche ya citada. ¡Qué bellas son las fiestas del espíritu! En ellas, cuando la gratitud habla para ensalzar los méritos de la justicia, se ve la grandeza excepcional de la virtud, como brillando en el fondo de las conciencias, pues el poder de la verdad, es luz que ilumina á los mortales cuando se inspiran en las glorias de un patriota esclarecido. La fiesta efectuada en el Teatro Caracas, fue magnífica, y dejó indelebles recuerdos. Brillaron la poesía y el arte, en manifestaciones sublimes. Y como complemento á tanta belleza, en aquella grandiosa fiesta del espíritu, el doctor Eduardo Calcaño entusiasmó al auditorio con su mágica palabra, pronunciando un discurso admirable por la hermosura de su forma y lo trascendental de sus ideas. ¡Con qué maestría habló de la obra del doctor Aveledo, dándole á este insigne ciudadano, la gloria que le corresponde, como filántropo y apóstol de la enseñanza! El nos demostró la brillante labor del doctor

Aveledo en la civilización moral que " obra sobre las almas y produce en último resultado ideas, costumbres, heroísmos, virtudes. " Aquella misma solemnidad literaria inspirada por el cariño y la gratitud, era una prueba evidente de que la civilización moral engendra en los espíritus nobles propósitos y bellos ideales que impulsan á los humanos por el campo de la vida, á trabajar con fe y abnegación por el perfeccionamiento social.

Caracas cuenta con varios Colegios notables, dirigidos por antiguos alumnos del de Santa María. Discípulos del doctor Aveledo han servido ya á la enseñanza, con tan buenos resultados, que tienen títulos suficientes para ser considerados como apóstoles de las letras y benefactores de la juventud, á la cual han dedicado y dedican sus esfuerzos con el nobilísimo anhelo de verla feliz y triunfante por el poder de la inteligencia.

Es natural suponer, que siendo el doctor Aveledo uno de esos seres para quienes la vida no tiene otra explicación que la del ejercicio del bien, ora iluminando los espíritus, ora favoreciendo los menesterosos y los débiles, goce de universales simpatías. En años pasados, una violenta enfermedad le llevó al borde del sepulcro y la sensación de dolor y de tristeza que, especialmente en la sociedad de Caracas, donde se le conoce más de cerca, produjo el inminente peligro de su vida, prueba la alta estimación en que se le tiene, el profundo cariño con que le miran todos los gremios sociales.

En Maracaibo, tierra clásica, patria de notabilidades y esclarecidos ingenios, se acordó colocar el retrato del doctor Aveledo, en el Asilo de Huérfanos de aquella ciudad. La idea fue acogida con entusiasmo y el acto de la colocación revistió la solemnidad de una hermosísima fiesta, donde se elogió la virtud sublime de la caridad cristiana y se hizo justicia á uno de sus apóstoles, que con verdadera abnegación la practica, solicitando para ello, los infelices huérfanos.

El doctor Aveledo ha sido en más de una ocasión Pre-

sidente del Colegio de Ingenieros; perteneció á la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales fundada en 1868 por el sabio doctor Adolfo Ernst; fue Vocal Secretario de la Junta del Centenario del Libertador; ha sido Presidente de la Caja de Ahorros de Caracas, y ha contribuido cuantas veces le ha sido posible, al fomento de toda empresa útil, beneficiosa para sus conciudadanos y para el País. Destinos públicos de altísima importancia no ha querido desempeñar, pues para él lo que ofrece más encantos en la vida, es su tranquila propaganda de apóstol de las ciencias y de la caridad cristiana.

Al referirnos al doctor Aveledo, en un estudio de la índole del presente, es imposible para nosotros prescindir de algunas consideraciones, acerca del institutor filántropo, el cual si como insigne matemático é incansable divulgador de los conocimientos humanos, es una gloria nacional, como apóstol de la caridad cristiana es una figura de especial grandeza moral, con títulos suficientes ya, para vivir recordado y bendecido en las edades del porvenir, aquí y á donde ha ido y siga dilatándose la fama de sus hechos y de sus virtudes. El Asilo de Huérfanos de Caracas, que cuenta 27 años de existencia, es una institución que por sí sola, serviría de pedestal de gloria para el nombre esclarecido del doctor Aveledo. El fue fundador de aquel Asilo, y en más de un cuarto de siglo no ha dejado de trabajar por su sostenimiento, con solícito interés. Los huérfanos, seres por extremo desventurados é infelices, abandonados á la miseria y á la muerte, han encontrado en él, padre tierno y cariñoso. Las lágrimas de la inocencia afligida por el mayor de los infortunios son enjugados con especial amor por aquel filántropo cuyo corazón respira caridad, y para quien no existen dificultades cuando se trata de hacer el bien. Este sabio institutor, incansable benefactor de los humanos, nació en Caracas el 1o. de enero de 1837, teniendo la dicha de ser sus progenitores, el respetable señor Ramón Aveledo y la honorable señora Adelaida Tovar de Aveledo. Sus pa-

DOCTOR ALEJO ZULOAGA

dres le colocaron para su primer aprendizaje, bajo la dirección del afamado Institutor Pedro Pablo Fontes, y de allí pasó al Colegio Roscio, regentado por el notable Ingeniero y educacionista Juan José Aguerrevere, siguiendo sus estudios de matemáticas en la Academia Militar, hasta que en 1855 recibió el grado de Ingeniero Civil, y largos años después el de doctor, en unión de Manuel Cadenas Delgado, Eduardo Calcaño, Olegario J. Meneses y Elías Rodríguez.

El doctor Aveledo es un ciudadano eminente, que ha llegado á la tarde de la vida, sin sentir el cansancio de su largo trabajo, pues en su generoso espíritu, vive con el vigor de sus primeros años, el fuego del entusiasfo por la difusión de las ciencias, y la caridad de su alma es perenne fuente de amor y de auxilios, para los huérfanos y desventurados. ¡Qué vida tan fecunda y hermosa! Pensar en ella, es inspirarse en la virtud engrandeciendo los nobles sentimientos.

DOCTOR ALEJO ZULOAGA

Hermoso y grato es estudiar la vida del hombre que sólo ha dejado en su camino recuerdos de acciones generosas, estímulos para la virtud y elementos cuantiosos para el progreso y la civilización. Lanzar el pensamiento á tal estudio, es llevar al espíritu fruiciones deleitables, aspiraciones nobilísimas, amor á lo bello y excelso.

Vamos á dedicar estos apuntes á un ciudadano ejemplar, que con mil títulos al agradecimiento público, trabaja con singular modestia por la felicidad de la Patria, en el fecundo campo del saber. Lo que lleva de su vida, eso ha dedicado al trabajo y á la práctica de las más recomendables virtudes cristianas. Mirar á su pasado, es aprender en sublime escuela.

Por los años de 50 á 52, nació el señor doctor Alejo Zuloaga en Valencia, y fueron sus padres los señores Alejo Zuloaga y Salustiana Egusquiza. En hogar de antiguo

honorable respiró las primeras auras de la vida el niño que es hoy ornamento de la República. Se deslizaron sus tiernos años bajo el amoroso cuidado de sus padres, entrando después á adquirir los primeros conocimientos en la escuela de "Nuestra Señora del Carmen," dirigida por el notable educacionista presbítero doctor José Antonio Uscátegui, que tantos merecimientos alcanzó, instruyendo la juventud carabobeña. Fue entonces el doctor Zuloaga, á pesar de ser un niño, estudiante insigne, que mereció la constante nota de sobresaliente, y especiales consideraciones de su director y catedráticos. Terminados sus primeros estudios, ingresó al Colegio de Carabobo, del cual era Rector el mismo presbítero doctor José Antonio Uzcátegui, y Vice-rector, el presbítero doctor José Antonio Ponte, muy querido en Valencia, más tarde Arzobispo de Caracas y Venezuela, que falleció prematuramente, dejando una memoria bendecida, por su vasta ilustración, generosos sentimientos, exquisita cultura y virtudes apostólicas. Al lado de tan preclaras inteligencias hizo sus estudios filosóficos el doctor Zuloaga, los cuales coronó obteniendo el grado de bachiller, después de brillantísimo examen, que mereció de sus directores y catedráticos apreciaciones bastante honrosas. Monseñor Ponte se complacía en reconocer en su discípulo las bellas prendas que le adornaban, y le distinguió con especial cariño, llamándole algunas veces "el niño mimado (l'enfant gaté)," frase que expresaba siempre en francés.

Quiso el doctor Zuloaga seguir la carrera eclesiástica, mas tuvo que renunciar á ella por inconvenientes de salud. Siguió después los estudios médicos, y á pesar de su inclinación á esta ciencia, que ha encontrado excelentes propagandistas entre su familia, interrumpió la labor emprendida, sin dejar por ello de llevar atesorado en su memoria gran caudal de conocimientos en las materias que había cursado.

Los que aman las ciencias por la elevación que ellas producen en el espíritu, no ven con indiferencia ningún

conocimiento, antes por el contrario, creen que toda idea que se adquiere es un nuevo rayo de luz que se lleva á la mente. Por esto, sin duda, el señor doctor Zuloaga, que había estudiado las ciencias eclesiásticas, que había admirado la sabiduría de nuestra Religión, aspira al grado de doctor en Derecho Canónico, y luciendo en riguroso examen sus conocimientos, lo obtiene el día 3 del mes de noviembre del año de 1877. Lección elocuente, que prueba el acendrado cariño que tiene el doctor Zuloaga por el estudio y las ciencias.

Para el doctor Zuloaga el estudio ha sido la carrera constante de su vida, y por ello, á pesar de sus variados y profundos conocimientos en varias ciencias, emprende el de la Jurisprudencia, y recibe el año de 94 el grado de doctor en Ciencias Políticas. El institutor insigne, el respetado maestro, pone de manifiesto á sus discípulos, con su propia perseverancia é inmenso amor al estudio, los atractivos y bellezas que tiene para los espíritus enamorados de la luz, el infinito y maravilloso mundo de los conocimientos humanos.

El doctor Zuloaga desde sus primeros años se manifestó como hombre múltiple, dotado de extraordinarias facultades, pues al propio tiempo que atendía á sus variadas ocupaciones, servía algunas clases, ora en el Colegio "El Progreso," del inteligente bachiller Francisco de Paula Herrera, ora en el acreditado colegio "Ramírez," en el de la "Inmaculada Concepción," dirigido por la ilustrada señorita Margarita Arroyal, en el colegio de niñas de Carabobo, en escuelas federales, municipales y particulares. El no negaba su contingente de luz á ningún plantel de educación. Se creía obligado por los anhelos generosos de su espíritu, á poner sus esfuerzos al servicio de las causas buenas, generadoras de progresos y virtudes.

Entre los servicios prestados á la instrucción por el doctor Zuloaga, sé que hay uno que él recuerda con marcado placer, sin duda hijo de la gratitud que sentimos por esos centros de vida nueva, donde circula sangre generosa de inspirada juventud, donde el espíritu sacudiéndose en

la labor continua del estudio, se agiganta hasta contemplar ante sí, despejados y hermosísimos horizontes, halagado por infinitas esperanzas. Es entonces bellísima la vida porque sueños magníficos la alientan, y el entusiasmo de la juventud dignificando el presente, nos hace pensar en un porvenir de gloria. Me refiero á los servicios del doctor Zuloaga en el antiguo colegio de Carabobo. En él sirvió sin sueldo por espacio de tres años las cátedras de filosofía, y alternativamente la Secretaría, el Vicerrectorado, y otros puéstos del Instituto. Fue tal, durante los años citados, la consagración del doctor Zuloaga á la enseñanza de la juventud, que sus esfuerzos mejoraron las condiciones del colegio, á tal extremo, que cuando lo reorganizó el señor general Guzmán Blanco en 1874, habían numerosos alumnos, con los cuales se abrieron dos cursos de ciencias superiores, continuando el de filosofía.

El doctor Zuloaga que llegó adolescente al colegio de Carabobo, donde formó su inteligencia en el amor al estudio, razón tiene para recordar con íntima satisfacción sus servicios al Instituto, padre intelectual de varias generaciones, santuario augusto, donde varones insignes han sabido ejercer el apostolado de la enseñanza, llevando al corazón de la juventud, como síntesis del más hermoso ideal, el amor á la Patria y á la Ciencia.

El "Colegio Cagigal," que por sí solo bastaría para la gloria de un institutor, merece que nos ocupemos de él, de modo especial, y por ello, intencionalmente, lo habíamos silenciado. Aquel Instituto, centro de luz, honor y gloria de Valencia, prueba elocuentemente que los trabajos del doctor Zuloaga, realizados en tierra abonada y fecunda, hicieron germinar y brotar en más rico caudal del seno de la culta juventud valenciana, nobilísimas y hermosas aspiraciones, con la gallardía con que brotan lozanas y gallardas las flores de la tierra, en la risueña estación primaveral. Bellísimo es el cuadro de los catorce años de existencia de aquel notable instituto. Podemos decir que sirvió de centro á la ilustrada juventud que hoy sobresale en todos los ramos de la actividad humana en Carabobo,

cuna de ingenios insignes, tierra llamada á vivir en inmortales recuerdos, por los milagros del heroísmo y de la gloria, realizados en ella. Bajo su hermoso claro cielo batió alegre sus alas el ángel de los grandes triunfos, en el hermoso día que fue aurora de nuestra libertad !.....

El 1o. de setiembre de 1874 se inauguró solemnemente aquel notable instituto. Con este motivo en las columnas editoriales de *El Progreso,* mi estimado amigo, el fecundo y sabio escritor, doctor Laureano Villanueva, elocuentemente dijo: " es un nuevo colegio que se funda, es una catedral donde el hombre rinde á Dios la mejor de las oraciones, esa que sale del alma: el pensamiento, como un rayo de luz que va á confundirse con las esferas fulgentes que le sirven de pedestal eterno. Un colegio es una motora del progreso, y mientras mayor sea el número que tengamos, mejor trabajaremos por la civilización y el desenvolvimiento de los grandes y poderosos elementos de Carabobo." Estas palabras que anunciaron aquel plantel, compendian admirablemente su existencia, pues de él brotaron pensamientos como haces de luz; y hoy sirven en importantes cargos los grandes intereses de la República y los de Carabobo, y van á la vanguardia del desenvolvimiento de tan importante Estado, discípulos del doctor Zuloaga.

Los exámenes y actos literarios efectuados en el "Colegio Cagigal," revestían gran solemnidad, y ponían de manifiesto que en aquel santuario de las letras se esparcía luz, que las inteligencias progresaban, que el amor al estudio lo inspiraba con su ejemplo el mismo director, cursando clases en ciencias extrañas á las que poseía, con el anhelo irresistible del que siente hambre por poseer más y más conocimientos. Hermosísima era la vida intelectual de aquel templo de la ciencia, á donde acudía numerosa juventud, por la fama y prestigio que le daban sus contínuos triunfos. Sus exámenes anuales fueron siempre como la brillante conclusión de una obra realizada con ingenio y gusto exquisito. Sus actos literarios, magníficas fiestas de la civilización donde las Letras y las Ciencias fueron e-

naltecidas por pensadores ilustres y oradores elocuentes. Para ellas tuvieron encomios felicísimos los doctores S. Terrero Atienza, José Manuel Montenegro, Benjamín Qüenza, y los señores Domingo A. Olavarría, Santiago González Guinán y tantos otros más, que largo sería enumerar.

El Colegio Cagigal dió abundantes y opimos frutos. Se matricularon en él más de mil jóvenes, y todos salieron con algún aprovechamiento, siguiendo los muchos que terminaron sus estudios filosóficos, respectivamente diversas carreras científicas, en las cuales figuran y sobresalen, prestando en todas ellas, servicios importantes á las ciencias y á la Patria. En comprobación de tan palmaria verdad, citemos entre tantos nombres, los de los inteligentes é ilustrados doctores Lorenzo Araujo, Manuel Quintana, Ignacio Páez Pumar, Julio Torres Cárdenas, Ricardo Zuloaga, Joaquín H. Lamas, Arminio Borjas,Francisco de Paula Reyes, L. F. López, Alejo Machado, hijo, Agustín Lavado, Eliseo Borjas León, José Vicente Iribarren, Carlos Piñero P., Pedro Berrisbeitia, Juan Alberto Barrios, Luis Lizarraga, Leandro Herrera, presbítero doctor Reinaldo Rivero, bachilleres Jesús María Maduro, Celestino Martínez González, F. Fernández Paz, Isidro Salvatierra, Manuel A. Lizarraga, Emilio Figueredo B., Jacinto Armado, ciudadanos León Paz Guerra, Antonio Pietri Daudet, S. A. Mendoza, general Antonio Peredes, Carlos A. Villanueva, Jacinto López, M. Pimentel Coronel, León Febres Cordero, Miguel Angel Granado, Martín Zuloaga y Tovar, y tantos y tantos otros más, que también son ventajosamente conocidos del público, por las respectivas prendas de ingenio, valor y virtudes que les adornan.

Merece especial recuerdo un hecho que recomienda en alto grado al Colegio Cagigal y á su digno director. En enero de 1886 se encontraba en Caracas el doctor Zuloaga, con cuatro de sus discípulos que aspiraban al grado de doctor, en la Universidad Central. El éxito de los exámenes al efecto rendidos fue brillantísimo, y el maestro

en cada uno de aquellos triunfos, debió ver enaltecida su propia obra, sus esfuerzos premiados, y la juventud valenciana á la cual servía con admirable abnegación, representada en aquellos vencedores en las lides del pensamiento, que gallardos y contentos habían de regresar á sus hogares, llevando la palma de la victoria. El periódico *La Nación,* importante diario que se publicaba en aquella época, despidió al institutor valenciano en los términos siguientes: "Parte hoy para Valencia el señor doctor Alejo Zuloaga, acompañado de sus discípulos, ya graduados, nuestros estimables amigos los señores doctores Manuel Napoleón Barrios, Andrés Octavio Jiménez, Rafael Medina Terres y Enrique Tejera.

El señor doctor Zuloaga deja aquí grandes simpatías y fama de entendido y constante Institutor; y sus jóvenes discípulos después de presentar rigurosos exámenes y ser calificados de *sobresalientes* por las respectivas Juntas Examinadoras, dejan más sólidamente sentada la fama del maestro y los talentos é ilustración que han desplegado.

El examen de cada uno de estos jóvenes ha sido un verdadero triunfo para el porvenir de la enseñanza en Venezuela y un timbre más de merecida gloria para maestro y discípulos. Ha sido una brillante notación de la asiduidad con que se estudia en Carabobo, abriendo el camino de la inteligencia á esa florida juventud que se afana por ser grande y que denota el modo como se aprovechan las dotes intelectuales con que el cielo agracia á sus escogidos, para ceñirles á su frente el rico florón de la virtud y el talento." Los demás periódicos de la capital, también pagaron tributo de justicia al mérito, dedicando honrosas frases de despedida al doctor Zuloaga y á sus dignos discípulos, quienes fueron recibidos en Valencia, con demostraciones de grande aprecio.

Catorce años tuvo de vida el Colegio Cagigal. La simiente de las ideas sembradas en él, florece hoy en todos los ámbitos de la Patria, donde sin que nadie lo ad-

vierta, palpita el pensamiento y se mueve la mano de su antiguo Director.

Separado de la enseñanza el doctor Zuloaga, siguió con su acostumbrada actividad siendo útil á sus conciudadanos. En la notable Administración en Carabobo del doctor Laureano Villanueva, el doctor Zuloaga fue asiduo colaborador en ramos difíciles que requieren marcada inteligencia y perseverancia. Le vimos efectuar entonces trabajos estadísticos muy recomendables.

Después de pasada la tormenta de la guerra civil del Legalismo, el doctor Zuloaga fue nombrado Rector del Colegio Federal de Primera Categoría del Estado Carabobo. Desempeñaba este cargo, cuando por Decreto de 15 de noviembre de 1892 se creó la Universidad de Valencia, de la cual fue nombrado Rector el mismo doctor Zuloaga. Nada más justo que al elevar al alto rango de Universidad el antiguo Colegio, fuera primer Rector de aquella, el obrero incansable, el apóstol afortunado de las letras, que veía efectuarse aquella gloriosa transformación, en la época de su Rectorado. Carabobo recibió la fausta nueva con entusiasmo, y con bastante razón escribió el doctor Zuloaga "que para un pueblo verdaderamente espiritual,—como el de Carabobo,— no podía haber más preciada recompensa que la que se le ofreciese en el orden de los progresos morales, dilatando el campo de la actividad intelectual para sus hijos, abriéndoles nuevos y hermosos horizontes de ciencia y de virtud, y estableciendo con honor y al nivel de los más altos de la República, en la primera ciudad del Estado, la cátedra y el trono del magisterio científico." Y creemos con el mismo autor citado, que Carabobo sabe ser agradecido, y que es "muy digno, además, por su notable adelanto intelectual, por los importantes y numerosos elementos de inteligencia y de saber que encierra en su seno, por el creciente desarrollo de su población y de sus industrias, y por su misma posición geográfica, en fin, que lo convierte en centro favorecido á que afluyen naturalmente todas las corrientes del progreso en el país."

Tuvo el doctor Zuloaga la gloria de presidir el postrer período del Colegio de Carabobo, y el primero de la nueva Universidad. Al hacer él en un luminoso informe reminicencia de estos hechos, consigna estas elocuentes palabras: "me es grato cumplir un deber de justicia y pagar una deuda del corazón, consagrando un recuerdo de respeto, de gratitud y de cariño al renombrado establecimiento en que recibí de maestros sabios y virtuosos mi educación literaria, religiosa y científica. El Colegio de Carabobo, fundado en 1833, al par de muchos otros que establecieron en su amplio territorio los fundadores de la República, alcanzó gloria imperecedera bajo la dirección y al favor de los servicios de los Ancízares, Villegas, Acevedos, Zárragas, Zuloagas (Manuel María y Nicomedes) Uzcáteguis, Pontes, Bermúdez, Freites, Fernández, Feos, González, Visos, Quintanas y muchos más; y tuvo también discípulos que ilustraron y dieron brillo á sus aulas, tales como Carlos Pérez Calvo, José Antonio Zárraga, Pedro Bermúdez, Lisandro Ruedas, Luis María Díaz, Miguel Antonio Espinoza, Francisco Goicochea, Rafael y Marcos Freites, Iltmo. Román Lovera, Pablo Borjas, Francisco de P. Herrera, Rafael Domínguez, F. Villalobos, Pablo José Arocha, Pablo Julián Tortolero, F. Arroyal, los Fontaines, Codecido Otalora, J. A. Monagas, Lorenzo Araujo, y otros."

La transformación que la Universidad de Valencia ha recibido durante el Rectorado del doctor Zuloaga, es radical. Al piso de ladrillo ha sustituido el de mosaico, las paredes se han refaccionado y pintado al óleo, los techos se han reemplazado con otros, y á la tristeza de aquel edificio viejo, de mal aspecto, ha sucedido la alegría de la belleza en los colores, el arte y el orden hasta en las caprichosas flores que embalsaman el aire de aquel augusto recinto. Los salones de las clases están pintados del color que corresponde á la respectiva ciencia, figurando en las paredes pensamientos famosos, de sabios antiguos, y de nuestros más insignes pensadores, pero todos colocados de tal modo, que parecen corresponder á una nece-

sidad. El laboratorio está organizado y provisto de buenos instrumentos; el museo, con exquisito gusto dispuesto; la Biblioteca, una de las mejores de la República, dividida en secciones, dispuestas con tal maestría y combinación, que las obras se van sucediendo, como si se hubieran colocado para emprender un estudio sobre materias determinadas; el salón de lectura, retirado y provisto de suficiente luz, todo, completamente todo, revela que allí hay una inteligencia superior, un obrero incansable, un reformador progresista, un apóstol de la civilización.

Es luminoso y verdaderamente notable el informe que el señor doctor Zuloaga pasó al ciudadano Ministro de Instrucción Pública, en 1894. En tan útil documento se puede notar hasta en su más mínimo detalle, la marcha progresiva de la Universidad de Valencia. Nada se silencia en él, todo se explica con claridad que satisface, con acierto, con las oportunas observaciones sugeridas por el estudio, la ciencia y la práctica de la enseñanza. En comprobación de que el progreso de aquel instituto es un hecho real, podrían aducirse varias pruebas concluyentes, de las cuales queremos valernos de una, que juzgamos interesantísima. Al efecto indicado, citamos del informe aludido, dos párrafos que dicen así: "Los instrumentos y aparatos que se encargaron á los Estados Unidos de Norte América para los Gabinetes de Química, Historia Natural, Física y Matemáticas, llegaron en perfecto buen estado á mediados de enero del presente año, y se hallan desde entonces al servicio de las respectivas clases. Los de Química, en especial, se utilizan diariamente y con el mejor éxito, en la enseñanza de la materia, á fin de que, siendo experimental, dé los resultados prácticos que son de apetecerse.

También han empezado á montarse los que corresponden al interesante ramo de la Meteorología, estando ya colocado convenientemente el *Anemómetro,* que funciona con regularidad y precisión. Para enero estarán colocados los demás y comenzarán á hacerse observaciones diarias." Las clases de Medicina en general, están tam-

bién provistas de los instrumentos y aparatos, que respectivamente reclaman, y servidas como las demás por catedráticos idóneos y expertos.

Es de justicia recordar al presente que el doctor Zuloaga ha tenido en sus labores universitarias, excelentes compañeros, entre los cuales figuran entre otros tantos más, los doctores Miguel Sagarzazu, Pedro Castillo, Lino José Revenga, Antonio Sandoval, José Antonio Montiel, Leopoldo Araujo, Faustino Figueredo H., Lisandro Lecuna, José Rafael Revenga y Manuel Quintana.

Del 93 al 94 se confirieron en la Universidad de Valencia 39 grados de bachiller en Ciencias Filosóficas; 13 de bachiller en Ciencias Médicas; 14 de doctor en Ciencias Médicas; 4 de bachiller en Ciencias Políticas; y 5 de doctor en las mismas; 1 de doctor en Ciencias Filosóficas; 1 de Ingeniero; y 5 de Agrimensor Público. El movimiento científico del Instituto ha crecido notablemente, y sentimos no poseer los datos que así lo evidencian. Es oportuno consignar aquí, que el doctor Zuloaga, á pesar de la bondad ingénita de su carácter, es recto y justo, hasta ser inflexible en el cumplimiento de su deber, de tal modo, que las reglas disciplinarias del Instituto que dirige, se respetan y se practican. Allí no alcanza palmas la ignorancia, ni hay fueros para élla.

El espíritu de condescendencia, por decir lo menos, ha venido causando en nuestro País, males materiales y morales de trascendencia hoy incalculables. Por ello el sistema practicado por el doctor Zuloaga de las reprobaciones en los exámenes, á los alumnos que no han demostrado suficientes aptitudes, es un sistema salvador que produce opimos frutos, porque extirpa el mal y hace necesario el bien. En este camino no retrocedió jamás el doctor Zuloaga, y sostuvo con la mayor independencia ante el Gobierno, los derechos que le daba la ley respecto al nombramiento de profesores, que fueron durante su Rectorado personas muy distinguidas y siempre de las presentadas por él.

Para 1896 ya se había creado en la Universidad de Valencia un Museo Nacional con el elevado propósito de dar una idea de nuestros productos naturales é industrias. En él se reunieron hermosas colecciones de aves; muestras de productos naturales y curiosidades indígenas de las regiones del Orinoco; preciosos mármoles y vegetales del Estado y una admirable colección de objetos fabricados por los indios del Ecuador y del Perú; y raras y bellas colecciones de mariposas, plumas, coleópteros y otros animales.

Poniendo el doctor Zuloaga su pensamiento en patriótico y altísimo ideal, con el fin de honrar la memoria de nuestros grandes hombres y de mantener fresco y vivo en la memoria de la juventud, el recuerdo de sus heroísmos y virtudes, resolvió colocar en la Universidad é inauguró en actos públicos y solemnísimos, los retratos de los eminentes doctores Miguel José Zans, José Cecilio Avila y José María Vargas; del insigne publicista y literato Andrés Bello; de don Lino J. Revenga, notable profesor del Instituto; del maestro Rafael Acevedo; del ilustrísimo doctor José A. Ponte y del presbítero doctor José A. Uzcátegui. También inauguró, con especial solemnidad, en el salón de las clases de filosofía la estatua del Angel de las Escuelas, y el busto de Cagigal. Se puso á la vista de la juventud una galería inmortal de célebres apóstoles del pensamiento, para que recordara prácticamente que la labor de los cultivadores del espíritu es obra que no perece y crece y se agiganta en el tiempo, dilatándose entre celajes de gloria cada vez más fecunda y refulgente. Todavía ideó más el doctor Zuloaga para estimular á la juventud en el amor al bien y al estudio; instituyó en 1896 un premio especial para recompesar en la Universidad el mérito y la virtud sobresalientes, que consistía en un Diploma de Honor ofrecido junto con el título del último lauro académico, al alumno que lo hubiese alcanzado.

El día 6 de enero de 1897, inauguró el Paraninfo de la Universidad, obra recomendable por la belleza, el lujo y el arte que de consuno la engrandecieron. Asistió al acto el Presidente de la República representado por el Ministro

de Instrucción, doctor Federico R. Chirinos, y llevó la palabra de orden el doctor José Manuel Montenegro, orador de fama nacional.

En 1898 se enriqueció la Biblioteca como en mil volúmenes, y en el mismo año se hizo traer de Europa como seiscientos instrumentos y varios aparatos, además de los existentes para aumentar la dotación de los respectivos gabinetes.

Tan solícito propagandista del saber, no cesaba en su afán de mejorar la Universidad, y por ello inauguró en 1899 la primera estación metereológica en Valencia, en local y casa de madera especial, con todos los instrumentos y aparatos necesarios.

Continuó en el Rectorado de la Universidad hasta el 15 de enero de 1900, día en que lo entregó bajo formal inventario, que constituye un libro por las adquisiciones hechas por él, al nuevo Rector doctor Alejo Machado, muerto prematuramente para la Patria y la Ciencia.

Para el doctor Zuloaga el campo de la vida representa la batalla del bien, la cual ha sabido librar constantemente, tremolando con valor en fuerte brazo, la bandera del progreso, y de los más grandes, generosos y elevados ideales. Por ello abrió el 1o. de febrero del mismo año de 1900, en unión del ilustrado doctor A. O. Jiménez, las puertas á un nuevo templo del saber, con el mismo nombre del primero, en el cual educa é instruye á numerosos discípulos, que ven en él, sabio y cariñoso mentor.

Antes de terminar estos apuntes, quiero cumplir un deber, dedicando algunas frases de agradecimiento á mi apreciado amigo el doctor Rafael González Gómez, discípulo y admirador del doctor Zuloaga, de quien me ha hecho los más vivos elogios, y trasmitido datos que bastante me han servido para este trabajo. El doctor González Gómez ha sido Rector de varios Colegios, y como su sabio maestro, puede decir : " fue siempre anhelo de mi espíritu ser útil á mis semejantes en la noble misión de la enseñanza."

El notable institutor valenciano está todavía joven y así lo demuestra su persona. Es de estatura alta, gallarda y vigorosa. Sus maneras, las de un cumplido caballero, pues parece estar siempre predispuesto á recibir amablemente á todo el que le trata. Sin duda, por ello, á más de sus singulares merecimientos, goza de generales simpatías en la República, y sobre todo en Valencia, donde cuenta numerosos amigos y admiradores.

El doctor Zuloaga conserva intactas las creencias cristianas que recibió de sus padres, á los cuales ha profesado tierno y vivo cariño. En el hogar, ha sido para los autores de sus días, hijo obediente, que se ha desvelado por complacerlos y demostrarles que sabe apreciar el derecho sagrado que tienen los padres á ser respetados y queridos por sus hijos.

Es en síntesis, el renombrado fundador del Colegio Cagigal, el reformador de la Universidad de Valencia, un escritor notable, orador fácil y elocuente, ciudadano ejemplar, eminente y grande entre sus conciudadanos, por sus constantes y valiosos servicios á la Patria, las Ciencias, las Letras, y su admirable entusiasmo por los triunfos intelectuales de la juventud.

El nombre del doctor Zuloaga, amparado por la gloria, pasará bendecido á las edades del porvenir.

BACHILLER JOSE RAMON CAMEJO

Vamos á relatar la vida de este notable institutor, nacido en la parroquia de " El Chaparro," del Distrito Aragua de Barcelona, el día 14 del mes de abril de 1839. Fueron sus padres, el señor José Camejo y la señora Josefa María Sabino, oriundos de Barcelona.

Camejo hizo sus primeros estudios con el notable Licenciado Narciso Fragachán, quien le enseñó latín y Gramática Castellana. Adquiridos estos conocimientos pasó á los **17 años de edad**, al lado del dignísimo Obispo,

BACHILLER JOSE RAMON CAMEJO

doctor José Manuel Arroyo, en cuyo Palacio Episcopal estudió Teología, siguiendo al propio tiempo el curso filosófico en el Colegio Nacional de Guayana, en el que recibió el grado de Bachiller. No satisfecho con este triunfo alcanzado brillantemente, aspiraba á seguir una carrera científica, y al efecto ingresó en un curso de jurisprudencia abierto en el Colegio Nacional, con permiso del Gobierno, el cual no pudo terminar por dificultades ocasionadas á consecuencia de la Guerra de la Federación. Las dificultades que á Camejo hicieron imposibles sus bellos ideales de civilización y de gloria en el campo fecundo del estudio, no fueron suficientes para apartarlo de él, pues se dedicó al aprendizaje del francés, del inglés y de la música, respectivamente con los señores Federico Baltini, Antonio Soublette y Federico Villena.

Poseía ya el señor Camejo un valioso tesoro de conocimientos, con los cuales, dada su ingénita inclinación á la enseñanza, al dedicarse á ella, fácilmente podía exhibirse como hábil y aventajado divulgador de los conocimientos humanos. Así sucedió, pues habiéndose ofrecido para dar lecciones á las niñas á domicilio, tuvo numerosas discípulas, y adquirió en breve tiempo, fama de insigne pedagogo. Número considerable de honorables matronas de Ciudad Bolívar, son discípulas de Camejo.

Los resultados que tan hábil pedagogo obtenía en el maravilloso ramo de la enseñanza, le recomendaron en Ciudad Bolívar, de tal modo, que á pesar de sus cortos años se le conceptuaba como una honorable personalidad, por sus condiciones de ingenio y de carácter. Sin duda á esto se debió, que el patriota é ilustrado Licenciado Francisco Javier Mármol, Rector entonces del Colegio de Guayana, se determinara por los años del sesenta al sesenta y uno, á fundar la escuela de artesanos en Ciudad Bolívar, dirigida por Camejo y el notable maturinés Ildefonso E. Núñez, y los patriotas bolivarenses, Zacarías Hernández y Fermín Ramos. Es de recordar

que los alumnos para la citada escuela, fueron reclutados por sus directores, por medio de la persuación y el cariño, en la puerta de la calle del Colegio Nacional. Las clases se daban gratis durante la noche, y como aquellos eran tiempos de guerra y de escasez,se excitaba á los alumnos á contribuir con una vela para el alumbrado del plantel. Esta labor del patriotismo no fue infecunda, produjo opimos frutos, y fue durante más de quince años como piscina de regeneración para el pueblo que encontró en la escuela de Artesanos, amables maestros, sanos y útiles consejos, ideales, claros horizontes á donde dirigir los naturales anhelos de la inteligencia. Por igual causa debemos recordar que en esta misma época el señor Juan Bautista Dallacosta, y luego el señor general José Loreto Arismendi, nombrado Gobernador de Guayana, se interesaron eficazmente por darle vida intelectual al Colegio y en mejorar su edificio, reconstruyéndolo con notables y útiles reformas.

El Concejo del Departamento Heres, resolvió refundir todas las escuelas de varones en un instituto con el nombre de Liceo Municipal, cuya subdirección la confió al señor Camejo. Los resultados de esta medida correspondieron á las esperanzas que se habían abrigado al adoptarla.

Por los años de sesenta y cuatro al sesenta y cinco, fue nombrado Rector del Colegio Nacional de Guayana, el sobresaliente é ilustrado escritor señor general Pedro Arismendi Brito, y Vicerrector el señor bachiller José Ramón Camejo. En este cargo colaboró eficazmente en unión de su compañero, por la ilustración de la juventud. Separado algún tiempo después del Colegio Nacional, resolvió en 1867, en asocio del señor Pedro Sedestrong, fundar el Colegio Talavera en Ciudad Bolívar, el cual se hizo notable progresando rápidamente, hasta el extremo de que en él recibieron la base de su educación intelectual y moral, sobresalientes abogados, médicos y notables ciudadanos de aquella localidad, como los doc-

tores Félix Montes, que ha alcanzado en Caracas honorable nombre, sino lo llevara heredado, como abogado inteligente y escritor de vuelo; Ramón Barrios Gómez, Luciano Hollinquintz, Guillermo Natera, Carlos García Romero, Carlos Hamer, Federico y César Vicentini, todos inteligentes, progresistas, y tan amantes de esta tierra que les vió nacer, que los dos últimos en la culta Europa, patria de sus ascendientes, han tenido por honra evidenciar su condición de venezolanos; los Machado, los Battistini, el general Ernesto García y otros tantos más.

Años después fundó en Upata el señor Camejo, en virtud de un contrato celebrado con los padres de familia de aquella localidad, el Colegio de San Agustín. Este plantel, donde tan necesario se hacía, tomó rápido incremento, y habría sido un maravilloso semillero del saber, de trascendental utilidad en Upata, si por consecuencia de la Guerra Azul, que por aquel entonces estalló, no hubiera tenido que cambiar de residencia el señor Camejo, dirigiéndose á Aragua de Barcelona. Su viaje fue una verdadera vía dolorosa, pues en medio de escaseces y angustias, se multiplicaron sus padecimientos hasta el extremo de ver perdidas para siempre grandes esperanzas suyas, por el rápido fallecimiento de un hijo devorado por la fiebre. Así, con el corazón profundamente herido, con el alma llena de tristezas, después de haber sufrido los embates de larga y pavorosa tempestad, llegó á la citada ciudad de Aragua, donde fundó un colegio de niñas denominado del Sagrado Corazón de Jesús, en el cual se educaron numerosas y distinguidas damas aragueñas, de las cuales, unas, brillan al presente como virtuosas é inteligentes hijas de familia, y las otras sobresalen como excelentes matronas. Los resultados obtenidos en este Colegio, fueron como preciadas flores recogidas en amenísimo jardín. Sabido es que el corazón de la mujer es el trono donde descansa la gloria de los humanos. Educarla é ilustrarla es asegurar la felicidad del hogar, la honra y la ventura de la Patria. ¡Quién

derrame luz en la inteligencia del sér que el cielo nos deparó para consuelo del espíritu, quién ennoblezca y eleve más sus delicados sentimientos, quién le avive más su generosos anhelos, labora con éxito admirable por la felicidad humana, y trae á los campos de la vida, al amparo de la dicha, como regeneradoras brisas del cielo! Entre las niñas educadas en el referido Colegio figura la señorita Josefa María Camejo, que durante largo tiempo ha venido regentando en Zaraza, en unión de la modesta é inteligente señorita Clara Sotillo, el Colegio Nacional de Niñas. No solamente en el Colegio de niñas de Aragua sirvió el señor Camejo á la causa de la educación de la juventud, sino también en la dirección del notable Colegio de San Juan Bautista, fundado en Aragua, por el ilustrado doctor Domingo J. Guzmán Bastardo, quien llamado á servir un cargo público en Maturín, buscando persona idónea á quien confiar la dirección del plantel, cuyo brillante sostenimiento le costaba para entonces como un cuarto de siglo de esfuerzos y de desvelos, solicitó á aquél renombrado institutor. No salieron fallidos sus cálculos al señor doctor Guzmán Bastardo, pues el Colegio siguió su progresiva marcha, hábilmente dirigido.

En 1887 aceptó el señor Camejo el cargo de Subdirector del Colegio Bolívar, fundado en Trinidad, por su antiguo compañero el señor Pedro Sedestrong. La disciplina y régimen interior del instituto dependían de la Subdirección, y él, solícito en el cumplimiento de tan delicados deberes, hizo cuanto pudo por el fomento del plantel. En esta vez circunstancias imprevistas, fueron fatales para el señor Camejo, pues perdidos sus escasos bienes de fortuna quedó reducido á la mayor pobreza.

De Trinidad se fue á Ciudad Bolívar, y allí fundó de nuevo un Colegio con el nombre Talavera, como el otro que anteriormente había establecido. Durante cuatro años estuvo dedicado al sostenimiento de este plantel,

mas, ennegrecido el cielo de la Patria y producidos los innúmeros conflictos que ocasiona la guerra, le fue necesario durante la del 92, abandonar de nuevo la hospitalaria y bella tierra de Ciudad Bolívar, para ir á Zaraza de donde le llamaban varios padres de familia, para que fundara un colegio de varones y otro de niñas, dirigido el primero por él, y el segundo por su señora esposa, la cual al mes de haber comenzado sus labores escolares, rindió la jornada de la vida.

Camejo recibió este golpe, si con resignación cristiana, con inmenso dolor. El deseaba alejarse, siquiera transitoriamente de aquel lugar de tan triste recordación para su abatido espíritu, consustancializado en largos años de mutuo amor, con el de su inolvidable compañera. En este mismo tiempo falleció en Valle de la Pascua, en mala hora para las letras y las ciencias, el talentoso joven doctor Manuel Segura Mijares, quien había ido de Caracas á fundar allí un Colegio. Los alumnos quedaron sin maestro, y llamaron sus padres al señor Camejo, para que terminaran aquellos bajo su dirección, los estudios filosóficos emprendidos; accedió á la solicitud, y poco tiempo después 8 jóvenes recibían el grado de Bachiller, de los cuales Miguel L. Ron, Jesús María Istúriz y Ernesto Díaz, siguieron estudios científicos en la Universidad Central. Camejo regresó á Zaraza, y dió de nuevo vida al Colegio que había fundado, el cual cuenta ya con varios cursos de filosofía y contaba el año de 97 con 51 alumnos. El señor general Andrade, conocedor de los esfuerzos del señor Camejo por la noble causa de la difusión de las letras, como Presidente del Estado Miranda, le acordó una subvención para el Colegio fundado en Zaraza, exigiéndole que no llevara el nombre de Andrade, que se le pensaba poner, y sí el de Zaraza, en recordación de este ilustre patriota.

El señor Camejo ha formado una familia honorable, culta é ilustrada. Uno de sus hijos, el señor doctor J. B. Camejo Farbós, ha divulgado las letras y servido con

éxito el Colegio de Altagracia de Orituco; y la señorita Josefa María Camejo sirve de igual modo, el de niñas de Zaraza. Además el insigne institutor á que nos referimos, comprende que la palabra lanzada desde la tribuna de la prensa es onda de luz que sin encontrar orilla, se dilata maravillosamente en el mundo de las inteligencias, y por ello, algunas de sus sabias investigaciones han salido á la publicidad. Ha escrito varias obras didácticas, y artículos de carácter científico y literario. En 1882 publicó una "Instrucción Moral y Religiosa," que fue favorablemente acogida por el público, y en colaboración con el inolvidable doctor Ramón Isidro Montes, escribió también, una Gramática completa para Colegios que comprende hasta la Métrica, y una Gramática para niños. Además tiene dispuesto para entrar en prensa, un Manual de Pedagogía, que por lo publicado de él en varios periódicos, puede considerarse como una obra de sobresaliente mérito literario y científico.

Fue director del Colegio Sucre, fundado en Maracay por el ciudadano doctor José Ramón Núñez, cuando servía la Presidencia del extinguido Estado Miranda. En la bella tierra de Aragua, ha enaltecido una vez más la enseñanza, con perseverante entusiasmo regentando el Colegio Nacional de varones de La Victoria.

De Aragua se vino el señor Camejo para Caracas, buscando nueva vida, ansiando libertad su espíritu de la tristeza y de la soledad moral que ha sentido en la larga calle de amargura, recorrida por él, con excepcional grandeza, luchando siempre contra mayores y crecientes infortunios. Un ciudadano ilustre, un benemérito del saber, un padre de familia amante y virtuoso, un apóstol encanecido y encorvado en las luchas del bien, y sin embargo, los días no han tenido para su noble corazón horas tranquilas, en que satisfecho haya podido saborear el dulce nectar de la felicidad. Su cabeza pensadora no ha sentido esos como enjambres melodiosos de ideas gratas, acordes divinos que la di-

cha hace ir del corazón á la mente y de la mente al corazón, cuando las más íntimas aspiraciones realizadas, nos abstraen inefablemente. Camejo es un peregrino, que lejos del hogar y de sus hijos adorados, ha trabajado y combatido sin cesar, para remitir el escaso fruto de sus valiosos afanes, á ese cielo que su pensamiento ve surgir siempre, allá en la pampa solitaria, inmensa, donde él tiene pedazos del alma. Hablo así porque él me dijo antes de venirse de Aragua: me voy á Caracas, á combatir con más bríos, con más esperanzas, porque ansío estar con mi familia, poderla traer á mi lado: estoy en la tarde de mi vida, y con mi pensamiento vuelto al pasado, siento hambre del afecto de los míos.

¡ Qué bello es el orígen del Instituto Guevara, para el que conozca como yo los divinos moldes en que fue idea do, por una alma grande, generosa, llena de ciencia, de ternura y de amor ! Este Instituto será foco de luz esplendoroso : en él reinará la virtud austera: la palabra autorizada: el ejemplo ennoblecedor, y tendrá la juventud al mirar el rostro afable del apóstol que la dirige, como espejo trasparente, detrás del cual admirará renovados constantemente, los inefables encantos del bien y la virtud.

Hé aquí, á grandes rasgos, la vida de este benemérito ciudadano que ha librado un combate sin tregua de 40 años, por la difusión de los conocimientos en el ardoroso campo de la vida. Estos caracteres no se los explica la generalidad de las gentes, porque para comprenderlos bien, es necesario entrar en un orden de consideraciones elevadas y juzgar su vida y sus hechos con imparcialidad, con justicia é ilustrado discernimiento.

Para nosotros el señor Camejo es un apóstol de la enseñanza, que ha realizado una grande obra fuera del centro de la República, sin elementos, con el solo capital de su perseverancia y de su inextinguigle amor á las letras. No es culpa suya que su obra no haya correspondido á la magnitud de sus esfuerzos, y que cargado de

años y pobre haya comenzado para él la tarde de la vida, sin poder concebir la esperanza de días tranquilos y sosegados, en un porvenir dichoso. El me ha dicho como me dijo otro de nuestros célebres civilizadores, "batallaré hasta el último día, hasta el postrer de mis esfuerzos, y me consideraré dichoso, si termino mi propaganda con el último aliento de mi existencia."

Ojalá suceda á mi amigo Camejo lo contrario de lo que espera, pues él merece que el ángel bueno de la Patria, llene de flores el camino de los postreros días de su vida.

BACHILLER EGIDIO A. MONTESINOS C.

Venimos á cumplir un deber de justicia, dedicando estas líneas á un civilizador que por sus eminentes servicios á la causa de las letras, se ha hecho acreedor á la estimación de sus compatriotas. No omitir esfuerzos para la divulgación de los conocimientos humanos, acoger con recomendable entusiasmo las conquistas de las ciencias y dedicar todas las fuerzas de la voluntad á una labor fecunda y útil, es convertir la vida en un apostolado magnífico.

Ilustrar la juventud es elevar el espíritu de los hombres del porvenir: llevar á la inteligencia la luz de los conocimientos, es embellecer los senderos de la existencia ensanchando los horizontes del pensamiento.

Prestan inmensos servicios á la Patria los que se dedican á la ardua tarea de la enseñanza, poseyendo, para el ejercicio de tan augusta misión, excelsas virtudes, y las relevantes dotes de carácter y de ingenio que ella requiere.

Los resultados de la buena enseñanza son tan grandes, que se revelan en la marcha de los pueblos, dándoles hermosa fisonomía y vigorosos impulsos. Con ella se ensanchan los conocimientos, se generalizan las ciencias, florecen las letras, y con esto naturalmente obtienen, cam-

BACHILLER EGIDIO A. MONTESINOS C

po el progreso, teatro la civilización, y todo como que se aúna para hacer más fácil la prosperidad privada y pública.

El respetable nombre que hemos colocado al frente de estas líneas, nos recuerda á un benemérito servidor de la instrucción, que tiene medio siglo enseñando á la juventud de Occidente.

Nació don Egidio A. Montesinos C. en la célebre ciudad de El Tocuyo, del Estado Lara, el día primero del mes de setiembre del año de 1831. Su padre fue el ilustre Prócer de la Independencia, Pedro Montesinos, y su madre, la distinguida señora Francisca Canelón. Vino al mundo en un hogar honorable, donde se enaltecía el amor á la Patria y se practicaban sólidas virtudes. Creció al amparo de sanas costumbres, y educado en el regazo del amor paternal, si con cariño, con la austeridad de aquellos tiempos; pasó á estudiar primeras letras en la escuela que regentaba el señor Juan Bautista Camacho, y luego á la servida por el señor Marcelo Morles.

Terminado su primer aprendizaje, entró á estudiar humanidades en el Colegio Nacional del Tocuyo y tuvo por maestros al insigne latinista señor Manuel Ramón Yépez, al ilustrado doctor José Cruz Limardo y al señor Francisco García. Al mismo tiempo cursó francés con el señor Carlos Páez, de Valencia, y recibió lecciones de historia y literatura, del renombrado cubano doctor N. Arteaga. Preparada su inteligencia con algunos conocimientos, y deseoso él de saber más, emprendió sus estudios filosóficos en el Colegio Nacional, bajo lo dirección de los inolvidables maestros doctores José María Lucena, Lorenzo Tamayo y bachiller Pedro Pablo Yépez, los cuales estudios terminó, y recibió el grado de bachiller el 16 de julio de 1849, mereciendo el primer puésto en el concurso á grados del referido año.

Desde muy temprana edad se dedicó Montesinos á la labor de la enseñanza. Corría el año ya referido de 1849 cuando comenzó á servir la primera clase de filosofía en el Colegio Nacional de El Tocuyo. A poco se encargó de

otras, llegando á leer seis cursos de filosofía en los que se recomendó notablemente á la consideración del público y de sus numerosos discípulos, por su consagración, inteligencia y demás relevantes prendas, que hacen de él un eminente ciudadano.

Por el año de 1854, sirvió la administración de rentas del citado Colegio, dando tan satisfactorios resultados que hizo productivas cantidades hasta entonces litigiosas.

No contento Montesinos con todo lo que hacía en provecho de la juventud, quiso hacer más y pidió permiso al Rector de aquel Colegio para establecer gratis dos clases, una de pasantía, de las materias correspondientes al bachillerato, y la otra de historia patria. Obtenida la licencia, inauguró ambas clases, y las regentó con su ya aplaudida constancia é inteligencia. El establecimiento de aquellas clases regentadas por Montesinos, dada la escasez que había de buenos profesores, es un hecho que en aquellos tiempos tomaba inmenso valor. Por otra parte los estudios filosóficos son como la base de todos los de-más conocimientos que después se adquieren, y de consiguiente hacerlos bien, es haber dado con laudable acierto el primero y más trascendental paso en el camino de las ciencias. Y aunar á los estudios filosóficos los de la historia patria, es llevar á la inteligencia de la juventud el conocimiento de las proezas, virtudes y abnegación con que nuestros progenitores alcanzaron en largos años de cruento batallar, la Independencia de la Patria; es hacer sentir al corazón la noble emulación del bien; es despertar en los espíritus jóvenes, creciente amor á las virtudes del patriotismo.

No fueron estériles los esfuerzos de Montesinos. Tuvo numerosísimos discípulos en aquella época, que después han brillado en alta escala, figurando unos, como notables médicos, otros como célebres juriscosultos, quiénes como sacerdotes ejemplares, quiénes como modelos en la vida social.

Para el año de 1863 se encontraba Montesinos separado del Colegio Nacional, y fundó en éste mismo año el de

"La Concordia," que cuenta 39 de existencia, sin que se haya interrumpido la enseñanza en él, un solo día.

Las Cámaras Legislativas de 1874, en atención á las ejecutorias del señor Montesinos, y á las buenas recomendaciones que se hacían de su Colegio, le concedieron la facultad legal para conferir grados de bachiller en filosofía.

Al presente lee aquel notable civilizador en su acreditado Colegio "La Concordia," el décimo quinto curso de filosofía. Sus discípulos pasan de mil y unos aquí, otros allá, quiénes en distintos lugares, se han distinguido por sus sobresalientes dotes de ingenio, laboriosidad y patriotismo. Como en esta ligera reseña no podemos citar los nombres de todos, con los merecidos elogios á que se han hecho acreedores, mencionaremos siquiera los de algunos de aquéllos. Sea el primero el del doctor Gil Fortoul, joven de vastísima inteligencia, que aquí y allende los mares ha merecido justas alabanzas por sus múltiples producciones, todas notablemente elevadas, y con frecuencia filosóficas y profundas. La gloria de tan brillante y distinguido escritor salió ya de los lindes de la Patria, y sigue tomando creces en alas de la fama que la pregona.

Y así como Gil Fortoul, van á la vanguardia entre los jóvenes pensadores de Venezuela, el doctor Lisandro Alvarado, observador, analista sobresaliente, como variados y profundos son sus conocimientos y estudios, demostrados en trabajos de mérito, por su belleza y por su fondo; el notable orador, escritor y poeta Pbro. doctor José María Pérez Limardo; el actual Arzobispo de Caracas y Venezuela, Monseñor Uzcátegui, inteligente y tan modesto como bueno y progresista; el doctor Leonidas Agüero Mosquera, médico de larga práctica, en la cual siempre ha merecido lauros por su saber é ilustración; el Pbro. bachiller José Elías Silva, notable por su bello decir y especiales conocimientos de los escritores sagrados; el doctor Crispín Yépez, de talento chispeante y de elocuente decir, ora tome la pluma del periodista, ora escale la tribuna de la elcuencia; el doctor Fernando Yépez Peraza, médico notable,que maneja bien el bisturí y sabe remontarse á las cum-

bres del Parnaso, en sus horas de recreaciones literarias; el Dr. José E. Landines, médico filántropo que ha hecho de su augusta profesión un sacerdocio, pues siempre agrega á los consejos de su ciencia, palabras de consuelo y esperanza; el Pbro. Dr. José A. Lucena, teólogo distinguido, que practica de modo ejemplar la sublime doctrina que divulga entre sus fieles; el Dr. Pompilio Oropeza, maestro en el arte del buen decir y fundador en Carora de un aplaudido Colegio; el Dr. Rafael Silveira, ingeniero acreditado por sus conocimientos y práctica; el doctor Juan P. Tamayo, asaz certero en el diagnóstico, de sólida y extendida fama en Occidente, la cual ha revalidado ventajosamente en Caracas; el doctor Rafael Garmendia R., que ha servido la Presidencia del Estado Lara; y Jesús María Garmendia, Rafael Cortés, José María Rodríguez G., Francisco Lucena, E. A. Montesinos, A. Tamayo León, Lisandro Gil, Carlos A. Pérez, Pablo Bujanda, Manuel Silveira, J. de J. Montesinos, Rafael Pérez, Ramón Rojas Vale, Federico Yépez, Julio Olavarrieta, Tertuliano Herrera O., José María Riera A., Salomón Curiel, Tiburcio Garrido, Juan Bta. Posadas, L. Antonio Zubillaga, Leonidas Blanco, Francisco Lucena h., Bartolomé Guedes, Baudilio Lara, Hilarión Seijas, Vicente Jiménez, Tulio Alvarez, Ladislao Castillo, José Gregorio Limardo, Juan María Veracoechea, Melquíades Rodríguez, Mateo Lucena, Hilario Luna y Luna, Juan Pablo Colmenares, Pompeyo Morillo, Félix J. Camacho, Telésforo Oberto, el notable sacerdote M. Hurtado, Carlos Yépez Borges, Ramón Montesinos, Ezequiel Bujanda, y los bachilleres F. Jiménez Arráiz, R. Gil Garmendia, J. A. Pérez Limardo, Jesús Yépez Garmendia, R. Cortés García, Cristóbal Carrasco, José A. Yépez, Manuel G. Prado, Eduardo Veracoechea, Nicanor Linares, y tantos y tantos otros, doctores y bachilleres, ventajosamente conocidos del público, por el acierto é inteligencia con que desempeñan las delicadas funciones de las respectivas ciencias que cultivan.

Uno de los más esforzados propagandistas del progreso y de las luces en el Estado Lara, ha sido, y es, don Egi-

dio Montesinos, quien por largo espacio de medio siglo viene consagrado á la enseñanza de la juventud, y dando su valiosa protección á todo lo que involucra algún adelanto en el sentido del perfeccionamiento humano.

Si los buenos é ilustrados institutores no son los mejores reformadores de las sociedades, son por lo menos los que preparan y abonan el terreno, para los que vienen detrás de ellos con la pica del progreso en la una mano y el estandarte de la civilización en la otra, trabajando por los adelantos de las industrias y las ciencias, que en sus diversas manifestaciones abrazan y compendian los triunfos y adelantos alcanzados por la humanidad, en el incesante batallar de siglos.

Rara es la población del Estado Lara en la que no haya figurado un discípulo de don Egidio, ejerciendo las delicadas funciones del apostolado cristiano, ora aliviando los dolores de la humanidad con los cuidados de la medicina, ora defendiendo los sagrados fueros de la justicia. Y todo esto se debe á él, porque con su propaganda en el fecundo campo del saber despertó en la juventud de Occidente el amor á las letras que siempre andan acompañadas de mejoras sociales, porque ellas despejan los plácidos cielos del espíritu y despiertan en las inteligencias de los que las cultivan, virtudes que enaltecen y aspiraciones que elevan.

Montesinos está todavía relativamente joven, no obstante su laboriosa vida, y contar setenta años. Para él los trabajos de la enseñanza han llegado á ser tan familiares, que en carta dirigida á un amigo suyo, le dice: "Todas las clases de mi colegio están muy concurridas, pero no crea usted que por eso me siento agobiado; estoy en mi elemento, como el pez en el agua."

También fuera del Estado Lara, y en varias é importantes poblaciones de la República, han figurado y figuran discípulos del señor Montesinos. Este insigne educacionista ha contribuido eficazmente á la formación de muchos y buenos ciudadanos; ha puesto siempre sus esfuerzos y clara inteligencia á favor de las buenas causas; ha contribuido con el prestigio de que justamente goza, con pa-

trióticos ejemplos y laboriosa vida, á fomentar las nobles tendencias y sanas costumbres de la numerosa juventud que ha venido educando é instruyendo. A él se debe en su mayor parte el elevado espíritu público, que desde tiempo atrás se viene manifestando en Occidente, en obras de verdadero progreso y adelantos intelectuales.

Como escritor público merece también especial mención el señor Montesinos, pues sus escritos siempre se recomiendan por la claridad y robustez de las cláusulas, por la elegancia de los períodos, así como por la belleza de la forma.

Los asuntos que estudia, los presenta á la inteligencia del lector con espontaneidad y precisión, de tal manera que, la lectura de sus producciones es provechosa, porque además de las mencionadas excelentes condiciones que las adornan, versan á menudo sobre materias cuyo esclarecimiento interesa á los hombres estudiosos y pensadores. Ha publicado varias obras de enseñanza, aplaudidas por célebres institutores venezolanos, y conserva inéditas otras, de mayor importancia.

Don Egidio se casó el 14 de junio de 1854 con la interesante señorita Eudoxia Agiiero, y es hoy padre de numerosa familia, la cual por sus dotes de inteligencia y virtudes, brilla como precioso ornamento de la distinguida sociedad tocuyana, y cual risueña primavera de bella juventud, alegra la tarde de la vida de aquel gran ciudadano, todo corazón, todo inteligencia. Su vida es un reguero de luz, esmaltado por obras de amor.

La Sociedad Recreativa y Progresista establecida en la ciudad del Tocuyo, compuesta en su totalidad de discípulos de don Egidio, acordó colocar en el salón de sus sesiones el retrato del Maestro, el día 28 de octubre de 1898. Este acto de justicia se verificó solemnemente, y sirvió para demostrar que en el Estado Lara las virtudes y los méritos de aquel ínclito varón, no pasan desapercibidos. El noble pensamiento de la juventud tocuyana, del uno al otro extremo del Estado, fue recibido con entusiasmo, con verdadera é íntima satisfacción, y el modesto civilizador

FELIX MARIA PAREDES

de Occidente, en su pacífico retiro, templo de Minerva, dedicado á enaltecer la juventud por el espíritu y á celebrar sus glorias, recibió numerosas felicitaciones de todos los gremios sociales, desde el Presidente del Estado, hasta el artesano que ha visto salir de "La Concordia," instruidos y educados sus hijos. Poquísimos ciudadanos habrán servido á su Patria con más perseverancia, con más abnegación que aquel apóstol de la enseñanza, para quien los mayores placeres de la vida, han consistido en ver adelantar la juventud, por los triunfos, siempre fecundos y maravillosos de la inteligencia. La obra de tan celoso propagandista de las letras, es hoy trascendental en el País.

La Sociedad Recreativa y Progresista ha publicado un folleto, en el cual se enarran los singulares méritos de don Egidio, y se exhibe su obra de luz y de regeneración intelectual en beneficio de los humanos. Son notables todos los escritos que contiene la mencionada publicación, la cual viene precedida de un bello trabajo del doctor H. Luna y Luna, en el cual si resaltan de modo exquisito los primores de la inteligencia, es para hacer más remarcables las virtudes del corazón cuando rinde culto á la justicia. Es necesario decir cuando se trata de ciertos hombres, ¡bendito corazón! ¡bendita inteligencia! Con felicísimo acierto,en pinceladas magistrales, llenas de luz, presenta el doctor Luna la figura excelsa del insigne Maestro.

Los hombres que, como el Apóstol de las letras en Occidente, consagran la existencia á una labor tan útil y meritoria como la de la enseñanza, merecen la estimación de sus conciudadanos y la gratitud de la Patria.

FELIX MARIA PAREDES

Es un notable servidor de la instrucción pública que no ha omitido esfuerzos por difundir en su Patria la fecunda luz de los conocimientos humanos. Vino al

mundo en la ilustre ciudad de Caracas, el 21 del mes de febrero del año de 1829, en aquellos hermosos días en que la República de Colombia, todavía de pie sobre dos océanos, llamaba la admiración de las gentes por las estupendas concepciones y hazañas singulares del heroísmo de sus hijos. Fueron sus padres el señor Agustín Paredes y la señora Manuela González. No conservó sino por breve tiempo á su buena madre, pues contaba cuatro años cuando tuvo la desgracia de perderla. Le faltó el calor maternal cuando más lo necesitaba, cuando su espíritu se abría á las impresiones de la vida y la luz de la razón se anunciaba en él con encantos de indescriptible belleza. Su padre resolvió entonces llevarlo á La Victoria, al lado de la familia Paredes, donde encontró solícitos cuidados, y transcurrieron para él en apacible paz, diez años de vida. Contaba catorce, cuando su amoroso padre fue acosado de larga y penosa enfermedad, que lentamente le fue arrebatando la existencia hasta agotarla el año de 47.

Triste, solo y sin experiencia de las cosas humanas, quedó el joven Paredes á los umbrales de la vida, cuando más necesitaba de la protección y sabios consejos de su padre. No decayeron las energías de su espíritu en tan difícil y tremendo lance, pues abrió campaña, y alentado por sus propios esfuerzos, su voluntad inquebrantable é inteligencia despejada, principió á cruzar los senderos de la vida, haciéndose de relaciones, personalidad y nombre. No otra cosa pueden alcanzar los que inspirados en el amor á la verdad, llevan en el corazón tesoros de esperanzas, y marchan á combatir por el triunfo de las buenas ideas.

El ilustrado institutor Manuel Mudarra, que había sido maestro de primeras letras del joven Paredes, que conocía su amor al estudio, que sabía que aquella tierna inteligencia ansiaba luz, que no podía proporcionársela yendo á un colegio, ofreció darle clases, y las ideas del bondadoso maestro cayeron en el cerebro del joven Pare-

des, como cae la semilla en tierra que la reclama por abonada y fecunda.

Era tal la vocación del señor Paredes por la enseñanza, que en la escuela, cuando sirvió el cargo de decurión, sentía especial placer en enseñar las lecciones á sus condiscípulos, y en dar las clases que el maestro le confiaba.

Tan vivos deseos de generalizar las ideas en aquella época que tanto reclamaba la instrucción, en que tan necesários eran los primeros conocimientos, hicieron que el público apreciara las relevantes prendas del joven Paredes. Por ello se le encargó de la escuela municipal de San Mateo, y la regentó desde el año 52 hasta el de 64, siendo promovido en esta fecha á la municipal de La Victoria, que regentó hasta el año de 1872, en que pasó en la misma ciudad, á servir la escuela federal No. 11, después 719, donde ha venido, hasta el presente, ejerciendo un verdadero apostolado, sin omitir esfuerzos en favor de los que anhelan la instrucción del espíritu. Con afecto de padre amantísimo recibe el señor Paredes á los niños que llegan á su escuela, la cual por la contracción y singulares dotes del director, se ha convertido en un verdadero colegio, semillero del saber, honra y prez de la Sección Aragua.

Más de dos mil ciudadanos han recibido sus primeros conocimientos bajo la sabia dirección del incansable señor Paredes. De tan notable instituto, con elevadas ideas en la mente, con sanos propósitos en el corazón, han salido al campo del mundo, á conquistar lauros en las ciencias, las industrias, las artes y la política, jóvenes que han sido ornamento de la Patria, que tienen derecho á vivir en el amor de sus conciudadanos. Y al presente figuran en la República, sobresaliendo por sus bellas prendas morales é intelectuales, una multitud de hombres formados en su juventud, al lado de aquel espíritu grande y generoso, siempre enamorado del progreso intelectual de la humanidad. Citemos á continuación los nombres de algunos discípulos del insigne maestro, ya que ellos forman la mejor corona

de su gloria. Son conocidos ventajosamente los doctores Rosendo García Betancourt, Antonio y Tomás Sosa Sáa, por inteligentes y laboriosos; los sacerdotes Vicente Pacheco, León Malpica, Ramón Silva, Rafael E. Alvarez, Custodio Castillo Campo y Pedro A. Alonzo; el médico doctor Francisco de Paula Ruiz Mirabal; los farmaceutas Jesús María Martínez M., Aureliano Fernández G., Simón Fernández y Alejandro Jiménez; los literatos Rufino Blanco Fombona, Manuel C. Correa, Jesús María y Manuel Alfonzo Landa, y Jesús María Meza Landaeta; los comerciantes Joaquín León Casado, Deogracia Talavera, José Isabel Pacheco, Luis y Eduardo Blank, Francisco Lehrman y Andrés Barrio Serrano; los agricultores Napoleón Pérez Díaz, José Antonio Valero, Ramón Gallardo Pérez, Francisco R. Olmos y Rosendo Espinosa; los tipógrafos Carlos Bejarano, Santiago Díaz y Rafael Cruz; los preceptores Abel é Ismael Guedez y Francisco J. Miquelena; y tantos otros que por su fina educación, conocimientos y clara inteligencia, sobresalen por sus patrióticos y generosos esfuerzos en el variado campo de la actividad humana.

La perseverancia y la virtud empeñadas en la obra del bien, no pueden permanecer inadvertidas aunque la modestia extienda sobre ellas su divino manto. Los obreros del progreso humano, por humildes que quieran ser, no pueden ocultar los triunfos de sus esfuerzos, ni la gloria que ellos mismos reflejan en la hermosa senda de la civilización. Tal aconteció al señor Paredes, pues su nombre precedido de buena fama andaba de boca en boca, y por ello la Legislatura del antiguo Estado Guzmán Blanco, en 1876, después de recomendarle á la gratitud pública, declaró su jubilación señalándole, en recompensa de sus inestimables servicios á la Patria, en el ramo de la Instrucción Pública, una pequeña pensión. Este acto de justicia al mérito, fue recibido con entusiasmo patriótico, y secundado luego por otro del Gobierno Nacional, en 1878, concediendo al señor Paredes el Busto del Libertador y la Medalla de Instrucción Pública. ¿Quién más acreedor á tales

recompensas? ¿Quién más digno de recibir de sus conciudadanos el testimonio del aprecio público?

El Institutor á que nos referimos, cree que por la enseñanza se alcanzan los demás progresos y por ello, como apóstol generoso del perfeccionamiento social, ha dedicado su vida con singular entusiasmo á la divulgación de las letras. ¿Qué ideal más bello y más grande? Sublime es el proceder de Paredes cuando gratuitamente establece clases dominicales para los alumnos pobres y una escuela nocturna para los niños impedidos de asistir á las escuelas diurnas.

La guerra que, como voraz incendio, siempre pasa destruyendo; que torna la envidiable delicia de la paz en agonía de muerte, no detuvo al señor Paredes en su meritoria labor. Del 70 al 72 sirvió sin remuneración alguna la escuela municipal de La Victoria. El patriota ejemplar, el revolucionario pacífico, mientras tronaba el cañón de batalla, servía á la República educando é instruyendo á legiones de niños, á los futuros obreros de la Patria, á ciudadanos hoy eminentes que la sirven con dignidad, honrándola con sus virtudes. Esta abnegación del insigne maestro, en su profesorado de medio siglo, le ha llevado lentamente á la pobreza, pues hasta los bienes que heredó de sus padres los ha consumido en sus tareas escolares, sin que su fe de grande apóstol se haya entibiado siquiera. Hoy, ya en la tarde de su vida, cuando debiera tener descanso, duplica sus esfuerzos, pues en lugar de los cuarenta ó cincuenta alumnos que fija la ley, él tiene siempre de ochenta á ciento que asisten diariamente. Las puertas de su escuela son las de un templo abierto. A nadie se le impide la entrada y todo el que entra es bien recibido y atendido. Como los multiplicados esfuerzos del maestro no bastarían para sus cien alumnos, él que ama la divulgación de los conocimientos humanos, que cree que la simiente de las buenas ideas arrojada al cerebro de los niños, forma la luz del porvenir, la honra y la gloria de la Patria, paga una persona que le ayude en el profesorado, redu-

ciendo así su pequeño sueldo, á una cantidad verdaderamente insignificante.

Sin perjuicio de la enseñanza ha servido el señor Paredes algunos cargos públicos de honor y de confianza. En 1862 fue miembro de la Diputación de la antigua Provincia de Aragua; después y en diferentes épocas, fue Administrador de Rentas internas, tres veces miembro del Concejo Municipal, dos veces Tesorero General del Estado, dos veces Administrador de Rentas Municipales, Secretario por largos años de la Junta de Instrucción Pública, miembro de varias Juntas de Fomento, y del Congreso Pedagógico instalado en Caracas, al cual no pudo asistir personalmente, por inconvenientes de salud. Le representó en tan notable Asamblea, el apreciable é inteligente caballero Julio H. Bermúdez.

La escuela liberal, que representa las más avanzadas conquistas de la civilización, ha tenido siempre en el señor Paredes un entusiasta propulsor. Jamás han faltado á su causa sus esfuerzos en los torneos del civismo. No la ha servido en los campos de batalla porque odia las revoluciones y ve con horror la sangre fratricida. Y tan nobles sentimientos, y tan hermoso proceder, corresponden bien al hombre que sabe amar entrañablemente á la humanidad y ha dedicado á la juventud su vida, para lanzarla ilustrada al campo del mundo, á librar al amparo de la paz, la batalla de la existencia, con ideas por armas, con hermosísimos ideales en la mente, con delicados sentimientos en el corazón. ¿Cómo había de agradarle la guerra al que sólo espera los grandes triunfos humanos del seno de la paz al calor de la civilización?

El señor Paredes ha prestado importantes servicios en el ramo judicial, sirviendo unas veces el Juzgado de Primera Instancia en lo Criminal, y figurando en otras en Tribunales colegiados de mayor jerarquía. Como Juez ha sido acucioso en escudriñar la verdad, á la cual ha tratado en toda ocasión de rendir el tributo de su voluntad.

En el mes de enero de este año, cumplió 50 de vivir

dedicado á la enseñanza. Este quincuagésimo aniversario le ha llenado de inefable alegría, la cual se trasluce de modo especial en su semblante, cuando habla del apostolado de la enseñanza, recordando sus numerosos discípulos. Se propone celebrar sus bodas de oro, para lo cual ha pensado que cada uno de sus discípulos le sirva de padrino, á cuyo efecto les va á escribir para que asistan y le remitan una tarjeta, con las que piensa formar un cuadro que él juzga de inestimable valor, y aspira á conservar como prenda sagrada en los postrimeros días de su vida. ¡Qué bellas son las aspiraciones de las almas generosas! ¡Cuán sublimes los sentimientos de los corazones exaltados por el bien!

El carácter del señor Paredes es esencialmente pacífico, y su inteligencia refractaria al odio y á la venganza. Posee él la virtud de la caridad en altísimo grado. Las obras del bien le encantan, y por ello en La Victoria no ha habido sociedad benéfica á la cual no haya pertenecido. De antemano se puede contar con él para todo acto filantrópico, pues su larga vida la ha dedicado á la práctica de estimabilísimas virtudes, inspiradas siempre en el amor cristiano. "El discípulo amado ha dicho: "*la caridad es amor*" y, por lo mismo, no florece sino en aquellos corazones que viven entre los dos ideales más hermosos de la humanidad: el grandioso ideal que está en la cumbre del Universo, es decir, Dios; y el ideal misterioso que está aquí abajo en el fondo de todas las miserias, es decir, el pobre." (1)

La vida del señor Paredes ofrece á los que la estudian, admirables ejemplos de virtud y valor moral. Para su generoso corazón han existido los dos ideales más hermosos: Dios y el pobre.

Tan insigne ciudadano goza de estimación general, y en la ciudad de La Victoria, donde ha trascurrido toda su vida, su nombre es pronunciado por todos con cariño y respeto.

(1) L. Villanueva.

FRANCISCO MANUEL GONZALEZ

Vamos á referirnos á un propagandista de las letras, á un batallador insigne, á uno de esos hombres que sin más capital que la propia voluntad, consiguen por su talento, virtudes y nobles esfuerzos, trepar la escala de los merecimientos elevándose en el aprecio social.

En el pueblo de Cariaco, antiguo San Felipe de Austria, á las risueñas y rumorosas orillas del río Carinicuao, nació el señor González el día 2 del mes de abril de 1848. En tan apacible y bello lugar trascurrieron los dos primeros años de su vida, al cabo de los cuales se trasladó su familia á Carúpano, anhelando mejorar la propia existencia. Fue en esta importante ciudad, á la vista imponente del océano, donde puede decirse que la inteligencia de González principió á desarrollarse y á sentir los nobilísimos anhelos del saber. Por aquel entonces González no pudo concurrir á ninguna escuela. La pobreza de su buena madre le cortaba las alas á sus deseos. Fue en el hogar, en el tierno regazo de la que todo es amor y dulzura para nosotros, que aprendió á leer y á escribir. Hecho éste su primer aprendizaje y alentado por los nobles ejemplos y heroicos esfuerzos de su cariñosa madre, González no se detiene en su carrera.

Llevado de su amor á las letras logra aprender un poco después, con el ilustrado general Manuel S. García, gramática castellana y aritmética, en una escuela de primeras letras que aquél fundó en Carúpano.

Quedó de nuevo el joven, que tan ardientemente amaba la luz del saber, entregado á las rudas batallas de la vida. Era ya casi un hombre, que con fuerzas, caudal de ideas y elevados propósitos, marchaba al porvenir, deseando hacer el bien, conquistar fama y lauros.

FRANCISCO MANUEL GONZALEZ

Así le vió el patriota é inteligente cumanés señor Francisco A. Barberi, gloria de las letras patrias, cuando espontáneamente le ofreció dar algunas lecciones de filosofía, las cuales de muy buen grado recibió González, cayendo entonces en su espíritu precioso caudal de doctrina é ideas, como cae la lluvia en terreno fecundo, próximo á florecer. Tan útil aprendizaje lo interrumpió el infatigable joven, para afiliarse en el ejército que sostenía en Oriente al general Bruzual, durante la revolución azul.

Triunfante la revolución mencionada, González no se encontró bien, y refugiándose al interior de Carúpano, vivió consagrado al trabajo, esperando mejores días para la causa de sus afecciones, á la cual estaba dispuesto á consagrar todos sus esfuerzos. Por eso no es de extrañar, y menos, dado el temple de su carácter, que la revolución del 70 le encontrara con un fusil al hombro, entre sus más decididos y esforzados partidarios. Asistió á la batalla de Cariaquito, en la cual se batió con brillante éxito al denodado Camero; á la de Carúpano, en los días 1 y 2 de mayo del referido 70; á la de Punta de Araya, con la escuadra enemiga; á la segunda de Cariaquito, contra el general Ducharme; á la de 25 de junio de 1875, en Carúpano; á la del Pilar, en abril del mismo año, contra el mencionado general Ducharme; y á la de Carúpano, los días 11 y 12 de marzo de 1872, en que las armas liberales fueron medidas en formidable ataque, con éxito satisfactorio, contra el general Leoncio Quintana, héroe de singular bravura en los campos de batalla.

Terminada la campaña de abril vuelve González á su hogar, con el grado de Coronel efectivo, á seguir su propaganda, á sostener en las escuelas con la difusión del saber, los principios liberales y democráticos que como soldado con el arma en la mano había sostenido con impavidez y enérgica bravura, en reñidos combates.

Corría el año de 1872, y ya él tenía establecida en Carúpano una escuela particular de primeras letras. El

Ilustre Concejo Municipal de la referida ciudad, deseoso de aprovechar la consagración y aptitudes de González, le nombró preceptor de la escuela de la parroquia de Santa Catalina, cargo que sirvió con éxito notable. Separado de este empleo por mezquindades é intrigas de política lugareña, abrió de nuevo otra escuela particular, á la cual concurrió numerosa legión de niños, atraídos por la fama del maestro. Nombrado en esta ocasión por la Junta de Instrucción Primaria Federal, para regentar la escuela número 234, aceptó el destino, y siguió en la misma localidad de Carúpano, sirviendo á sus conciudadanos, y preparándole á la Patria, por medio del ejemplo y de la trasmisión del saber, hijos que hoy la honran. Al propio tiempo que servía esta escuela, era él discípulo del señor Pro. Diego Morales en el estudio del latín, idioma que siguió aprendiendo con el renombrado é ilustrado Pro. doctor José Antonio Ramos Martínez, eminente lumbrera de la Iglesia venezolana, hasta el extremo de verificar con facilidad la traducción de clásicos. Por la misma época estudió con el profesor de idiomas, general Juan Pedro Brand, francés é inglés.

González, amigo político del notable cumanés, señor general Manuel B. Morales, de quien había sido ayudante de campo en la primera batalla de Carúpano mencionada, ganada al general Camero, siguió la política desarrollada por el general Alcántara, yéndose á Margarita al estallar la Revolución reivindicadora. Trascurrido algún tiempo, con capital propio de relaciones ya en la isla, fundó González, en abril de 1880, en Porlamar, un establecimiento de instrucción pública, con el nombre de "Casa de Educación é Instrucción." A los dos años de fundado este plantel, estaban ya preparados para cursar filosofía los jóvenes José de Jesús Tirado, Pedro Carmen Morales, Lucas Salazar González, Juan G. Martínez, Narciso Campo y Rafael Campo Salazar. Concedido por el Gobierno el permiso pedido para leer el curso de filosofía en el referido plantel, se abrió con notable

entusiasmo de la juventud de aquel pintoresco puerto y con no menor regocijo del maestro y de los padres de familia que veían ensancharse los horizontes de sus aspiraciones. De los jóvenes mencionados concluyeron sus estudios filosóficos los cinco primeros, obteniendo el grado de Doctor en filosofía el bachiller José de Jesús Tirado. Fueron también alumnos del mismo establecimiento, los jóvenes Manuel Montenegro, quien concluyó en los Estados Unidos, los estudios de ingeniería, y el hoy Pro. doctor Nicolás Eugenio Navarro, escritor fácil, elocuente y correcto, de variados y profundos conocimientos, llamado á ser por sus virtudes y las muy sobresalientes dotes de su fecundo ingenio, una eminente lumbrera de la Iglesia, de la Patria y de las letras.

En esta época acompañaron al señor González en las ímprobas labores del profesorado, los apreciables é inteligentes ciudadanos doctor Luis Ortega, de grata recordación, y bachilleres Jerónimo Isaías Ortega, G. W. Rothe y José Inés Ortega. Justo es consignar aquí los nombres de tan meritorios ciudadanos, pues todo el que esparce y cultiva en las nuevas generaciones la semilla del saber, es un verdadero benefactor de la humanidad.

Para esta fecha se había cambiado al plantel su nombre de : Casa de Educación é Instrucción, por el de: Colegio San Nicolás, y se leía en él, el segundo curso de filosofía, con los alumnos Pablo Eleuterio Rosario, Juan Figueroa, Julián Pamblini, Modesto Rodríguez, José Loreto Mata, Pedro y Leopoldo Gómez y Juan José Fernández.

De todos estos jóvenes concluyó sus estudios filosóficos en el Colegio Federal de la Asunción, Eleuterio Rosario, pues el citado curso académico se interrumpió en el segundo año, porque á consecuencia de las elecciones de 1885, verificadas en la Isla, el señor González se vió en el caso de alejarse de Porlamar. En este período electoral, González marchó de acuerdo con el prestigioso antiguo liberal, general Bartolomé Ferrer. ¿Cuándo

llegaremos á comprender que en las democracias, como la nuestra, cada ciudadano debe llevar á las urnas electorales el voto espontáneo de su voluntad, sin ninguna cortapisa, sin ningún temor, porque en las Repúblicas no pueden existir sino delegados del pueblo, de ese soberano omnipotente, que sólo se exhibe grande y sublime, donde la libertad lo conforta y la instrucción lo ilumina? Perdóneseme esta digresión, ya que ella es motivada por el interés que inspira la salud de la Patria.

En este período á que veníamos refiriéndonos, sostuvo el coronel González, en el periódico "El Insular," redactado por el señor Jesús María Espínola, la candidatura á la Presidencia de la República, del señor general Joaquín Crespo. Por recomendación del expresado general Crespo, fue González nombrado Vicerrector del Colegio Nacional de la Asunción, destino que no entró á desempeñar inmediatamente, por obstáculos que le fueron opuestos por el círculo que á la sazón dominaba en la Isla, y sobre todo en la Asunción. Retirado González á Porlamar y luego á Juan Griego, donde fundó una escuela, tuvo en breve, aconsejado por la prudencia, que abandonar la Isla y retirarse á Caracas, donde mereció del Gobierno muy favorable acogida. Recomendado una vez más por el señor general Crespo, partió de nuevo para Margarita, con una nota del Ministro de Instrucción Pública, y tomó posesión del Vicerrectorado, cargo que por catorce meses desempeñó en asocio del doctor Félix Francisco Noriega, produciéndose entonces en el Colegio de La Asunción, un verdadero crecimiento intelectual, una renovación de vida en los espíritus, de luz en las inteligencias, de esperanzas para el patriotismo, de conquistas y triunfos para el porvenir.

Entraron á sustituir á los señores Noriega y González, los bachilleres Enrique Albornoz Lares y Hermógenes Verde, jóvenes de clara inteligencia, que enamorados de la gloria y de la ciencia, salían de la Universidad de Caracas, centro de luz, donde se preparan los primo-

génitos de la Patria, donde se elevan las inteligencias, donde entre sonrisas de juventud van creciendo las esperanzas del porvenir é iluminándose los horizontes de la República. Permítaseme en esta propicia ocasión dejar rendido tributo de justicia, á los dos amigos últimamente nombrados, á quienes recuerdo con el cariño nacido en la época inolvidable de los estudios universitarios.

Separado González del Vicerrectorado del Colegio Federal, se trasladó á Juan Griego, en donde en unión de mi estimado compañero de aulas, el ilustrado é inteligente doctor Eliodoro Ríos Salazar, fundó el Colegio Marcano, establecimiento de recordación inolvidable, pues en los dos años de su existencia dio admirables resultados. En él se prepararon á los estudios filosóficos, y cursaron el primer año de filosofía, Ramón Valeri Maza, Antonio Valeri Maza, Rafael Moreno Rodríguez, José Anselmo Vásquez, Antonio María Valeri Maza, Matías Velásquez, José Angel Díaz, Juan Manuel Solís, Erasmo Fermín, Jesús María Velásquez, Rafael Arcia García, Amador Hernández y José Antonio Márquez Borra, ciudadanos que hoy en distintos ramos de la actividad humana, sirven con dignidad y patriotismo los sagrados intereses de la República.

González renunció la subdirección del Colegio Marcano, procurando conciliar intereses y evitar intrigas que contra él se habían puesto en juego, quedando en la más completa armonía con el señor doctor Ríos Salazar, su compañero y amigo. En el Colegio Marcano llegó á regentar González las clases de griego, latín y matemáticas, y la de filosofía intelectual, por ausencia del Director.

Separado del Colegio Marcano, pensó González fundar una escuela, pero como su pensamiento coincidía con la clausura del referido Colegio, los padres de familia de Juan Griego le instaron á establecer un plantel, donde pudieran terminar sus estudios filosóficos los jóvenes de la localidad que los habían principiado en el Colegio

Marcano. González, para quien la difusión del saber constituye el mayor encanto de su vida, aceptó el honor que se le quería conferir, y con el nombre glorioso de Colegio Cagigal, abrió un plantel donde los alumnos del Colegio Marcano y otros jóvenes más, acudieron á seguir la luminosa senda de las letras, la redentora labor del estudio. El día del triunfo no se hizo esperar, pues la totalidad de los jóvenes nombrados alcanzaron el primer lauro académico, y en la Universidad Central cursaron estudios científicos. Con no menos satisfactorio resultado, y con numerosos alumnos, se leyeron después diversos cursos de filosofía.

Basta lo expuesto para comprender que por extremo perseverantes y meritorios han sido los 52 años que lleva de vida el progresista señor González. ¿Por qué extrañar que el que tiene elementos, progrese, se abra paso, y agrande los horizontes de su existencia? El que nace con el porvenir asegurado, entre halagadoras esperanzas, y cruza como por campos de jazmines y nardos los senderos de la vida, sin combatir, sin poner á pruebas las energías de su espíritu, no puede valorar como el que ha combatido y sufrido la grandeza de la propia alma, ni la fortaleza del propio corazón. La vida para aquél no ha tenido sino sonrisas, esperanzas y felicidades, dichas y placeres. Luchar con la adversidad, escalar la altura, paso á paso, venciendo formidables dificultades, es labor honrosísima. Así lo ha hecho el señor González, pues nacido en la pobreza, sin ningún recurso, perseverando con actividad en el trabajo y en las luchas de la vida, de simple soldado, ha venido ascendiendo en la carrera militar, y llenando su vida cívica de ejecutorias que lo dignifican y elevan ante sus conciudadanos.

La señorita Elvira Antonia García, hoy notable institutora en Margarita, fue discípula de González, y también la primera maestra titular de la República.

González es partidario de la prensa, pues cree que la comunión de las ideas en el canje del pensamiento,

produce una verdadera transformación en las inteligencias, enriqueciéndolas de luz. En Porlamar redactó "El Alba;" en Carúpano, "la Revista;" en Juan Griego, "El Loco," primer diario que hubo en Margarita, y también "El Ojo," periódico que contó largos años de existencia, en el cual publicó el señor González una larga serie de artículos, bastante recomendables por el fondo y por la forma, por la concisión de las imágenes, el colorido del estilo, la energía de la frase y la elocuencia de la expresión.

En trabajos de más aliento y trascendencia ha medido sus fuerzas el señor González, pues conserva inéditos unos elementos de Psicología, un Catecismo de Moral y unos Ejercicios y Problemas de Aritmética y Algebra.

González, después del 92, fue miembro de la Constituyente del Estado Miranda, y de la Legislatura del 94, y en ambas corporaciones cumplió su honroso encargo con el patriotismo de un buen ciudadano, celoso del bien de la República, amante de los principios liberales, y tolerante, por lo mismo, con sus amigos y contrarios.

Subsanemos algunas omisiones deslizadas al correr de la pluma, diciendo que González por dos veces, fue Miembro y Secretario de la Municipalidad del Departamento Bermúdez, en Carúpano; Presidente del Concejo Municipal de Porlamar, en 1881; Presidente de la Municipalidad de Juan Griego, durante tres años; Presidente de la Junta de Instrucción Pública de Porlamar; Miembro Suplente del Consejo de Gobierno del Estado Miranda; Juez Nacional de Hacienda, en 1894, en Juan Griego; Juez de Primera Instancia en lo Civil y Mercantil del Estado Miranda, en 1898, y en 1899 sirvió el mismo cargo en el Estado Aragua, y en él, varias veces y por largo tiempo, ha dado clases privadas, y regentado otras, en diversos Colegios.

En La Victoria ha hecho propaganda del saber; redactó con lujo de competencia "El Eco Liberal;" y ha vivido siempre y en todas partes, ejerciendo dignamente el

apostolado de las ideas generosas y elevadas, defendiéndolas y divulgándolas, en el campamento con el arma al hombro, en la cátedra con la palabra, y en el periódico con la pluma.

Actualmente dirige la escuela municipal Ribas, instalada el día 27 de junio de 1900, con especial solemnidad. El Gobierno, las corporaciones y los ciudadanos se dieron cita para honrar con su presencia aquel acto civilizador, en el cual resonó poderosa la voz elocuente de varios oradores y recibieron las letras cumplido elogio del ilustrado doctor Luis Churión. Merece la Municipalidad de 1900, presidida por el señor general José Isabel Castro, un recuerdo de agradecimiento por haber creado para la educación é instrucción del pueblo, tan importante centro de luz.

González ha colaborado en los "Ecos de la Juventud, El Bien Público, La Revista y El Gladiador" de Carúpano; "El Oriente" de Cumaná; "El Insular" de la Asunción; "El Correo de los Estados" y "El Demócrata" de La Victoria; y en los periódicos de todas las localidades que ha recorrido, porque él, que todo lo debe á la perseverancia de su voluntad para ilustrarse, cree que el individuo y los pueblos, se elevan y progresan más y mejor por medio de la enseñanza, que es regeneración en los espíritus, luz en los campos de la vida, y energía en las aspiraciones al ideal.

Lleno de esperanza, de bríos y fuerzas, prosigue González la batalla de la vida, procurando el bien de sus compatriotas, y los triunfos de la civilización, que vinculan hermosos días para la libertad y la gloria. Es González hombre de esmerada cultura, de trato afable y caballeroso, cortés y comedido. Posee grandes virtudes, embellecidas por singular modestia. Desde donde se encuentra hoy recuerda siempre con gran placer, que pobre, humilde é ignorado principió la carrera de la vida, y pobre y humilde está al presente, sin fijarse en que ha recorrido largo camino dejando estelas de luz.

ILUSTRISIMO DOCTOR JOSE ANTONIO PONTE

DOCTOR JOSE A. PONTE

ARZOBISPO DE CARACAS Y VENEZUELA

Había terminado la gloriosa República de Colombia, y Venezuela constituida en Nación independiente, estaba gobernada por el héroe mitológico de nuestra guerra magna, por aquel soldado que supo alzarse hasta la gloria, para crear la independencia; por aquel magistrado de noble corazón, que en días difíciles y en la cumbre del poder, aclamado é incensado por el pueblo, respetó el derecho, reconociendo la grandeza de la libertad en el orden. Corría el año de 1832 cuando vino al mundo, en Cabudare del Estado Lara, el día 15 del mes de junio, un niño que debía ser lumbrera de la Iglesia y de la Patria. Hubo fiestas y alegrías en el hogar del distinguido señor don Juan Antonio Ponte y de la honorable señora Encarnación Sancinenea de Ponte, porque el cielo había bendecido su venturosa unión, concediéndoles uno de esos renuevos del amor, que embellecen la vida de los esposos que se desprenden de sí mismos, para vivir en el divino culto de los afectos, preparando el porvenir de los hijos.

El niño se llamó José Antonio Ponte, y trascurrieron los nueve primeros años de su existencia, bajo ese cielo adorable, siempre lleno de apacible luz, donde los cuidados del afecto paternal, dan á la existencia encantos á diario nuevos, dulzuras inefables, bellezas verdaderamente indecibles. Este período de la vida, pasado al calor de nuestros padres, es un cielo abierto, cuando más tarde desengañados ó heridos en rudas batallas, volvemos el pensamiento á él.

El tierno adolescente delicadamente educado, por gente ilustrada y culta; habituado á comportarse bien, con esa natural y recomendable sencillez, del que abre los ojos

de la carne y del espíritu, entre quienes la vida es inexplicable, sin el gaje de los buenos modales y los tesoros de la virtud, tenía indefectiblemente que merecer especiales consideraciones, entre los suyos y fuéra del hogar, porque sus procederes llevaban consigo las elocuentes y valiosas recomendaciones de los hechos. ¿Cómo extrañar que á los diez años estuviera en Carora, al lado de aquel gran patriota, amigo de la ciencia y de la juventud, del inolvidable Fray Ildefonso Aguinagalde, mereciéndole especiales consideraciones y cariño? El notable apóstol descubrió en el discípulo, en el niño que se le había confiado, sobresalientes condiciones de inteligencia, y tan preclaras virtudes, que el hombre austero, habituado á los temibles combates de la existencia, abrió su corazón, lleno de calma y de bondad, al niño cuya inocencia enaltecía más los favores concedidos por el cielo. Este trato íntimo de la virtud aquilatada con la inocencia de un corazón tierno, que anhelaba ardientemente el saber y la gloria, debió ser para ambos, por extremo deleitable. No conciben estos encantos los que han perdido esa amable delicadeza del alma, en los negocios del mundo, mirando á menudo por los negros antros presidir las acciones humanas, las pasiones mal encaminadas. ¿Cómo querer que crean en esas bellezas cuasi divinas, sentidas y vistas en el fondo de la propia conciencia, los que la llevan manchada, y no pueden mirar á su interior, sin que los espante el gusano del remordimiento?

Con el corazón enriquecido, y la inteligencia clara y predispuesta al bien; con el caudal que sacó del hogar grandemente acrecentado, se alejó de Fray Ildefonso á los trece años de edad para venir á Caracas á seguir sus estudios, los cuales terminó brillantemente en 1854, recibiendo el grado de Doctor en Teología. Ordenado sacerdote, cantó su primera misa en el mes de diciembre del citado año.

En esta época se desencadenó contra el País el terrible azote del cólera, que á semejanza de la viruela importada en 1580, sembró de cadáveres, ciudades, pueblos y campos. La muerte con sus garras multiplicadas iba devorando en procesión cada vez más fúnebre, lo mismo la

vida en flor que la existencia agotada. El territorio de la Patria era un vasto campo de desolación, y el miedo oprimía hasta los corazones más varoniles: no se vivía, reinaba el espanto y la tristeza aniquilaba los espíritus. Había personas que se espantaban de sus propias energías, y sanas, se creían cercanas á la tumba. En medio de esta catástrofe, el sacerdote Ponte, revela que es verdadero discípulo de Jesús, que conoce la grandeza del cristianismo, y sabe que la caridad es amor sin límites por los humanos. Cuidadoso con los desgraciados enfermos, les busca alivio, consuela y atiende, pensando en Dios y en las desgracias que mira, y por ello, sin distinguir la cabaña del palacio, procura el bien, y calma el dolor y la miseria, podría decirse con más ahinco, mientras más infortunada é infeliz es la víctima. El que se acerca al pobre, amándole, con el corazón elevado á Dios, es como un ser divino, practicando la ley evangélica en alturas celestes. ¿Quién no tiene admiración por los filántropos que se devoran de dolor á sí mismos, cuando no pueden curar el dolor ageno?

La conducta del sacerdote Ponte, siempre buena, y mejor mientras más difíciles y críticas eran las circunstancias, le granjeó la estimación popular y la de varones eminentes, como el doctor Alejandro Ibarra, el doctor Nicanor Borges, el Pro. doctor José Manuel Alegría, el Pro. Dr. Martín Tamayo, el Pro. doctor Domingo Quintero, el doctor Baralt, el Obispo Fortique, Talavera y Garcés, el Bossuet de Colombia, y tantos otros más que en aquella época, como astros de primera magnitud, constituyeron una brillante constelación en el cielo de nuestras glorias, que brillará hasta las remotas edades del porvenir. Era verdaderamente estimado en Caracas, de todas las clases sociales, y mirado con especiales consideraciones por sus colegas en el sacerdocio, que reconocían sus virtudes y acataban su saber. En esta época, no obstante su corta edad, sirvió en la Catedral cargos de importancia.

El hogar nativo, el patrio nido, el pedazo de tierra que nos vió nacer, es como un cielo adorable, que jamás abandona el pensamiento. Así se explica como el doctor Ponte,

ocupando una posición brillante en Caracas echó de menos el suelo nativo, y como el ave busca su nido, él volvió á la tierra de sus afectos infantiles. Allí su corazón se ensanchó experimentando emociones inefables, y su salud resentida, fue recuperada por los goces del espíritu. Es necesario á veces volver al pasado, para sacar de él tesoros indispensables para la vida moral; indispensables para la vida del sentimiento; indispensables para los que no saben olvidar ni pueden romper los vínculos del cariño y de la amistad, nacidos y fortificados á la sombra del hogar en los primeros años de la vida.

De Cabudare pasó el doctor Ponte, en 1857 á la ciudad del Tocuyo con el carácter de cura interino. Allí se recomendó una vez más, en ocho años de beneficente labor. Atendía á su curato, con una contracción apostólica, ejemplar, verdaderamente evangélica. No omitía esfuerzos por ser útil á los desvalidos, ni por predicar la buena nueva: el ejemplo y la palabra, eran sus armas de combate, el cual una vez empeñado, difícilmente dejaba de ser favorable á la noble causa cristiana, porque la mansedumbre y el cariño, jamás dejan de inspirar simpatías. Todavía, después de medio siglo, está viva en el Tocuyo, conservada inextinguible por el afecto, la memoria del sacerdote que supo ser bueno, manso y piadoso; todavía en aquel templo llamado el Colegio de la Concordia, recuerda don Egidio A. Montesinos C., venerable anciano benefactor de muchas generaciones, al ilustrado sacerdote que con asiduidad ejemplar compartió con él en lejanos días, las redentoras labores de la enseñanza.

Del Tocuyo resolvió el doctor Ponte trasladarse á Valencia, para asistir á la Convención que en 1858 se reunió en la expresada ciudad, en la cual, en el poco tiempo que permaneció, se hizo de numerosas relaciones. Discutidos los derechos de la Iglesia, en una polémica suscitada en aquella asamble de notabilidades, los defendió con inteligencia, moderación y energía, alcanzando fama de orador, de filósofo y de notable patrólogo. Regresó al Tocuyo el

39, y por sus afanosas labores, quebrantada su salud, determinó volverse después á Valencia, lo cual efectuó en 1864. El cambio de clima, las variadas impresiones del viaje, y sobre todo las labores menos rudas y diarias le restablecieron la salud, de modo que al poco tiempo pudo dedicarse con notable éxito á la enseñanza, como Vicerrector del Colegio Nacional de Carabobo, en el cual hacía amenas é interesantes sus clases, y en más de un acto literario resonó su palabra, grandilocuente, vestidura luminosa, siempre bella, de ideas elevadas y pensamientos hermosos. Largo tiempo permaneció dedicado á tan delicadas funciones, hasta que en 1869 volvió á Caracas, honrado con el nombramiento de Senador por Carabobo. Cerradas las sesiones de aquella Legislatura Nacional, sus amigos de Caracas, le excitaron á permanecer en la Capital; y mientras esto acontecía, el Ilustrísimo Señor Guevara, que preparaba su viaje á Roma para asistir al Concilio Vaticano, le nombró su Secretario particular, y juntos se embarcaron el cuatro de setiembre de 1869 con rumbo á Roma. En la ciudad eterna, tuvo el joven sacerdote, campo variado, extenso y fecundo para dilatar los esfuerzos de su inteligencia anhelante de más y más luz. La ocasión era por extremo propicia, pues además de los inmensos tesoros de ciencia y de arte, acumulados en Roma, había en élla varones eminentísimos de todas las partes del mundo, que habían concurrido al Concilio ecuménico convocado por Pío IX. La clara inteligencia del doctor Ponte, apreció bien las excelsas maravillas, de diversas épocas, representadas en Roma, por trabajos soberbiamente gigantescos de la fuerza y del espíritu. Sus interesantes Cartas Romanas, publicadas en un volumen por el ilustrado doctor José Tomás Sosa Saa, precedidas de un diserto prólogo del Pro. doctor Juan Bautista Castro, prueban evidentemente, la erudición, el acierto y la maestría con que su autor supo tratar materias de diversa índole, haciendo resaltar más sus respectivas bellezas, y comunicándole interés y atractivo á las que de suyo no los tenían.

En 1870 regresó á la Patria, mereciendo de Monseñor Guevara, prelado benemérito, manso y virtuoso, señalada confianza y grande estimación. Volvía el estudioso sacerdote con nuevos y más ricos tesoros de ideas á servir la noble causa cristiana, á predicar sus redentoras doctrinas, á ser entre sus amados hermanos en Cristo, sal de la tierra y luz del mundo.

El cielo de la Patria se había ennegrecido, las pasiones enconadas habían encendido los odios, el cañón retumbaba en ciudades y campos, la guerra civil minaba la República y hacía innumerables víctimas. Corrían días tristes, lúgubres, como lo serán siempre aquellos en que las ideas no pueden triunfar, sino entre charcas de sangre, alumbradas por fulgurantes espadas. Sintetizando, podemos decir, que en Venezuela no se interrumpe la labor maldita de la guerra, y que en general tenemos dos clases de ciudadanos, la de los políticos, macheteros ó nó, que con raras excepciones, ejecutan tenazmente la obra de la disolución de la Patria, porque aniquilan con la fuerza el derecho, y hacen imposible la sanción, mentira la República, y ciertas las lúgubres palabras de Bruto, relativas á la virtud; y la de los civilizadores, que edifican, que hablan la verdad á la conciencia pública, que miran al bien del porvenir de la juventud, que aman la Patria, y luchan como desesperados, llena el alma de tristezas y melancólicos recuerdos, ante los cuadros de nuestras decaídas costumbres. Al escribir la vida de un sacerdote ejemplar, de la Religión de la paz y el perdón, anatematizar la guerra es casi un deber. Reanudemos la narración interrumpida para decir que con motivo de un Tedeum surgió un conflicto entre el Arzobispo Guevara y el Jefe de la Revolución del 70. Fue imposible un avenimiento, y el Gobierno decretó la expulsión del Arzobispo, quien tomó el camino del destierro, dejando sumida su grey en hondo duelo, pues el apóstol era manso, bueno, caritativo, y veía en cada uno de sus fieles, con amor entrañable, un hijo en Jesucristo. En esta grave emergencia, el sacerdote Ponte, sin vacilaciones, cumple su deber, y hace patente su adhesión á su prelado y amigo.

Hay hombres que no conciben la vida sin el desarrollo de las ideas, mensajeras impalpables de los más felices cambios políticos, sociales y económicos en el seno de los pueblos. El doctor Ponte pensaba así, y por ello en 1871 fundó el Colegio de "La Ascención," en unión del patriota é inolvidable doctor Carlos Pérez Calvo. El centro de luz creado por tan distinguidos ciudadanos, dio en breve tiempo opimos frutos. En él se formaron jóvenes que después han sido sobresalientes figuras en el escenario de la Patria. En comprobación de lo aseverado, citaremos algunos de los numerosos alumnos de "La Ascención." Tenemos al doctor Arnaldo Morales, médico ilustrado, culto, sobresaliente, ex-Presidente del Guárico, Senador, Ministro de Fomento; al doctor y general Rafael González Pacheco, de quien se puede decir que maneja tan bien la espada como la pluma; al doctor José María Gil, que ha figurado en alta escala, y comprobado lujosamente que posee el talento de su ilustre progenitor; al doctor Odoardo León Ponte, diarista notable que ha edificado con su propia perseverancia é ilustración, la alta y renombrada tribuna desde la cual habla al país; al doctor Miguel A. Seco, médico eminente; al doctor Jesús Lameda, obrero incansable del progreso patrio; al doctor Emilio A. Yánez, digno descendiente del Tácito de Colombia; al doctor Luis Felipe Blanco, espíritu delicado, enamorado del arte y de las bellas letras; al doctor Pedro María Brito González, espartano que honra á su Patria por su valor é inteligencia; al doctor Maximiliano Iturbe, médico, escritor y poeta, con estilo propio, de singular suavidad y elegancia; y Juan A. López de Ceballos, Vicente Arévalo, Benjamín Bolívar, Braulio Otáñez, Vicente Pimentel, Francisco Aurrecoechea, Pedro Delfino, N. Sanabria Guzmán, Juan Bautista Mosquera, y tantísimos más que largo se haría enumerar.

Trascurrido algún tiempo, y promediando el año de 1875 surgieron de nuevo dificultades entre la Iglesia venezolana y el Jefe del País, que causaron profunda agitación en los espíritus y alarma en las conciencias. Corría

la pequeña nave un temporal, y era necesario cruzarse de brazos, acudir á la oración y dejar que pasara la tormenta, con la tranquila esperanza del que sabe que á la postre ningún esfuerzo humano cambia ni destruye lo que Dios quiere conservar. Algunos sacerdotes fueron expulsados del País, entre los cuales figuró el doctor José Antonio Ponte, quien trasladado á la isla de Puerto Rico, vivió dedicado al estudio y á la oración, al trabajo y á la virtud, mereciendo ser nombrado por el Obispo de la Diócesis, teniente cura del pueblo de Lares.

La tempestad efectuada en Venezuela, tocó á su fin, y había necesidad moral de calma en los espíritus, y en la aspiración general se traslucía el deseo de una solución definitiva al terrible conflicto.El rebaño no tenía Pastor que lo apacentara, y el Obispo, al frente de su Iglesia es sol que brilla y fortifica, palabra que alienta y brazo que dirige. Acaso las ideas que inspirara este orden de cosas, ú otras subjetivas, provenientes de nobles aspiraciones, determinaron al general Guzmán á tomar medidas conciliatorias, que encarecidamente reclamaban los intereses de la Patria y de la Religión.

¿ Por qué causal regresó el Dr. Ponte de la Isla de Puerto Rico ? cómo llegó á ser Arzobispo de Venezuela, y que circunstancias mediaron para ello ? Vamos á dar sendas y satisfactorias respuestas á las preguntas que anteceden. El doctorPonte, que estaba débil á consecuencia de una seria enfermedad pulmonal, de la cual afortunadamente había curado, no resistió los trabajos asiduos de su ministerio, para lo cual influyó además grandemente, la nociva y acentuada humedad del clima de Lares. El mal tomó cuerpo, y le atacó la delicada entraña del corazón, llegando su vida á correr tal peligro, que fue oleado. En tan triste situación, su inteligente y piadosa hermana Adela, resolvió escribirle al General Guzmán, por conducto de don Nicolás M. Gil, manifestándole la situación de su hermano, y exigiéndole le permitiera regresar al país por breve tiempo, mientras mejoraba de sus males, pues al conseguirlo, ó notar lo infructuoso del intento, dejaría de nuevo la Patria. El General Guzmán que desde los tempra-

nos días de la infancia, había tratado cordialmente al doctor Ponte, contestó en términos satisfactorios. Así las cosas, se reembarcó para la Patria siendo recibido de varios amigos en el Puerto de la Guaira, entre los que se hallaba el señor doctor Vicente Amengual.

Ni el cielo siempre adorable de la Patria, y más después de larga ausencia; ni los aires confortables y deliciosos de nuestros valles y campos; ni esas emociones indecibles que sentimos en las horas en que olvidados los pesares, sólo vemos fulgurar el sol de la felicidad, bastaron á restituir la salud profundamente alterada del doctor Ponte. Moribundo llegó á las risueñas playas del patrio suelo, y minado siguió su organismo. En ésta época se anunció que Monseñor Roque Cochia, enviado de su Santidad Pío IX á Venezuela, estaba en Puerto España. Con tal motivo el General Guzmán nombró comisiones que lo fueran á recibir, y Presidente de la del Clero, al doctor Ponte, quien postrado, haciendo esfuerzo supremo, y teniendo que hacerse acompañar de su hermana Encarnación, cumplió el encargo que se le confió. Ya en Caracas el Delegado Apostólico, y habidas largas conferencias para resolver el conflicto eclesiástico, se fijaron en el Pro. doctor Baralt, quien enterado de lo que ocurría, manifestó que no aceptaba la mitra, sin tener previamente una conferencia con el Nuncio. Tal circunstancia, con otros detalles que no son del caso recordar, desagradó al General Guzmán, quien el mismo día que se enteró de ella, á las nueve de la noche promovió una reunión en su casa, á la cual asistieron el Nuncio, el doctor Ponte y otras personas. En ella dijo el general Guzmán ,después de haber cruzado ideas sobre lo que la motivaba, que si el doctor Ponte no aceptaba la mitra, él se vería en el caso, puesto que no encontraba solución al conflicto, de establecer una Iglesia Nacional. El doctor Ponte le contestó que su salud le impedía aceptar, y requerido é instado á pesar de esto, pidió una tregua para deliberar, la cual fue concedida. Tan grave era el estado de su salud, que vuelto á su casa tomó cama, y de nuevo se le prodigaron auxilios espirituales. Restablecido un poco,

el Nuncio se dirigió á él, diciéndole que debía aceptar, á lo cual contestó de modo negativo, agregando que materialmente le era imposible, y que sus servicios, que no los podría prestar, no serían de utilidad alguna. Entonces el Nuncio le replicó diciéndole que la Religión, la Patria y su Santidad, de consuno exigían el sacrificio para el cual se consideraba sin fuerzas. Ante las palabras proféridas por el representante del Vicario de Cristo en la tierra, vibró sonoro el corazón del levita lleno de amor por Jesús, y de los labios del doctor Ponte brotaron estas palabras: considero mi vida pequeño holocausto, para mi religión, mi Patria y el gran Pio IX: he aqui la historia con su faz moral.

Es de advertir que in-péctore, el doctor Ponte era candidato de Roma, pues él por las relaciones que había adquirido cuando estuvo allá, era conocido, de modo que antes de la designación del doctor Baralt, por el Nuncio y el General Guzmán, ya se había pensado en él.

El día treinta del mes de noviembre del año de 1876 fue consagrado Arzobispo de Venezuela, durando su Pontificado siete años, pues falleció el día 6 de noviembre de 1883. Aparentemente fueron estos siete años una obra de completa armonía, de calma y paz, pero realmente hubo durante ellos, serios combates que librar, dificultades arduas que vencer, peligros inminentes que evitar. En esta compleja situación reveló el doctor Ponte, exquisito tacto, admirable prudencia, valor comedido, tolerancia cristiana y celo incansable por los intereses religiosos. Fueron tiempos difíciles aquellos en que él, dirigiendo la pequeña nave por entre mares llenos de escollos y tempestades, la hizo arribar á tranquilo puerto, conjurando con su fe en Dios, y los constantes esfuerzos de su preclara inteligencia, los peligros al parecer inevitables que la rodeaban. ¡ Cuán difícil es juzgar con acierto estas situaciones, que no pueden resolver satisfactoriamente, sino los hombres de gran talento, de talla superior, de consuno con el corazón y la inteligencia!

Monseñor Ponte hizo grandes cosas durante su ponti-

ficado: decoró la Catedral y la dotó del grande órgano que posee: restableció en el Seminario las conferencias del clero: trabajó por el restablecimiento del canto gregoriano, que es un verdadero arte con majestuosos encantos: visitó la Diocesis incluyendo Parroquias que desde el año de 1772, no recibían este beneficio: permitió la publicación del Ancora, primer Diario Católico que hubo en Venezuela: escribió elocuentes pastorales: refutó á poco de haber sido pronunciado, el discurso del General Guzmán, en el acto de instalación de la Academia venezolana. La refutación es un estudio concienzudo y profundo de historia, de filosofía y de ciencia, dirigido á sostener la doctrina católica, atacada por ideas y pensamientos consignados en el referido discurso: pronunció disertos panegíricos en ocasiones solemnes: sirvió la cátedra de Teología en la Universidad Central, con la claridad y vasto saber, que reclama ciencia tan profunda y admirable. Además de todo esto y de tanto detalle interesante que se silencia ó se ignora, él fue un ejemplo vivo, múltiple, de felices y saludables enseñanzas. Tratarle era sentir la exquisita suavidad de un espíritu modelado en los moldes de la cultura, la apacible luz de una inteligencia elevada y reflexiva, los generosos anhelos de un corazón sano y bondadoso. Al hablar de este Arzobispo, bien se puede recordar con placer, las tiernas y delicadas pinturas, que, Cecilio Acosta, Miguel Angel de la palabra entre nosotros, hizo del muy reverendo Monseñor Guevara, y del eminente Mosquera de Nueva Granada.

Abramos un paréntesis para recordar algunos hechos que confirman nuestras aseveraciones anteriores. Se propuso el Jefe del País, demoler la actual Catedral con el fin de reconstruirla al estilo moderno. La obra como se la pretendía efectuar, costaba más de un millón de pesos y habría sido fácil emprenderla y difícil terminarla. El Arzobispo considera próximo el Decreto para la demolición, y resuelto á no consentir en lo que él juzgaba imposible, llama á su familiar, lo excita á que por la calle en voz baja vaya en union de él rezando el Santo Rosario, y llega así á la Casa Amarilla, dispuesto á no ceder y á tomar

una vez más el duro camino del destierro. Conferencia, discute, propone que le levante la nueva Catedral en la manzana ó hectaria, donde hoy está el edificio de la Administración de Correos y Hotel Venezuela, y que edificado el nuevo templo, sólo entonces se destruyera el otro, que representaba el esfuerzo de siglos y reunía bastantes condiciones de comodidad y utilidad. El Presidente comprendió la actitud del Prelado, y le dijo: regrese tranquilo y quédese con su viejo templo.

Había una gran solemnidad religiosa, porque se inauguraba la Santa Capilla, y en el precioso templo, estaba Caracas entero representado por sus más sobresalientes personalidades. El orador sagrado del acto, se dirigió en primer término al Arzobispo, luego al Presidente de la República y después á los señores Ministros. Esto fue causal para que se pidiera inmediatamente la deposición del orador, del beneficio eclesiástico que servía. Monseñor, que siempre fue manso y humilde, en este ocasión pareció perder su serenidad natural, y con una energía que revelaba la tormenta de su espíritu, contestó una comunicación oficial en que por escrito se le reiteraba la deposición solicitada, manifestando que en las solemnidades religiosas, en Inglaterra, en Francia, y hasta en los países gobernados despóticamente, era práctica usual lo hecho por el sacerdote venezolano. No sesgó un punto, y se hizo necesario recoger las notas cruzadas con motivo de este incidente.

Monseñor Ponte comprendió desde su juventud que la Iglesia Católica es una institución de amor, destinada á salvar el mundo, por sus doctrinas generosas, y por la luz radiante, verdaderamente esplendorosa, que reflejan sus enseñanzas, ora se estudien con el corazón enamorado de ellas, ora se analicen, con la sagacidad del filósofo y la paciencia del sabio. El cristianismo es sol de vida eterna, y el verdadero cristiano en las diarias contiendas de la vida, un noble batallador, un fervoroso campeón de la verdad y de la civilización, porque no otra cosa puede ser quien busque á Dios, practicando una doctrina de sublimes grandezas, puesto que premia y diviniza el dolor, eleva al

desvalido, consuela al triste, y coloca sobre el primer eslabón de su gloria, al pobre, sobre el cual, por medio de la caridad, se abren las miríficas puertas del templo inmortal de los cielos. ¡ Qué bellos cuadros ofrece al pensamiento, el cristianismo simentado sobre el martirio, por la caridad y el amor !

Monseñor Ponte quería que su clero fuera ilustrado, y consideraba indispensable las virtudes en el que siquiera aspirara al santuario. En este sentido trabajó con incansable afán, porque sabía que su labor era de redención social y material ; porque no concebía el adelanto, y menos almas dirigidas espiritualmente, por las enseñanzas de la ignorancia; porque comprendía que la civilización es astro que no tiene brillo, para los que abiertos los ojos del espíritu no sienten su luz; porque recordaba que el estandarte de la Cruz, ha sido el lábaro más glorioso de las más sublimes conquistas de la inteligencia; porque creía con la fe de los hechos consumados mil y más veces, que los pueblos decaen cuando pierden las buenas costumbres, porque no se respetan á sí mismos, y en la práctica no tienen moral, ni leyes ; porque el movimiento del mundo moderno, es obra del clero católico, creada en formidable lucha de siglos; porque en estos días que corren, en que todo es maravilla del espíritu, en que los hombres todos, unidos por el pensamiento han entonado de múltiples modos, el más grande y glorioso himno de la inteligencia ; en que las ciencias, multiplicándose prodigiosamente, por doquiera han esparcido á torrentes la luz ; en que la tierra embellecida es como el escenario de un inmenso teatro, donde instantáneamente cada actor sabe lo que ocurre á los demás, es incompatible y hasta repugnante un obrero del perfeccionamiento social, ineducado é ignorante. La obra del Pontífice venezolano, vive todavía produciendo opimos frutos, porque ¿ quién mide el poder y aprecia debidamente la trascendencia de las ideas, cuando, tomando posesión del espíritu de los pueblos, vigorosas y lozanas, germinan y fulguran en la vida nacional, brotando luminosas del fondo de las conciencias ?

El Arzobispo Ponte fue una gran figura nacional, y su nombre dos veces ilustre, brillará como radiante y hermosa estrella, en el cielo de nuestra Iglesia, al lado de varones eminentísimos, grandes por la inteligencia, admirables por el corazón.

NOTA

Avanzada la impresión de este volumen, un amigo mío me indicó la oportunidad de incluir en él, la biografía del notable civilizador y apóstol evangélico, el Arzobispo doctor José Antonio Ponte. La idea era feliz, y para juzgarla propicia y hermosa, bastaba el recuerdo de la vida del ilustre Prelado. La acogí con entusiasmo y honré las últimas páginas de mi libro, con el nombre de tan preclara gloria nacional.

El señor doctor Odoardo León Ponte, sobrino del finado Obispo, ha dispensado en su empresa de "El Pregonero" favorable acogida á mi obra de "Civilizadores Venezolanos," y por ello me es grato testificarle mi aprecio, dedicándole la biografía de su honorable deudo.

INDICE

	PAGINAS
Introducción,	3
Dr. Gregorio Fidel Méndez,	5
Dr. Ramón I. Montes,	26
Br. José Silverio González,	35
Lisandro Ramírez,	53
Br. José Eduviges Mendoza,	64
Antonio González,	71
Br. Rafael R. Hermoso,	76
Pro. Dr. Juan Pablo Wohnsiedler,	89
Dr. Miguel Machado,	100
Dr. Caracciolo Parra,	107
Dr. Agustín Aveledo,	124
Dr. Alejo Zuloaga,	133
Br. José Ramón Camejo,	146
Br. Egidio A. Montesinos C.,	154
Félix María Paredes,	161
Francisco Manuel González,	168
Ilmo. Dr. José A. Ponte,	177
Nota	191

ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Léase
4	4	acerbo	acervo
64	26	ejcutorias	ejecutoria
77	7	lo	los
132	31	enjugados	enjugadas
133	12	entusiasfo	entusiasmo
141	4	reminicencia	reminiscencia
144	31	recompesar	recompensar
152	26	libertad	libertar

Obras del mismo autor

PUBLICADA:

"ESTUDIOS Y OBSERVACIONES"

PARA PRENSAS:

"DISCURSOS"

"CIUDADES Y PAISAJES"

"PASA-TIEMPOS CON LA PLUMA"

"APUNTACIONES RELIGIOSAS"

EN PREPARACION:

VENEZUELA INTIMA

CARACAS
TIPOGRAFIA Y LINOTIPOS
DE "EL PREGONERO"
1902

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032430272